

SAL DE PIM

Francisco

Pimentel (Job Pim)

ANTOLOGÍA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



Job Pim Seudónimo de Francisco Pimentel. Humorista, periodista, poeta y diplomático caraqueño nacido en 1899. Colaboró en *Élite*, *El Cojo Ilustrado*, *El Nuevo Diario*, *Fantoches*, *Pitorreos*, entre otros impresos. Estas dos últimas publicaciones periódicas permitirán —junto a Leoncio Martínez— convertir la palabra en artefacto hiriente e irónico, mordaz y sensible contra una dictadura que veía el humor como un acto violento y provocador. Tal percepción le costó al autor nueve años de cárcel. De su obra podemos destacar: *Enciclopedia espesa* (1931); *Graves y agudos* (1940), y *Obra completa* (1958). Murió en Caracas en 1942.

«*Job Pim*, 1938.

Caricatura de Leoncio Martínez, *Leo*.



162

Antología

FRANCISCO PIMENTEL
(JOB PIM)

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e «independencia o nada». Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas en contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz

Freddy Nájnez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Rodríguez Gómez

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla Pérez

Antología

FRANCISCO PIMENTEL
(JOB PIM)



Índice

15 NOTA INTRODUCTORIA

MISCELÁNEA

19 Jabón de Castilla

96 El arca de Noé

100 Jonas (Introducción)

101 El mal ladrón

102 La divina utopía

103 Cuentos del otro régimen

105 Epistolario de Job Pim

108 Por la muerte de César

110 Peatones

112 Problemas urgentes

114 Contra el contrabando

116 La quinta columna gaucha

118 Pulvis es

120 El poema del cocotero

PITORREOS (Selección)

125 1

128 2

131 3

134 4

136 5

- 139 6
- 142 7
- 144 8
- 147 9
- 151 10

GRAVES

- 157 La bordadora
- 161 Brindis al Año Nuevo
- 163 Se está muriendo mi vecino
- 166 Hierro dulce
- 168 Pasa un avión
- 169 A Luis Rafael Pimentel
- 171 Epitafio
- 173 Enemigo de la primavera
- 175 El árbol
- 176 Miserere por las mentidas primaveras
- 178 Pagliacci

ARGUMENTOS DE OPERA

- 183 La toska
- 185 Gioconda
- 186 Rigoletto
- 187 Lucia de Lammermour
- 189 Marina
- 191 Traviata
- 193 I Pagliacci
- 194 Butterfly
- 196 Manon

URBANAS

- 201 El tranvía de la Pastora
- 204 Elegía a Noches Buenas
- 206 La inmutable hayaca
- 208 La blitzkrieg del Guaire
- 210 Pequeña elegía al Guaire
- 212 Tipos que desaparecen
- 214 La sisa culinaria
- 217 El cochero
- 219 Visiones del tráfico
- 220 Epístola a misia Quírica Pimiento

SAL DE PIM

- 225 Urgencia de una reforma social
- 227 Enfermedades lógicas
- 229 Un Santo negro
- 231 El gesto del Papa
- 233 Un poolista original
- 236 Literatura zamurai
- 238 Motivos orientales
- 239 Humorismo rojo
- 241 A un amigo rico que se juzga infeliz

FÁBULAS

- 245 El zorro predicador
- 247 El jardinero generoso
- 249 Cuento que parece fábula
- 251 La avispa y la abeja
- 252 El loro pervertido

- 254 La urraca y la golondrina
255 Los dos caballos
257 El novillo y el toro
259 El búho, el gato y el ganso
261 Desquite de la cigarra
263 El jabalí y los ruiseñores
265 El erizo y los conejos
267 La coqueta y la abeja
269 El ermitaño, la guaca y el gavilán
271 Don Quijote, pastor
273 Apólogo
275 Elogio del marrano

EL BALANCE DE EVA

- 279 I. Mi humilde opinión sobre Moisés
282 II. Que comienza como el anterior
288 III. La inferioridad mental de la mujer
290 IV. Carlomagno con faldas
292 V. La mujer-judas
295 VI. Nueva luz sobre dos incendios
298 VII. Nueva historia de Dalila
301 VIII. La moral del embudo
303 IX. Tres etapas
307 X. Balance y liquidación

Nota introductoria

En esta selección se presenta el conjunto donde —a juicio de los compiladores— están patentes las mejores cualidades del fino espíritu de Francisco Pimentel (Job Pim): venezolanismo, nobleza y genialidad.

Sujeto a las más extremadas y crueles restricciones de la dictadura, Pimentel, durante el tiempo de su actividad literaria, que se reduce a pocos años de libertad, logró siempre interesar al público con sencillos versos, exponentes de agudeza y amor patrio, siempre exentos de odio. Se alude a esta circunstancia de orden histórico, porque no debe olvidársela en la apreciación global de esta antología.

El humorismo es el más libre y desordenado de los géneros literarios; si no está reñido con el método, es poco amigo de clasificaciones y rigores. De allí que Job Pim no presente una obra unitaria, elaborada conforme a planes previos. Sin embargo, atendiendo a cierta relativa unidad temática, se han construido en este libro ocho secciones; en ellas —distinguidas con títulos usados por el propio Pimentel— se clasifican las producciones escogidas en el lapso de 1914-1942.

Es razón de orgullo para los compiladores haber contribuido con el más cordial de los esfuerzos, la mejor de las simpatías y la más sincera de las admiraciones, al homenaje que con esta obra rinde el Ministerio de Educación Nacional al primero de los humoristas venezolanos.

CARACAS, FEBRERO 17 DE 1950.

Miscelánea

Jabón de Castilla

Drama heroico-histórico-pitorreizante, marca Marquina, en varios actos y un prólogo, escrito en verso por Job Pim, con añadidos de algunos ingenios de esta corte.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

Colón, Fray Juan Pérez de Marchena, el lego de apellido Jaramillo y gran cantidad de ratones, arañas, cucarachas y otras sabandijas que suelen infestar las celdas conventuales. Un reloj de pared da lentamente las 10 a.m.

MARCHENA

(Entrando.)

El monasterio, hijo mío,
dora ya la luz del alba.

COLÓN

¿Qué horas son, Padre Marchena?

MARCHENA

Las diez de la madrugada.

COLÓN

Caracoles, ¡vaya un sueño,
dormí diez horas y largas!

MARCHENA

Alza arriba, pues, Cristóbal,
no calientes más la cama,
y aunque sea un sacrificio
lávate un poco la cara,
y tras frotarte los ojos
por limpiarlos de légañas,
ponte lo mejor que tengas,
la flor de tu indumentaria,
y desciende al refectorio
donde la Junta te aguarda
que ha de examinarte en esto:
catecismo de Ripalda,
aritmética e historia,
código civil, gramática,
métrica, arte de construir
y de descifrar charadas,
escultura, arquitectura,
francés, gramática parda,
nociones de geografía,
y otras difíciles ciencias
que deben saber los nautas.

COLÓN

¿Y os figuráis, ignaro sacerdote,
que a un sabio como yo, de tomo y lomo,
puédenlo examinar ni por asomo
sabios que no le llegan al cogote?
Sabe, ¡oh fraile!, que traigo en mis maletas
tres mil trescientas treinta y tres boletas
y más de siete mil certificados
con sus correspondientes estampillas,
en que mil profesores renombrados
dicen de mi talento maravillas
y aseguran que estoy sobresaliente
y puedo navegar impunemente.

MARCHENA

No te calientes, Colón,
ni te des tanta importancia,
que oyéndote se diría
que en saber ni Dios te iguala.
Serás más .sabio qué Lepe,
pero lo que es en España,
sí no sufres el examen
que nuestras leyes reclaman,
nunca podrás ser piloto
de la más pequeña barca.

COLÓN

Pues bien, ya que el destino así lo ordena,
examinarme sin reparos quiero;
ya podéis preguntar, Padre Marchena;
abierto está mi corazón sincero.

MARCHENA

Yo no he de ser, hijo mío,
quien tu saber examine
sino en doctrina cristiana;
no haré, pues, lo que me pides.
Pero baja al refectorio,
que allí hay sabios, más de quince,
y ya veremos si sabes
todas las cosas que dices.

JARAMILLO

Carambita, caramba,
me hice tortilla
siento grandes calambres
en la espinilla;
y, ¡por San Lucio!,
tengo lleno de huecos
el occipucio.

Pero, después de todo,
poco me importa,

porque conservo intacta
la vena aorta,
y para un lego
es bastante fortuna
no quedar ciego.

COLÓN

¿Quién es este ruidoso botarate,
que dice en verso tanto disparate?

JARAMILLO

Ego sum el leguito
del monasterio,
de carácter alegre,
pero hombre serio;
y es muy sencillo
mi nombre: me conocen
por Jaramillo.

COLÓN

¿Y aunque seas el lego del convento,
qué vienes a buscar a mi aposento?

JARAMILLO

Que me manda la Junta
con un recado,
que de tanto aguardarles

ya se han cansado;
vamos afuera,
que están furiosos, Padre,
¡si usted los viera!

MARCHENA

Ruega, Colón, al Señor
que la Junta bien te trate,
y vamos al comedor,
que allí hay muy buen chocolate
y se respira mejor.

COLÓN

Pronto veréis cómo probaros puedo
que mi ciencia a la vuestra sobrepuja;
que el tal examen no me causa miedo,
que el ave canta aunque la rama cruja...

MARCHENA

Tu entereza, Cristóbal, me entusiasma,
y, aunque me tiene quebrantado el asma,
te ayudaré con mi valiosa influencia
para que puedas demostrar tu ciencia.

COLÓN

Despedid, pues, a los espectadores.

(Al público)

Colón y yo somos así, señores.

ACTO II

Refeitorio del monasterio de la Rábida. Una gran mesa redonda, muchas sillas, mucho chocolate, muchos frailes que no figuran en el elenco. Todos los personajes, excepción hecha del Gran Capitán D. Gonzalo de Córdoba (*examinador de cuentas*), estarán sentados alrededor de una mesa de pino.

ESCENA ÚNICA

Colón, Fray Juan Pérez de Marchena, el Gran Capitán, el Marqués de Villena (traidor), el lego Jaramillo, el moro Ben-Zina y dichos.

Marchena, después de hacer en prosa la pregunta de rigor en el Ripalda: ¿A ver niños, cómo os llamáis?, a lo que responden todos en coro: “Pedro, Juan, Francisco, etc”, abre el examen así:

Colón, Colón,
contéstame por tu nombre,
los enemigos del hombre,
¿cuáles son?

COLÓN

Dos conozco únicamente:
la mujer y el aguardiente.

JARAMILLO

Pues yo, siendo un pobre lego,
sé de otro enemigo: el juego.

MARCHENA

¡De razón tiene una cuba!
¡Muy bien, Jaramillo; suba!

(Jaramillo sube; Colón se enjuga una lágrima furtiva. Continúa el examen.)

MARCHENA

¿Cuántas clases de pecado
conoce el examinado?

COLÓN

Muchos piensan que son tres,
pero dos es lo normal:
el pecado de interés
y el pecado capital.

MARCHENA

¿Ninguno más se conoce?
¡Ya lo creo! ¡Ciento doce!
Pero juzgo inconveniente
que ante tan digno jurado
pinte yo tanto pecado:
yo soy un hombre decente.

VILLENA

Me parece que Colón
tiene la mar de razón
y además, yo no me explico

por qué, si ha de ser piloto,
le armamos este alboroto
como si fuera algún chino.

(En este momento Jaramillo, que se ha embriagado con su triunfo y quizás con el vino del convento, rompe a cantar desafortadamente estos disparates:)

JARAMILLO

Ya la Juntívida
se puso brávida
porque La Rábida
estaba lívida.
Y aunque es impávido
el Coloncíbido,
no está amolávido
como un cuchíbido.

(Hay una estupefacción general que se resuelve con el ignominioso lanzamiento de Jaramillo, gracias a una patada que le propina el Gran Capitán en salva sea la parte.)

GRAN CAPITÁN

Ahora, Colón, o pasas o revientas,
porque te voy a examinar en cuentas.

COLÓN

¿Cuál ha de ser, cuál ha de ser, Dios mío,
la razón por la cual se le interroga

en cuentas a un señor que sólo boga
por el piélagos inmenso del vacío?

GRAN CAPITÁN

De todos modos, diez puntos
de aritméticos asuntos
me tienes que contestar;
aún más, sin llegar al décimo,
si en tres llegas a fallar,
Cristóbal, te pongo pésimo,
comencemos por sumar.

COLÓN

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho dieciséis.

GRAN CAPITÁN

Tu ciencia, al menos en sumar, no es broma
y por lo tanto te daré un diploma;
pasemos a la resta
para ver el trabajo que te cuesta:
¿qué te queda si a diez le quitas ocho?

COLÓN

Queda un número mocho.

GRAN CAPITÁN

Admirable, admirable, Colón,
 yo te apruebo cambiando mi plan
 porque entiendes la estricta razón
 de las cuentas del Gran Capitán.

MARCHENA

Y según mis informes
 los demás de la Junta están conformes
 en que a un alumno que tan bien contesta
 no se le debe torturar la testa
 sino aprobarlo en todo, de antemano,
 con tal que pague treinta y siete pesos
 y nombrarlo piloto americano:
 ¡hay marinos que van al océano
 y no marean, y Colón es de esos!

COLÓN

Gracias, querido Marchena,
 ahora sí la has puesto buena.

(Lo que viene muy declamado y con un pronunciado latiguillo.)

Portugal se me cerró,
 y si España se me cierra,
 como yo me quede en tierra
 ¡responda España, no yo!

ACTO III

ESCENA TERCERA

Se extrañará, sin duda, que este acto comience por la escena tercera; pero es el caso que las dos escenas anteriores se le extraviaron al autor en un naufragio acaecido a la altura de las islas Chinchas, y por más que ha hecho no ha logrado recuperarlas. Por lo demás, el público no pierde gran cosa, porque ambas escenas eran malísimas. Baste decir, para la debida ilación del drama, que en ellas figura la partida de Colón y sus compañeros, rumbo a Granada, donde Marchena, que es confesor de Isabel la Católica, va a solicitar el apoyo de ésta para Colón.

Aparecen Colón, Villena, Ben-Zina, Marchena, Jaramillo y 77 frailes. Todos se dirigen a Granada; Villena y Ben-Zina, a caballo; Marchena a ca-mula, Jaramillo y los 77 frailes a ca-burro, y Colón sobre una hermosa cebrá, regalo de su tío (materno).

MARCHENA

(Dando latigazos a su cabalgadura.)

Esta mula
que recula
sin cesar,
no me gusta,
pues me asusta
su trotar.

FRAILE NÚM. 55

Y este burro,
tan cazurro

como yo,
 va a tumbarme
 y estropearme
 ¡burro, so!

(Al terminar estos versitos cae violentamente del asno y le pasan por encima los 76 frailes restantes y Jaramillo. Fallece.)

COLÓN

Este fraile se ha muerto en un segundo
 aunque estaba más fresco que una parcha.
 Mas no me he de parar, ¡siga la marcha!,
 que muera un fraile más, ¿qué importa al mundo?

FRAILE NÚM. 44

Mi colega se murió,
 yo me moriré también;
 digan como digo yo:
 Requiescant in pace, amén.

TODOS LOS FRAILES SUPERVIVIENTES

Requiescant in pace, amén.

VILLENA

Dejémonos de latines
 que de frailes son apoyo;
 digamos en fin de fines,
 ¡qué carrizo, el muerto al hoyo!

BEN-ZINA

¡Por la tierra en que nací,
pienso que está bien así!

COLÓN

¿Y dónde naciste tú,
y perdona la interviú?

BEN-ZINA

(Cantandito.)

Yo nací en una ribera
de un lindo río español,
soy hermano de los moros,
de los toros, de los loros
y del sol.

MARCHENA

Pero bien, ¿cómo se llama
ese pueblo singular?
¿Quién tu filiación reclama?
¿Tu papá cómo se llama?
¿Quién te arrancó de la cama
y te llevó a bautizar?

BEN-ZINA

Es el nombre de mi villa,
Sevilla;

el nombre de mi papá,
 Ben-Aká;
 me sacó de pila y tallo
 er Gallo,
 y es mi madre una matrona
 que, libre de extraño yugo,
 no ha tenido más verdugo
 que una criada respondona.

(A todos satisfacen las sesudas explicaciones de Ben-Zina, excepto al Marqués de Villena, no se sabe por qué; pero lo cierto es que, después de cruzar en prosa injurias de las llamadas bollos, Villena y Ben-Zina se bajan de sus caballos, desenvainan y tienen el siguiente duelo, en verso:)

BEN-ZINA

No me asustas con tu espada
 aunque sea larga y buena,
 porque soy hombre, Villena,
 que no se asusta de nada;
 y te juro por Alá
 que puedo matarte a tí,
 y si me matas tú a mí
 mi madre me vengará.

VILLENA

Cállate, soberbio moro,
 y que Alá, tu Dios, te asista,

pues yo, que soy belmontista,
te mataré como a un toro.

(Dirigiéndose a Colón.)

Colón, el cielo es testigo
que el dinero que gané
con avaricia guardé
para embarcarme contigo;
pero este moro enemigo
se quiere burlar de mí,
y esto no se queda así,
voy a darle a mi manera
la media lagartijera.

(Se organiza el duelo. Colón apadrina a Villena y Marchena apadrina a Ben-Zina. Los frailes se amotinan, pero a la primera descarga huyen despavoridos. Ben-Zina se "atraca" de Villena y le da una estocada contraria que lo tumba como una pelota. Jaramillo hace la revista. Ahora bien, como Villena por su calidad de traidor es indispensable, el autor decide resucitarlo, por lo cual, en el transcurso del drama vuelve a aparecer como una manzana. Para terminar dignamente este acto, el padre Marchena declama, en tono lastimero, estos dos versos:)

Pobre Marqués, se le acabó la dicha,
se fue del mundo sin decir "ni ficha".

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La acción en el mesón llamado “El Ratón Moribundo”, en las afueras de Granada. Colón, Marchena, el moro Ben-Zina, Jaramillo, el mismo lote de frailes, excepto el número 55 (q. e. p. d.), otro lote de 77 soldados, divididos en tres grupos así: Tercios de Flandes, 33; Tercios de Poker, 22; malos tercios, 21, y un “terciazo”. Juana la Demente, una bailarina llamada la Gota Gorda por su excesivo volumen. Moros, moras y moradas. En el mesón comen y beben y reina gran algarazara.

UN TERCIO DE FLANDES

¡Cuán gritan esos moritos,
pero que me vuelva gago
si en tomándome este trago
no pagan caro sus gritos!

(Se toma el trago y no lo paga.)

UN MAL TERCIO

Gota Gorda,
bailarina
aunque sorda
superfina,
me enamoras
por tu tez
más que diez
o doce moras.

TERCIO DE FLANDES

Ya le estoy tomando inquina
a este tercio por fantoche,
dime, hermosa bailarina,
más buena que la aspirina,
¿por qué no viniste anoche?

GOTA GORDA

Porque estaba muy cansada,
derregada me sentía
de haber cosido en el día
diez libras de capellada.

MAL TERCIO

Vuélvete, Gota, hacia acá
o te juro por Alá
que ése morirá a mis manos
lo mismo que los marranos
que mataba mi papá.

TERCIO DE ELANDES

(Dirigiéndose a su rival)

¿Tu papá mató cochino?

MAL TERCIO

Y lo mató con denuedo.

TERCIO DE FLANDES

¿Y tú le tuviste miedo?

MAL TERCIO

¡No digas tal desatino,
que los tercios como yo
frente a un cerdo baladí,
podrán comérselo, sí,
pero acobardarse, no!

(A pesar de los ruegos y sudores de la Gota Gorda, ambos tercios desenvainan y se atacan con tal furia que a los cinco minutos justos tienen los cuerpos con más agujeros que un trompo servidor. Por esto y por la ruptura de sus respectivas aneurismas, mueren de repente. Traen las mulas, los arrastran y sigue el drama.)

UN FRAILE

¿Será cierto que en Granada,
que es el sitio donde voy,
comienza la guerra hoy
si no está ya comenzada?

COLÓN

Es verdad, si no es mentira,
porque hoy, después de almorzar
con don Gonzalo en “La Lira”,
¡guerra!, exclamó ante el altar
el sacerdote Konira.

UN TERCIO DE FLANDES

Estas son batallas chicas,
yo me voy a otras más grandes.

UN TERCIO DE POKER

¿Y, adónde te vas?

TERCIO DE FLANDES

A Flandes,
a poner algunas picas.

(En este momento entra por una puerta falsa Juana la Demente, con un perro amarillo, y en voz muy baja y musical se dirige al moro Ben-Zina y le dice las siguientes locuras:)

Ben-Zina
yo parto
muy lejos
de aquí.

BEN-ZINA

Lagarto,
lagarto,
no me hables
así.

JUANA

Me vine a pie, buscándote, monino,
y sólo traigo que ofrecerte pueda,

este perro amarillo del camino
y este resto de plata que me queda.

(Le alarga, una bolsa que contiene siete pesos “macuquinos”, acto que conmueve a Ben-Zina, quien haciendo pucheros, le dice:)

Ven, acércate más, no temas nada,
alza altiva la frente,
y aunque diga la gente
que te encuentras demente,
yo soy de parecer que estás curada.

JUANA

Pasando un puente me dijeron loca.

BEN-ZINA

¡Qué importa! Alguna vez a ti te toca.

COLÓN

(En voz baja a Marchena:)

Es cierto que la locura
de cuando en cuando se cura.

MARCHENA

¿Cómo has creído, babeiaca,
que esa loca se curara?
¡Perro que come manteca
mete la lengua en tapara!

(De pronto entran 22 cazares de moros con grandes aspavientos y gritería, declarando que ha comenzado el sitio de Granada.)

UN MORO

Ya se rompieron los fuegos.

JARAMILLO

¡Se enzanjonaron los legos!

COLÓN

Vamos al plomo, señores,
que va a ser buena la ducha,
pues ya el sonido se escucha
de los pitos y tambores.

MARCHENA

Yo sí voy, de mil amores,
mas la banda está incompleta,
entre pitos y tambores
nunca falta una corneta.

(Entusiasmo general. Los tercios sacan todos a relucir las espadas y las navajas de afeitar y salen cantando “La Granadina”, tango de moda. Pero el “Terciazo”, que tiene un miedo hereje, echa a correr por la puerta falsa, cosa que indigna a los circunstantes, menos a un empleado de la Sociedad de Cines y Espectáculos de Granada, que viaja de incógnito. Todos insultan al cobarde Terciazo, pero Colón dice despectivamente:)

No digan nada de ese perdido:

¡un tercio que se va!... ¡Cuántos se han ido!...

ACTO V

Varios años han pasado. La acción se desarrolla en el palacio de los Reyes Católicos, donde Marchena va a recomendar a Colón para que le den una plática.

ESCENA PRIMERA

(Marchena, Colón, Doña Isabel, el Gran Capitán, Jaramillo, Ben-Zina y un portero.)

MARCHENA

(Dirigiéndose al portero:)

Escucha, amigo portero:
 yo quiero
 que le lleves a Isabel
 un papel.

PORTERO

Hoy no es día de recibo,
 la Reina está apenadísima
 porque anoche su Ilustrísima
 le propinó un vomitivo.

JARAMILLO

¡Válgame María Santísima!
 ¿Y un obispo la receta?

MARCHENA

Los clérigos, Jaramillo,
se saben eso al dedillo.

COLÓN

Pasémosle una tarjeta.

PORTERO

Yo se la puedo llevar,
pero tienen que pagar.

(Hay un breve conciliábulo en el que se decide pagarle al portero treinta y tres centavos, que es lo que tienen entre todos, para que lleve a la Reina una tarjeta que dice así:)

“FRAY JUAN PEREZ DE MARCHENA saluda atentamente a su amiga Isabel la Católica y se permite recomendarle al portador, señor C. Colón, quien se propone hacer un viajecillo y se halla sin recursos. Marchena agradecerá a su amiga cuanto hiciera en favor de su recomendado y aprovecha esta oportunidad para desearle un feliz y próspero Año Nuevo”.

COLÓN

Si gracias a ese papel
me da la reina Isabel
tres o cuatro carabelas
para hacer el viajecito
le pondré a San Expedito
catorce cabos de vela.

MARCHENA

Y yo prometo, Colón,
 si mi recomendación
 te resuelve la excursión,
 regalarle a mi patrón
 San Antón,
 catorce velas de cera
 una linda vinajera
 un cirio, una pajarera
 y un jamón

(Vuelve el portero y los invita a pasar adelante. Todos pasan. El portero tranca.)

ESCENA SEGUNDA

Salón de fumar del palacio. Son introducidos Colón, Marchena, Ben-Zina, Jaramillo y demás compinches.

MARCHENA

Señora, tienes delante
 a un famoso navegante
 que te quiere ver la faz.

ISABEL

¿Y quién es?

COLÓN

Gente de paz.

MARCHENA

Pasa adelante, Colón,
y exponle tu petición.

COLÓN

Yo, señora, soy piloto,
es mi saber muy profundo,
y desde tiempo remoto
quiero descubrir un mundo.
Y me lanzaré a la ola
para que al fin de esta guerra,
no haya un puñado de tierra
sin una tumba española.

ISABEL

Yo apoyaré tu excursión,
pero el caso es que, mañana,
que es Domingo de Pasión,
va a casarse mi hija Juana
y no tengo ni un doblón.

(Oyóse dentro la voz de Juana la Demente, que canta en alegre tono:)

Tilingo, tilingo,
mañana domingo
se casa la Pita
con la burriquita.

MARCHENA

(A Ben-Zina.)

¿Quién canta adentro, Ben-Zina?

BEN-ZINA

Doña Juana Catalina.

JUANA

(Entreabriendo la puerta.)

Madre, aquí estoy; de la cocina vengo
porque apetito formidable tengo.

MARCHENA

Ve a cenar, hija mía; ya es la hora,
y no fastidies más a esta señora.

(Juana no va, sino que se sienta en el suelo y se entrega a la importante tarea de atraparse el dedo gordo de la derecha con la misma mano.)

COLÓN

(A Isabel.)

Ya que tu apoyo prometes,
no importa que pobre estés:
yo emitiré unos billetes
y tú los pagas después.

JARAMILLO

(Irreverente.)

¿Y te figuras, simplón,
que hallarás quienes se traguen
esa cascorva emisión,
y aceptarán que les paguen
con billetes de Colón?

ISABEL

El lego ha hablado con sereno juicio.

COLÓN

Y entonces, Majestad, ¿cómo me apoyas?

ISABEL

Haciendo por tu causa el sacrificio
de mandar a empeñar todas las joyas
que me obsequiaron en mi beneficio.

MARCHENA

¿Y el lujo que aseguran que tenías?

ISABEL

¡Ay, Marchena; eso fue en mis buenos días!
Hoy, un magnate de mediano influjo,
es más rico que yo.

JUANA

(Llorando.)

¡Sí, todos gozan de esplendente lujo,
pero mi madre no!

(En este instante entra el Gran Capitán, que viene del sitio de Granada, y dice:)

GRAN CAPITÁN

Ya Granada va a caer,
más de ocho días no dura.

ISABEL

¿Y antes no podría ser?

GRAN CAPITÁN

No, mujer,
porque no está bien madura.

ISABEL

Pues bien, al caer Granada,
después de oír una misa,
me quitaré la camisa
que tengo al cuerpo pegada.

GRAN CAPITÁN

¿Y no la piensas botar?

ISABEL

No, yo no hago desatinos,
prefiero hacerla lavar.

GRAN CAPITÁN

Entonces haré llamar
a los chinos.

COLÓN

Bien, ¿y qué hubo de mi asunto?

ISABEL

Le pondré mañana punto.

COLÓN

Entonces, hasta mañana.

ISABEL

Hasta mañana, Colón.

MARCHENA

El cielo te guarde, hermana.

GRAN CAPITÁN

Se levanta la sesión.

ACTO VI**ESCENA PRIMERA**

Colón y sus acompañantes van a ver al Rey Don Fernando y éste aplaza el asunto para el acto VII y los invita a pasar al salón de quemar del Palacio, donde tiene que vigilar personalmente un acto importantísimo: el achicharramiento de dos herejes: macho y hembra.

Colón y los personajes del acto V, menos algunos, y además el Rey Don Fernando, el inquisidor Torquemada, el verdugo Juan Verdú, el hereje macho, la hereje hembra y varios hombres disfrazados de dominó.

REY

Torquemada, el tiempo vuela:
ya debieras comenzar.

TORQUEMADA

Señor, tendréis que esperar
mientras prendo la candela.

(Saca una caja de cerillas, dispone algunos palitos y enciende el hornillo del tormento.)

VERDUGO

Pues yo creo,
que antes de quemar al reo,
si de hacerlo hablar se trata,
se debe apelar a un medio
que es a veces buen remedio.

REY

¿Cuál?

VERDUGO

Apretarle una pata
con estas cuñas de plata.

TORQUEMADA

Dices bien, noble verdugo.
Vamos a sacarle el jugo.

*(Se efectúa la operación indicada, con evidente disgusto del hereje macho,
que berrea a todo su talante.)*

HEREJE M.

¡Ay, ayayay, ay mi madre!

MARCHENA

(Al Rey.)

Señor, en nombre de Dios,
no dejéis que este hombre ladre
estando presente vos.
Usad de vuestro poder
y no lo hagáis más sufrir,
que no puede hereje ser
quien ¡madre! sabe decir.

REY

¿Qué os parece, Torquemada?

TORQUEMADA

Pues que no tiene razón
 más le arderá la quemada.
 ¡Verdugo, hazlo chicharrón!

(El verdugo inicia el achicharramiento por los pies; crece el disgusto del hereje.)

TORQUEMADA

Carbonízale la planta
 para ver si al cabo canta.

JARAMILLO

¡Caracoles!

COLÓN

¡Uf, qué horror!

HEREJE M.

¡No me carbonice usted!

TORQUEMADA

¿Cantarás?

HEREJE M.

Si, cantaré.

(Comienza a cantar lastimosamente, mientras el coro de dominós acompaña con golpes acompasados de sandalia.)

HEREJE M.

Yo que siempre del verdugo me reí,
y que nunca de indulgencias me ocupé,
hoy a gritos y berridos canto aquí
para ver si no me queman este pie.

Ay de mí,
ay de mí,
si acabaré rezando
para salir de aquí.

REY

Basta ya de tal suplicio:
¡Verdugo!, ¡cesa en tu oficio!

TORQUEMADA

Tenéis razón, ¡oh señor!,
pues os juro que hasta aquí
jamás ni en el teatro vi
tan buena voz de tenor:
¡palabra de inquisidor!

VERDUGO

¿Lo suelto?

TORQUEMADA

El Rey lo mandó,
suéltalo, pues, Juan Verdú.

COLÓN

Y si no lo sueltas tú
ya voy a soltarlo yo.

(El verdugo desata al hereje y lo acuesta sobre una mesa de planchar. El paciente deja escapar algunos gemidos.)

VERDUGO

Salvaste, hereje, los pies,
¿de qué te lamentas, pues?

HEREJE M.

¡No quieres, ay, que me queje,
si siento en el alma frío!

COLÓN

Me partes el alma, hereje,
¿te has hecho daño, hijo mío?

(En este mismo instante se oye un ruido ensordecedor. Todos se vuelven a averiguar la causa y se averigua que el escándalo es originado por un demonio apellidado Pi, por su manía de imitar el pito de las locomotoras, y el cual acaba de salir del cuerpo de la hereje hembra. Colón se desmaya del susto y a los once minutos vuelve en sí, gracias a unos vigorosos sopapos que le aplica Jaramillo sin licencia eclesiástica. Se restablece el orden.)

TORQUEMADA

(Al verdugo.)

Vamos con la mujer, amigo mío,
muy fuertemente amárrala, ante todo.

VERDUGO

¿Lo mismo que al varón?

TORQUEMADA

Del mismo modo:
la misma barca atravesando el río.

COLÓN

(Al Rey.)

Señor, y a esa mujer, ¿por qué la tuestan?

REY

Porque los fieles de Aragón protestan
y aseguran que está bajo el control
de un demonio terrible: el del alcohol.

MARCHENA

Lo creo, pues se mueve como azogue.

COLÓN

(Al Rey.)

Permitidme, señor, que le interrogue.

(Se dirige a la hereje que está, hablando sola, y haciendo el signo de la guiña le dice:)

¿Es verdad que tú bebes, hija mía?

HEREJE H.

Sí, bebo, noche y día.

COLÓN

¿Y cómo, si la forma no es secreta?

HEREJE H.

Como el Rey Jorge IV, que bebía
hasta perder el tino y la chaveta.

TORQUEMADA

Basta de interrogatorio,
que eso a todo sobrepuja,
pues su pecado es notorio,
verdugo, tuesta a esa bruja.

REY

Yo no me quedo al velorio.

(Dirigiéndose a Colón y a sus amigos:)

No os podéis quejar de mí

vosotros que estáis de pie,
pues si buen tiempo os quité
buena diversión os di.
Y en cuanto al viaje, ya saben
que trataremos de él
en cuanto los chinos laven
la camisa de Isabel.

COLÓN

Pues bien, yo necesito
decirte que no quiero.

REY

¿Es mucho lo que gastas?

COLÓN

Es mucho lo que espero;
te ruego que no acabes
con mi última ilusión.

(Llora.)

REY

No llores, caro Colón,
torne a tus labios la risa,
que en lavando la camisa
te costearé la excursión.

MARCHENA

¿Y es una cosa tan grave
que esa camisa se lave?

REY

Es que ignoran los extraños
que esa prenda es muy bonita,
pero que hace algunos años
que Isabel no se la quita;
juró llevarla pegada
hasta no entrar en Granada.

MARCHENA

Siendo así, la cosa es grave.

CORO DE DOMINOS

¡Que se lave, que se lave!

REY

A la sala de billar
vamos, pues, cual peregrinos,
que allí numerosos chinos
ya nos deben aguardar;
y juro hacerla lavar
aunque no es cosa sencilla,
porque ya está ultra-amarilla;
pero limpia la veremos

aunque en lavarla gastemos
todo el jabón de Castilla.

NOTA. — Se advierte a los lectores que el próximo acto es casi todo en chino, idioma que el autor posee a maravilla.

ACTO VII

La acción se desarrolla en el salón de billar del palacio real donde 777 chinos se hallan entregados a las importantes labores propias de su sexo, de desinfección, machacamiento, enjabonadura, secadura y planchado de la famosa camisa. Todos los chinos están provistos de máscaras contra gases asfixiantes y obedecen al chino núm. 13, cuyo nombre es Yan-Ten. Los restantes se apellidan, la mitad, Sen-Sen, y la otra mitad, Chi-Chón.

ESCENA UNICA

Colón, el Rey Don Fernando, Marchena, Ben-Zina, Jaramillo, Juana la Demente, los chinos y un señor Camejo, fiscal de lavanderías chinescas en el reino de Castilla, con residencia en los alrededores de Granada.

NOTA. — Como probablemente la Compañía que monte este drama no dispondrá, de 777 chinos, se puede hacer con sólo ocho, siete de los cuales llevarán un cartelón que diga: “Vale por 77 chinos”.

YAN-TEN

Ala ligelo, Chi-Chón.

CHINO NÚM. 3

No ti apule, ya va a tá.

CHINO NÚM. 22

Cuatlo calos e jabón
y siempre amaliya.

CHINO NÚM. 219

Ajá.

REY

¿Y qué hiciste la peseta?
¿Por qué proceden tan mal?

YAN-TEN

Pol que tú no dite lial.

REY

¿Y qué?

YAN-TEN

Si no hay lial, no hay lopa.

REY

¿Y qué hiciste la peseta
que para jabón te di?

YAN-TEN

A calamba, la peldí
ayel jugando luleta.

MAKCHENA

Celeste, la lengua ten:
¡Señor, deja ese Yan-Ten!

UN CHI-CHÓN A UN SEN-SEN

Valí, camisa li-lón.

SEN-SEN

Alán palanké, Chi-Chón.

(Irrupción de Juana la Demente, que se empeña en ponerse, todavía húmeda, la camisa de su mamá, a pesar de las protestas del Rey, de todos los chinos y del fiscal, señor Camejo. Entonces Juana se agarra desesperadamente de Colón y le dice:)

JUANA

Colón, por lo más sagrado,
Colón, por la Santa Misa,
pídele a este Rey malvado
que me deje la camisa.

COLÓN

Juana, no seas importuna.

BEN-ZINA

Es que está en paso de luna.

COLÓN

Deja, al menos, que Yan-Ten
esa camisa retuerza.

CAMEJO

Yo le pondría más bien
una camisa de fuerza.

COLÓN

¡No será por mi conciencia,
y si no tenéis clemencia,
con quien perdió la razón,
poned todos atención
y haré ver la diferencia
que hay de Camejo a Colón!

(Quiere agarrarse con el señor Camejo.)

REY

(Intercediendo.)

Cristóbal, no te sulfures
ni te apures;
deja que el señor Camejo
diga diez mil desatinos.

COLÓN

Yo con justicia me quejo.

REY

Pero si pelear te dejo,
¿qué dirán de mí los chinos?

(Aquí Ben-Zina, que, como todos los moros, es un frenético melómano, descubre un piano muy viejo en un rincón de la sala y se pone a tocar con un dedo el vals llamado Geranio, que en esa época hacia furor. Juana sale a bailar con uno de los chinos.)

JARAMILLO

La fiebre de bailar le ha dado a Juana.

MARCHENA

Y como baila a la manera china,
se quedará bailando hasta mañana.

REY

(Furioso.)

¡No lo haré, vive Dios! ¡Moro Ben-Zina!,
no toques ese vals, cierra esa piana.

(Ben-Zina obedece, pero de tan mala manera, que al cerrar la tapa del carcomido instrumento éste se derrumba, derrumbando también al chino Yan-Tén, que se deshace en amargo llanto, por lo cual se ve obligado a quitarse la máscara precautelativa. Inútil es decir que muere inmediatamente, asfixiado por los gases tóxicos que emana la camisa isabelina. Al ver a su patrón muerto, los 776 chinos restantes se abren estoicamente los respectivos vientres.)

COLÓN

(Horrorizado.)

¡Dios mío, cuánto chino
se ha matado; esta atmósfera envenena!

(A Marchena, que quiere escapar.)

Para, Marchena,
 tomemos cada cual nuestro camino:
 tú volverás en breve al monasterio,
 pero no ahora, que el asunto es serio
 porque va a decidirse mi destino
 y a saber si descubro el hemisferio.

(Marchena se sienta, tapándose obstinadamente las narices.)

REY

Nada me importa la nefasta suerte
 que han tenido esos hijos de Confucio,
 pero mi alma con dolor advierte
 que les llegó la muerte
 y me dejaron el vestido sucio.

COLÓN

Tenéis razón, señor; la cosa es fuerte,
 y comprendo que os ponga melancólico
 porque sois un monarca muy católico;
 pero un remedio cabe:
 yo buscaré quien la camisa lave.

REY

Los chinos, por lo tanto, ¿no son únicos
 en lavar las camisas y los túnicos?

CAMEJO

No son los chinos los que en dulce calma
aplican el jabón y la lejía;
¡hay muchos que en lavar ganaron palma
y lavan todavía!

REY

Di, pues, Camejo, ¿cuál es el remedio?

CAMEJO

Yo te la lavaré por real y medio.

REY

Siendo así no me quejo,
ya que salí del trance con ventaja;
entre tus manos el asunto dejo.
Vamos, Colón. Y en cuanto a ti, Camejo,
trabaja, joven, sin cesar trabaja.

(Sale majestuosamente acompañado de Colón y sus amigos. Camejo empuña valerosamente la camisa y una barreta de jabón. En sus ojos brilla una satánica alegría. Se oye el volar de las moscas. Cae la noche. Cae una lloviznita. Cae el telón.)

ACTO VII BIS

En este acto no sucede absolutamente nada, pues aunque se efectúa el arreglo entre los Reyes Católicos y Colón para el viaje de éste, dicho arreglo es de carácter secreto. Si se pone, pues, este acto en el desarrollo del drama es solo para que el Rey Don Fernando no quede mal con

Colón y con el público, puesto que se aplazó la cuestión del viaje para el acto VII. Por estas sesudas razones, el autor concede a las compañías que representen el «Jabón de Castilla» una licencia especial para que hagan caso omiso del acto VII bis, siempre que adviertan al público lo que queda dicho, a fin de que no sufra descrédito la real palabra de Fernando el Católico.

ACTO VIII

ESCENA PRIMERA

En el puerto de Palos. Se hacen los últimos preparativos para la expedición. Tres viejísimas carabelas, la “Pinta”, la “Niña” y la “Santa María” se mecen suavemente en el puerto. Colón, Marchena, Jaramillo, Ben-Zina, un hermano natural de éste, el cual es llamado Ben-Zonaftol, el capitán de la “Pinta”, cuyo nombre es D. Marinando Marín, un par de sacerdotes armenios y la tripulación de las carabelas. Casi toda esta gente se reúne poco después en la taberna principal del puerto, “El Gato Neurasténico”, y abusan del licor

COLÓN

(A Marchena.)

Padre, ya estamos en Palos,
ved allí mi carabela.

(Señala la “Pinta”).

MARCHENA

Eso, hijo mío, revela
que ya no habrá días malos.

COLÓN

¿Y no creéis que volverán, Marchena?

MARCHENA

No, la palabra de Fernando es buena.

COLÓN

¿Vos lo creéis así?

MARCHENA

¿Por qué te obstinas
en ver las cosas peor de lo que están?
¡Volverán las oscuras golondrinas
y quizás, sí, tu marcha estorbarán;
pero las calenturas fernandinas
¡esas no volverán!

JARAMILLO

(*A Ben-Zina.*)

Señor moro,
los sucesos están malos;
por más que busco y exploro
en este puerto de Palos,
no hay modo
de empinar un tanto el codo.

BEN-ZINA

Pues oye esta condición:

si no se halla una cantina,
no será el moro Ben-Zina
quien acompañe a Colón.

COLÓN

Te sobra la razón, joven morisco,
pues nadie, según creo,
soporta, sin traguitos, el mareo;
y yo, por San Francisco,
no voy a bordo sin hacerme cisco.

MARCHENA

¡Ay, Colón!,
esa maldita afición
que por el licor abrigas
va a costarte mil fatigas;
¿no sabes tú, desgraciado,
que el que bebe demasiado
amanece enratonado?

JARAMILLO

¡Por el Concilio Ecuménico!
Mirad, amigo Ben-Zina,
ya apareció una cantina,
la de “El Gato Neurasténico”.

(Todos se dirigen a la taberna mencionada, cuyo dueño es Ben-Zonaftol, hermano natural de Ben-Zina, y en el interior de la cual están bebiendo

los dos sacerdotes armenios, el capitán Marinando Marín y algunos de los marineros de las carabelas, todos de apellido Madero.)

BEN-ZINA

Entremos todos, y al grano,
que la casa es de mi hermano,
y afuera hace mucho sol.

COLÓN

¿Tienes hermano?

BEN-ZINA

Sí tal,
un hermano natural.

COLÓN

¿Su nombre?

BEN-ZINA

Ben-Zonaftol.

MARCHENA

¡Vaya!, el nombre tiene gracia.
Ben-Zonaftol, ¡qué salero!
Más bien que de tabernero
es de droga de farmacia.

(Hay un breve altercado con motivo del nombre del tabernero, pero termina felizmente, aunque esto no suele ocurrir en los dramas. En seguida todos en-

tran en la cantina, se sientan y empiezan a hacer copiosas libaciones, hasta el punto de ponerse malísimos de la cabeza y entonar canciones contrarias a la decencia.)

COLÓN

(Alzando la copa.)

Voy a perder la chaveta
 porque tal es mi deseo
 y porque en estado “hebreo”
 el marino más maleta
 puede aguantar el mareo.

BEN-ZINA

(Tambaleándose.)

Yo tengo sed de alcohol:
 ¡más licor, Ben-Zonaftol!

MARCHENA

(Borrachísimo.)

¡Caramba, qué serio,
 las seis van a dar
 y en el monasterio
 debiera ya estar!

JARAMILLO

¡Ay!, padre Marchena,
 ¿por qué has de marchar?

¿De fiesta tan buena
quieres desertar?

MARCHENA

¡Leguito, leguito,
yo debo seguir!

JARAMILLO

¿Y en qué caballito
te quieres venir?

(Tan bonito diálogo es interrumpido por el sacerdote armenio número 2, quien, mesándose la lengua barba roja hasta arrancarse 111 pelos, quiere arrebatarse al sacerdote número 1 un apetitoso plato de garbanzos y como no lo consigue, exclama lastimeramente:)

SACERDOTE ARMENIO NÚM. 2

¿Por qué volvéis a la memoria mía
tristes recuerdos del placer perdido,
a recordarme que ya acaba el día
y que tengo el estómago “vacido”?

JARAMILLO

Este levita de Armenia
debe tener neurastenia;
¿no oís que dice este tío
“vacido” en vez de vacío?

BEN-ZONAFTOL

Es cierto; pero no importa
que destroce el español,
un turco no le soporta,
lo afirma Ben-Zonaftol.

(Colón, que comienza a desvariar, canta, ensartando palabras de su idioma nativo, el italiano, una extraña canción, acerca de un tío suyo, la cual termina así:)

COLÓN

¡Ay mío tío, mío tío,
Il mío
a la mezza-notte
borracho perdío!

(Todos se conmueven. Colón quiere llevar a Marchena a bordo, pero éste se resiste. Entonces entre todos los marinos y el capitán Marinando Marín (que es mudo de nacimiento), se llevan al genovés, el cual, ya en la puerta, se pone de pie con esfuerzo supremo y dice trágicamente a Marchena:)

¿Me dejas solo en esta situación?
pues bien, desprecio tu amistad me inspira,
y te lego, al partir, mi maldición.

(Dirigiéndose al público:)

Amigos, no hay amigos, es mentira;
la amistad verdadera es ilusión.

(Calla Colón. Hay una ovación. Cae el telón.)

ACTO IX**ESCENA UNICA**

Se desarrolla este acto a bordo de la carabela “La Pinta”, residencia particular del almirante Colón, en viaje de negocios. Don Cristóbal sufre, como es lógico, las consecuencias de sus anteriores obras alcohólicas, y se encuentra por eso atacado de la angustiada y apabullante enfermedad denominada “ratón” por los especialistas. Con él viajan el moro Ben-Zina, una mora bellísima llamada la mora Bitá, y un moro buenmocísimo llamado el Moro-Cota; el ex-difunto Marqués de Villena, traidor profesional, que se ha colocado en la carabela con el propósito de amotinar la tripulación a la primera oportunidad; el capitán Marinando Marín, que ha recobrado el habla gracias a la homeopatía; el lego, que ha sido elevado a la categoría de sigüí; 33 marinos y un grumete, todos de apellido Madero. Se hallan en alta mar. El tiempo es bueno. La carabela es mala. Se divisan algunas gaviotas, alcatraces, tiburones y otras aves marinas, con rumbo hacia acá. Arriba el telón.

COLÓN

(Echado en una chaise-longue.)

Me aprietan las náuseas, me mata el esplín,
el hígado canta su eterna canción;
valor, Almirante, destruye el ratón,
llevando al gaznate tu frasco de gin.

(Bebe.)

BEN-ZINA

(En proa.)

Ya hace tres meses, Colón,
que nos tienes navegando;
¿cuándo encontraremos, cuándo
la tierra de promisión?

EL MORO-COTA

(En popa.)

Hartos de mar y mariscos
nos tienes ya, bribonazo;
¿tú crees que los moriscos
somos cogidos a lazo?

COLÓN

El porvenir no me aterra;
pronto veremos la tierra;
Dios es grande y fío en él,
pasarán las horas foscas,
y al descubrirse el pastel
le caeremos como moscas
a un panal de rica miel.

JARAMILLO

(Aparte.)

Pero quizás perezcamos
presos de patas en él.

BEN-ZINA

Bien, pero ¿cuándo llegamos?

COLÓN

Muy pronto.

JARAMILLO

(Aparte.)

El día del juicio.

COLÓN

(Irritado.)

¡Jaramillo, a hacer su oficio!

(Obedece.)

EL MORO-COTA

El lego tiene razón,
sí, tiene razón y plena.

COLÓN

¡Más respeto ante Colón!
Pero, ¡oh Dios!, de esa alacena
miro salir a Villena.

(En efecto, el Marqués surge de una alacena y espada en mano, y seguido de toda la tripulación, avanza hacia el Almirante, estupefacto.)

COLÓN

¡De dónde sales, Dios mío!

VILLENA

Salgo del sepulcro frío
y traigo estos marineros
que ante tus ojos están
y se llaman los Maderos,
y son todos de San Juan.

EL MORO-COTA

¡Riqui, riqui, riqui, ran,
los Maderos de San Juan
piden queso y piden pan,
pero aquí no se los dan!

(Todos los Maderos, con gran estrépito.)

MADEROS

Si no nos dan pan y queso,
Colón, te dejamos tieso.

(Colón palidece y se rasca una oreja.)

LOS DOS MOROS Y LA MORA

¡Colón no tiene decoro
porque nunca ha sido moro!

COLÓN

¡Yo fui moro una vez! Mi carabina
lo está diciendo a voces, ¡oh Ben-Zina!
Y pongo a Alá, por juez
de que en esta espantosa chamuchina
seré moro otra vez.

(Villena, haciendo girar la espada entre los dedos índice y anular, como si fuera un chaparrito:)

VILLENA

Colón, es cosa resuelta;
di si das o no das nada.

COLÓN

No des vuelta a la espada
porque esto no tiene vuelta.
¿La hidalguía castellana
vas a desmentir, Villena?

VILLENA

La hidalguía ya no es buena:
Flor del Ávila le gana.

LA MORA BITA

¿Lo piensas así, Villena?

VILLENA

Así lo pienso, villana.

(Colón se arranca una cana y la arroja a la alacena, se sube por una antena y se agarra a la mesana; coge su saco de lana, deja su saco de arena, y dice con voz de trueno: Me estropearon la mañana.)

EL MORO-COTA

¡Epa, epa, vista a popa,
que Colón se nos escapa!

UN MADERO

¡Atrápenlo con la tropa!

OTRO MADERO

Levantémosle la tapa.

OTRO MADERO

Hagámosle una callapa
y volvámoslo una sopa.

VILLENA

(Sardónico:)

Colón no sabe una papa
y nunca ha visto en el mapa
hacia dónde queda Europa.

(Colón se deja caer pesadamente, fracturando a dos Maderos, y exclama iracundo:)

COLÓN

¡Villena, ésta sí que es buena;
yo soy un hombre, Villena!

Y sé de cosas muy graves
que tal vez tú no las sabes:
primero, el mar es muy hondo;
segundo, el mundo es redondo,
y si Dios no me desaira,
verás como damos fondo
en el puerto de La Guaira.

BEN-ZINA

Este Colón es un lince.

EL MORO-COTA

¿Qué plazo nos fijarías?

VILLENA

A lo sumo, de tres días.

COLÓN

(Contando con los dedos.)

¿Hoy es doce?... Vuelve el quince.

UN MADERO

(Pesimista.)

El quince somos difuntos
todos los Maderos juntos.

(Hay una bronca mediana; la mora Bitá se apena; Colón a las gentes gana, y luego agarra a Villena y lo guarda en su alacena, diciéndole: ¡hasta mañana, a la hora de la cena! La multitud se desgrana y Colón vuelve a la antena; saca el pañuelo, se suena, escupe hacia la mesana, se sienta como una rana y canta con voz muy llena una cancioncita llana que oyó en el Pobre Valbuena:)

COLÓN

La luna en el mar riela:
 ¡viento en popa a toda vela
 se dirige a Venezuela
 mi velero bergantín!

VILLENA

(Desde la alacena)

¡Bergante!

COLÓN

(enérgico)

¡No, bergantín!

ACTO X

La misma carabela. El mismo pianito y los mismos musiúes. Hora: la del alba sería. El tiempo es mejor. La carabela es insoportable Se ven flotar en torno a la carabela «La Pinta» despojos, algunos zapatos viejos, conchas de coco, una palangana de peltre, una hoja de «El Noticiero», un perro muerto y una perra en el mismo deplorable estado. Colón duerme sobre inmundo rollo de mecate, con laca beza al aire porque su gorra no tenía barboquejo. Sueña en alta voz con la sombra de Marco Polo, la cual, entra partiendo avellanas con las muelas del juicio.

MARCO POLO

¿Cómo que duerme Colón?

COLÓN

SÍ, Polo, como un lirón;
pero, ¿a qué vienes, bandido,
si tu presencia es fatal,
ya que por prestarte oído
me encuentro ahora metido
en este berenjenal?

MARCO POLO

¿De qué te quejas, Colón?
¿Es que tu empresa no medra?
¿Algún presagio te arredra?
Disípese tu aflicción
pues vengo a darte una piedra.

COLÓN

(Doliente.)

Ya en tus consejos no creo;
 porque una vez me burlaste
 me veo como me veo.

MARCO POLO

No, Colón, hoy te salvaste;
 es serio, no pitorreo.

COLÓN

Yo aspiro a llegar a viejo,
 venga, pues, ese consejo.

(Marco Polo deja por un momento la noble ocupación de partir avellanas y alzándose sobre la punta de los pies, declama los siguientes versitos:)

MARCO POLO

Ya de a bordo
 pasó el gordo
 bululú:
 los Maderos
 no son fieros
 como tú.
 Si Villena
 a su alacena
 volvió ya,

y revuelta
si se suelta
 formará,
ve confiado
arriesgado
 viajador,
pues mi pauta
como nauta
 es la mejor,
y te juro
que al conjuro
de este raro talismán
no son fieros
los Maderos,
los Maderos
de San Juan.

(Le entrega un bojotico)

COLÓN

¡Cielos!, ¿qué es esto tan duro?

MARCO POLO

(Solemne.)

¡Es la piedra del zamuro!

(Después de hablar como un loro, hace mutis por el foro, hasta perderse en lo oscuro. Colón guarda su taturó en su escarcela de oro, y aunque duerme

como un toro, bebe gin, pero gin puro, hasta que aparece un moro que viene a pedirle un duro.)

MORO 8

Colón, toy en un apuro.

COLÓN

¿Y a mí qué? Yo estoy dormido.

MORO 8

Un duro sólo te pido.

COLÓN

(Que sigue durmiendo.)

No tengo ni medio duro.

(Ronca.)

MORO

(Aparte.)

Estoy viendo
que el dormido se está haciendo;
pero juro por Alá
que si no me presta el duro,
Colón me la pagará.

(A Colón, que ha dejado entreabierto un bolsillo de su calza de estribo, se le ve la llave de la alacena en la que, como anteriormente se dijo, está

encerrado el traidor profesional Villena. A la vista de tal llave, un pensamiento mefistofélico cruza por la imaginación del moro núm. 8, llamado por contracción “Morocho”, y dice:)

MORO 8

¡Oh!, sí, la ocasión es buena...
¡Voto a bríos!, y muy grave:
le voy a robar la llave
para soltar a Villena.

(Ejecuta su tenebroso designio y huye por la escotilla. Hay una gran pausa. Villena, todo cubierto de telarañas y espantándose algunas cucarachas que le hostilizan, aparece en popa y despierta a Colón de un cariñoso puntapié a babor y le increpa así:)

VILLENA

¡Desgraciado Almirante! Tu pobre América,
con la cual engatusamos desde España,
no es ni virgen, ni mártir, sino una “caña”
que te dicta tu mente fofa e histérica.

COLÓN

(Despertando.)

¡Cielos, qué escucho!
¿Sueño despierto?
Yo creí que Villena se hubiera muerto,
pero a estribor del anca me duele mucho.

(Villena lanza un silbido, llevando a la boca un dedo, un silbido que da miedo y que apenas es oído, forma a bordo tal enredo que Colón pierde el sentido y exclama en tono muy quedo: “¡Ya me estropearon el nido!” Al silbido de Villena, todo Dios sale a la escena.)

TODOS JUNTOS

¡Muera el farsante Colón,
que es un solemne bribón!
¡Muera Colón el farsante,
que es un solemne bergante!

COLÓN

Por culpa tuya, Villena,
me quieren matar aquí;
tu presencia me envenena:
¡qué desgraciado nací,
hasta que te conocí!

(En este momento las tripulaciones de las dos carabelas restantes abordan la cubierta de “La Pinta” y amarran a Colón con una soga que mide 66 metros y un tercio. Pero entonces, desde lo alto del mastelero de gavia un Madero aislado comienza a cantar el aria de la conocida ópera “Tierra” con calderones que harían estremecer de envidia a Ortiz de Zárate.)

COLÓN

(Desde el suelo.)

¡Oh costas, las de Levante!

(Se levanta.)

¡Soy un palo de Almirante!
¡Vamos, quítenme el “crochet”
o yo mismo me lo quito!

(Y luego añade pasito:)

¡Y playas las de Lloret!

BEN-ZINA

¡Por Castilla y su jabón
llega a La Guaira Colón!

(Todos se quitan el sombrero menos los que no lo tienen y caen de rodillas, excepto el incorregible Villena, que suelta una carcajada y avanza resuelta-mente hacia el genovés diciendo:)

VILLENA

¡Tú no verás esa tierra,
pues si nadie me hace caso,
aún hay quien te cierre el paso
y Villena te lo cierra!

(Se lo cierra en efecto.)

COLÓN

No, Villena, poco a poco,
me parece que estás loco;
mas no me harás estropicio,
pues como yo mando aquí,

mientras Dios te vuelve el juicio
ya te acordarás de mí.

(Dichas estas palabras le arroja violentamente la piedra del zamuro. Villena cae de espaldas y va a dar al líquido elemento. La tripulación se precipita hacia la borda y ve a Villena engullido por un enorme tiburón de apellido Mancini, que viajaba por aguas de América.)

COLÓN

Ya el traidor no vuelve más.

JARAMILLO

(Irónico.)

¡Como no sea Jonás!

(Hace la tripulación la apoteosis de Colón.)

ACTO XI

Los mismos personajes del acto anterior, a más de una numerosa indiada que obedece al cacique Guaguá y a la cacica Güigua. Colón, que ya dejó su carabela, aprovechado de que no hay aduana, entra de contrabando a Venezuela, mejor dicho se cuela como le da la gana, pero la indiada en las orillas vela, armada de arco, flecha y cervatana. Colón entonces a la astucia apela y llamando a los indios les revela que son los hombres blancos gente sana, y con modestia digna de gacela les suplica hospedaje hasta mañana. El cacique conviene en este pacto, y de este modo se termina el acto.

ACTO XII

(La misma gente.)

COLÓN

(A los suyos.)

Ya que sin ninguna guerra
hemos llegado a la tierra,
aunque la tierra es extraña
tomaremos posesión.

JARAMILLO

¿Y quién la toma?

Colón.

Por sí mismo y por España.

BEN-ZINA

La conciencia me remuerde.

COLÓN

¿Por qué, si lo manda Dios?
Velásquez, entre los dos
plantaremos la *cruz verde*.

LA MORA BITA

¡Ven Velásquez, ven Simplón,
no desdeñes a Colón!

(En efecto, entre Velásquez y Colón queda plantada la Cruz Verde, que, como es sabido, aún perdura en su sitio.)

GUAGUA

¡Ajaira chipía, Colón!

EL MORO COTA

Dice que es un archipiélago.

JARAMILLO

(Doctoral.)

Eso es idioma murciélago.

VELÁSQUEZ

Más parece el bolondrón.

GUAGUA

Aburacaíra, ji.

JARAMILLO

(Escamado.)

¡La cerda! ¡Eso no es aquí!

COLÓN

¡Infeliz, no habla cristiano!

UN MADERO

Eso no es lenguaje humano.

OTRO MADERO

Enseñemos español
a estos sobrinos del sol.

OTRO MADERO

(Cruel.)

¡Qué va!, péguenle un cabestro,
que ese es el mejor maestro.

(Se lo pegan.)

GÜIGUA

(Llorando.)

¡Guay, guay!

CORO DE INDIOS

(Huyendo.)

¡Tajira, tajira!

COLÓN

(Enfático)

¡La Providencia me inspira,
y si Dios no me desaira
aquí fundaré La, Guaira
y más allá La Guajira.

BEN-ZINA

(Con sorna.)

¡Qué fundamento, Colón!

COLÓN

Yo en lo fundador soy ducho.

BEN-ZINA

(Con más sorna.)

Siga con la fundación,
que eso lo levanta mucho.

(Se encasqueta un cucurucho y se agacha en un rincón.)

MORO 8

Colón, ahora necesito
el duro que te pedí,
y ya que estamos aquí.

COLÓN

(Ardiendo en ira.)

No lo has de lograr, maldito;
antes te juro, Moro ocho,
me lo das o te lo quito
que te tumbaré de un grito
cual si fueras de bizcocho.

(Colón, llevando a la boca la piedra del zamuro, lanza un estridente grito que hace derrumbar al Moro 8, el cual se muere ocho veces consecutivas hasta que estira definitivamente la pata.)

TODOS LOS MADEROS

Ya resistir no podemos;
¿qué respondes, Almirante?
¿Comemos o no comemos?

JARAMILLO

Callad pronto, comeremos.

EL MADERO CRUEL

No te metas, adulante.

(Colón se para de un salto, mira el cielo azul y puro y levanta hacia lo alto la piedrita del zamuro, diciendo en tono seguro:)

COLÓN

Aquí tengo el talismán
que me obsequió Marco Polo;
por su virtud tendré pan.

BEN-ZINA

¿Y vas a comer tú solo?

COLÓN

No, que todos comerán.

BEN-ZINA

(Guasón.)

¡Ese pan lo veo en China!

(Colón, hecho un basilisco, le dice al moro Ben-Zina: ¡O usted me deja la inquietud, o voy a darle un mordisco! Sometido a votación el proyecto de Colón, es desaprobado en coro, pues según San Pantaleón, cristiano no muerde moro.)

COLÓN

A vuestra hambre pondré fin,
aunque me quede esperando
la opinión de Marinando,
de Marinando Marín.

(Dirigiéndose a éste.)

Tres actos que habla tienes,
gracias a la homeopatía;
no has dicho esta boca es mía:
¿conviene o no conviene?

MARINANDO

Hace tiempo hablar quería
pero mi silencio fundo,
Colón, en que en este mundo
se habla mucha tontería;
y pues mis palabras toscas
no iban a influir en nada,
pensé que en boca cerrada
ni con ganzúa entran moscas.
En este mundo traidor,

como dijo Campoamor
entre otras necesidades
es bueno decir verdades
y no decirlas, mejor.
Con esto se ha desatado
ya de mi garganta el nudo.

JARAMILLO

¡Caramba, y este era el mudo!

BEN-ZINA

¡Y sin haber almorzado,
cuando yo estoy que estornudo!

(Colón, que ya está cansado, al suelo lanza, irritado, el guijarro del zamuro, y a este mágico conjuro llega el indiaje alarmado trayendo guarapo puro con tortas y pan pintado, y un libro estilo obscuro, de Bolívar Coronado. Además de estos corotos los indios traen jojotos, maní, cachapas, casabe, arepas, cambur “pineo” y un fruto que nadie sabe lo que es, pero que es muy feo. Era un fruto verde mate con cierta forma de pera, muy sospechoso por fuera, fibroso como un petate: ¿sabéis lo que el fruto era? ¡Era el primer aguacate!)

EL MORO COTA

¡Yo no me como esa breva
ni con sulfato de soda!

BEN-ZINA

Yo no me la coma toda
pero un mordisco se lleva.

(Muerde la fruta, goloso, y estornuda como un oso. El miedo ataca a la gente, que enmudece de repente. Ben-Zina abandona el fruto; no hay ninguno que lo cate, creyendo que es de mecate; pero Colón, que no es bruto le echa ese gran agarrón y de un soberbio empujón lo atapusa en su gaznate. Y dice el lego, burlón:

¡Qué palo de hombre es Colón!

¡Comió el primer aguacate!

El arca de Noé

Y acaeció, que cuando comenzaron
los hombres a crecer sobre la tierra,
de Jehová se olvidaron
y una vida llevaban, la más perra:
en vista de lo cual,
el Padre Universal tuvo un serio disgusto.
llamó a Noé, que era un señor muy justo,
de los de buena marca,
y le dijo del modo más rotundo:
“Construye una grande arca
y éntrate en ella sin perder segundo,
porque muy pronto he de anegar el mundo”.
Noé, que era un notable carpintero,
laureado y con diploma,
se marchó a su astillero
y sin quitarle un punto ni una coma,
ejecutó el mandato celestial,
construyendo un arcón descomunal,
super-dreadnought, que desplazaba, holgadas,
treinta mil toneladas.
Cierto que el arca era
construida solamente de madera;

pero hay que ver que su patrón contaba
con los soplos divinos,
que por la vez primera navegaba
y que no había entonces submarinos.
Concluida el arca ya, mandóle Dios
que entrase con los suyos, no sin antes
embarcar animales abundantes:
de cada especie dos.
Mas no era aquélla empresa tan sencilla;
para meter el toro ya se sabe
que en aprieto se vieron, y muy grave,
“Er” Noé y su cuadrilla..
Y gracias a que antes,
osos, leones, tigres y elefantes,
y otros que hoy son feroces e inhumanos,
eran vegetarianos.
En cambio le costó grandes fatigas
y sudores copiosos,
obtener que los más voluminosos
marcharan sin pisar a las hormigas;
como también pasó trabajos rudos
para atrapar parejas de zancudos.
(Y esto es prueba palpable
de que Noé es el único culpable
de la fiebre amarilla, el paludismo,
y otras que en cuanto a malas son lo mismo.)
Durante horas innúmeras y latas

—cuarenta días y cuarenta noches—
soltáronse los broches
de todas las celestes cataratas.
Se comprende la murria que tendría
la familia Noé: largas veladas
¡en las cuales acaso ni podría
jugar al tute o descifrar charadas!
Cuando ya los Noé, de aburrimiento,
andaban cerca de la neurastenia,
encontró el arca asiento
sobre un monte de Armenia;
pero Noé, temiendo alguna broma,
entrebrió la ventana
y soltó la paloma,
que volvió a la semana,
aunque cansada, viva,
con una verde rama ya, de oliva.
Aún aguardó Noé otra semanita
y de nuevo soltó la palomita;
pero esta vez ya no tornó a la urca.
y cuando algunos días transcurrieron
dijeron todos: “¡Ojos que te vieron,
paloma turca!”
Al fin desembarcar logró Noé,
y tan enorme su contento fue
porque de agua no había ni memoria,
que allí mismo que en tierra puso pie,

tras de ensalzar de su Creador la gloria
y alzar un himno a la bondad divina.
agarró la primera “papalina”
que recuerda la Historia.

Jonas

(Introducción)

Todo el mundo conoce la historia de Jonás,
pero es el episodio ballenesco nomás,
porque ahora la Biblia no se lee como antes:
sólo algunos domingos, algunos protestantes.
Pero yo en cosas bíblicas soy una autoridad
puesto que en mis mejores años de mocedad
estudí a fondo el Génesis (y el Hennessy también)
y a Reyes y Profetas los conozco muy bien;
y sé por qué era negra la Amada salomónica,
y por qué era la burra de Balán ortofónica.
Y fuera de la Biblia, sé y tengo en la memoria
ciertos de los más íntimos misterios de la Historia:
sé que a la Reina Mab, cuando estaba chiquita,
todos sus familiares la llamaban “Mabita”;
que Tolomeo usaba nombre tan antiestético
porque abusaba mucho de un producto diurético;
y cuánto por su póliza se le pagó a Nerón,
y qué gallina puso el huevo de Colón.
Por todo esto puedo decir claro y raspado
que, entre los dramaturgos, soy el más preparado
para escribir el drama que hoy presento: Jonas,
y otros del mismo estilo que han de venir detrás.

El mal ladrón

Iban a ser las tres... Allí estaban los tres
en infamantes cruces: El y dos malhechores;
El, sangrante el costado, las manos y los pies;
al leño atados ellos, que no eran redentores.

Desatábase Gestas en crudos improperios
contra el escarnecido Rabi que agonizaba;
Dimas nada decía, pero atento observaba
la frente coronada de espinas y misterios.

De éste dicen —pensaba— que es el Hijo de Dios;
una impostura acaso, pero ¿y si fuera cierto?
¿A qué injurarlo? Pronto él y yo habremos muerto,
y de la muerte, ¿sábese qué ha de venir en pos?

Y alzó entonces el ruego que le valió el perdón;
miró el gesto de Gestas, iracundo, insumiso,
y se dijo: De cierto que es éste un mal ladrón:
¿Si era cosa tan fácil robar el Paraíso!...

La divina utopía

Corría el sol en descendente curva
sobre el lago evangélico; en la orilla
daba el Profeta a la judaica turba
su palabra de amor, honda y sencilla.

“En verdad os lo digo,
quien quisiere ir conmigo
reparta entre los pobres su fortuna
y marche en pos de mí.” La turba hambrienta,
descarnada, harapienta,
de bienestar y de placer ayuna,
bramó ante la insoñada perspectiva...

Gamaliel, el escriba,
de nariz encorvada y ojos chicos,
en leyes docto y en usuras diestro,
interpeló al Rabí: Dime, Maestro,
¿qué harán los pobres cuando sean ricos?

Largamente miróle el Nazareno;
el sol detrás del lago se escondía;
un cuervo desgarró el azul sereno...
Jesús no ha respondido todavía.

Cuentos del otro régimen

Viendo que no medraba en su distrito
cuando de sus amigos todo el coro
metía su totuma en el Tesoro,
el General don Rito
le echó la pierna al bayo, y en Valencia
hizo acto de presencia.

Con agallas de lobo
se fue inmediatamente
casa de su compadre, presidente
entonces del Estado Carabobo,
y después del abrazo de cajón,
en dos platos planteó su aspiración:
—Yo, compadre Matute, he venido
porque estoy muy fregado, y he creído
que usted me puede dar un puestecito.
—Pues no faltaba más, compadre Rito
—le respondió el austero magistrado—,
a complacerlo al punto estoy dispuesto;
lo malo es que ha llegado
cuando no puedo darle más que un puesto
y en el que no será muy gran figura.

—¿Cuál? —Secretario de la Jefatura

Civil de Tocuyito.

—No importa, viejo —respondió don Rito—,
pues de lo que se trata
es de coger ahora lo que caiga...

“Yo no le pido a Dios que me dé plata:
que me ponga donde haiga...”

Lo recibió del modo más gentil
la autoridad civil;
mas cuando al otro día
fue preciso hacer algo por escrito
se comprobó que el General don Rito
escribir no sabía...

El jefe se marchó a la capital
y dijo al magistrado regional
que aquello no podía así seguir,
porque sería caso estafalario
que fuera un individuo secretario
sin saber escribir.

Y el presidente respondió muy grave:

—Ajá, mi amigo; ¿pero usted sí sabe?

—General, por supuesto;
eso lo sabe todo funcionario...

—Pues bien, entonces cambiarán de puesto
(concluyó aquel cerebro de barril):
usted va a ser ahora el secretario
y él el jefe civil...

Epistolario de Job Pim

¡Qué maula eres, Gregorio, hasta después de muerto!
Léame quien quisiere, y diga si no es cierto.
Tú secuestrabas minas, haciendas y ganados;
de peones ponías a los pobres soldados:
doce horas de trabajo, y por todo salario
les dabas, con ración y todo, un “bolo” diario;
y ese mismo salario te pareció tan ancho
que les quitabas real y medio para el “rancho”.
Cuando comprabas algo, pagabas una parte,
y como nadie osaba lo demás reclamarte,
cancelabas la deuda con algún nombramiento:
interventor de aduana, jefe de un regimiento...
¿Tu compadre no es manco, verdad? Vivo, zamarro;
pues también le tiraste a tu compadre un carro.
Es muy cierto que casi todos tus servidores
cosechaban un cúmulo de riquezas y honores;
mas para eso ni una locha dio tu escarcela:
los pagaba la escuálida ubre de Venezuela...
Pero dime, Gregorio, ¿quién jamás te sirvió
de modo tan gratuito y cabal como yo?
Tu política fue siempre a base de presos
para justificar tus mayores excesos,

y la necesidad de fusiles y sables,
“enemigos del orden” te eran indispensables,
y para que a cualquiera que la echara de “guapo”,
al mirar la Rotunda se le enfriara el guarapo.
Y yo jovial, ingenuo, pacífico, humorista,
nunca dejé de ser el primero en tu lista.
¿Que entró en Arauca Arévalo o invadió a Coro Urbina?
La misma tarde Frías me esperaba en la esquina.
¿Que a Juancho le cortaron sus apacibles días?
poco me llegaba la invitación de Frías.
Que algún pasquín tildaba de tiranía inmundada
la “Rehabilitación”, El Jobo a La Rotunda...
Y yo iba siempre ecuánime, sonriente, servicial,
en mi carácter de preso profesional,
y porque no sufriera nada tu economía,
en los últimos tiempos yo mismo me prendía...
Y ni un cobre me diste jamás, viejo “agarrado”...,
hierro sí, mas con hierro no se manda al mercado...
Y por fin te moriste; y cuando yo creía
que un bocadito al menos de tu herencia tendría,
ochenta mil bolívares dejaste para mí
que durante diez años de balde te serví.
Me indigné, pero luego pensé: siempre es consuelo
porque ya para viejo voy, y del lobo un pelo...
Pero, pasan dos años y me cuentan el cuento
de que he perdido más del cincuenta por ciento;
y deduciendo lo que cobra el abogado,

a treinta mil bolívares se reduce el legado.
Y cuando había ya gemido en varios tonos,
dicen que no me dejas billetes, sino bonos...
¡Treinta bonos, y el precio todavía es incierto!
¡Qué maula eres, Gregorio, hasta después de muerto!
Pero, en fin, que (¡si puede!) te perdone el Señor,
y porque no se diga que se guarda rencor,
con esos treinta bonos, en vez de hacer jolgorio,
te haré decir las treinta misas de San Gregorio.

Por la muerte de César

Hoy quiero hacer memoria
de un cuento que no es cuento, sino historia.
Cuando mataron “en su propio lecho”,
de varias puñaladas por el pecho
—un pecho dobleancho—
al tristemente célebre don Juancho,
su hermano Juan Vicente,
que lo quería exageradamente,
juró vengar el vil asesinato;
y, claro, nos tocó pagar el pato
a muchos elementos de la lista
de la gente “mal vista”.
A los ocho o diez días, según creo,
nos “rodaron” a mí y a mis hermanos,
igual que a otros siniestros ciudadanos,
entre los cuales mi compinche Leo.
Durante aquellos días
nadie se había alzado;
ningún complot habían delatado
contra la Paz y el Orden los espías;
se nos metía, pues, en la prisión
“por la muerte de César”, sin cuestión.

En efecto, entre aquellos ciudadanos
tranquilos, cultos, honorables, finos,
pensaron elegir los asesinos
del que fuera el mejor de los hermanos.
Nada nos preguntaron, sin embargo,
ni a ninguno se le hizo ningún cargo;
pero a pesar de eso,
el grupo casi entero estuvo preso
tiempo bastante largo,
durante el cual la gomecista dieta
despachó a mucha gente del planeta.
Y cuando a los tres años un buen día,
Benavides me dijo en la Alcaldía
que estaba libre, respondí: —Señor,
¿quiere hacerme un favor?
—Vamos a ver —me dijo—, ¿qué le pasa?
—Que me diga, si puede, por qué he estado
tanto tiempo guardado,
para decirlo en casa...
Y es lo peor del punto,
que aún se ignora quién mató al difunto;
por lo cual, aunque es LEO un noble amigo,
y en su virtud y en su inocencia creo,
ciertas veces me digo:
¡Hum!... ¿No sería LEO?

Peatones

—Y bien, amigo, preguntó San Pedro
al infeliz Ramón,
que se murió de pulmonía doble,
—lo único doble que jamás logró—
¿cuál hoja de servicios me presentas,
cuál recomendación?

¿Allá abajo cumpliste estrictamente
los mandamientos de la ley de Dios?
¿Te confesabas, ibas a la misa?

—Señor San Pedro, yo...

—Comprendo, descuidabas los preceptos...
Pero ¿y la caridad? Oye, Ramón,
seguramente en el planeta fuiste
eso que llaman un benefactor,
y sostuviste asilos y hospitales...

—¡Ay, Señor Santo, no!

—Pero, caramba, ¿entonces tú qué hacías?
—dijo el Santo con cierta indignación—.
¿Qué eras en la tierra, desdichado?
—Yo, nada más que un pobre pecador.

—Pero, en fin, algo alegrarás, hermano.

para ganar la celestial mansión.

¿Eres pobre de espíritu siquiera?

—Señor, lo siento, pero no lo soy.

—Pues, hijo, yo también lo siento mucho,
pero en tu caso nada puedo yo.

—Me duele, Señor Santo, por el viaje,
que es largo para un mísero peatón...

—¿Peatón dijiste? ¡Haberío dicho antes!

Pasa adelante, pasa sin temor:

si al peatón arrojáramos del cielo

¿dónde estaría la bondad de Dios?

Y así, con la esperanza ya pérdida,
entró en el cielo el infeliz Ramón.

Problemas urgentes

Opinión de mi amigo Don Fernando
sobre lo que en la patria está pasando:
“Yo, mi amigo, le digo con franqueza
que fui optimista en el primer momento,
y de pies a cabeza,
pero ya me va entrando el desaliento...

Cuarenta y cinco días hizo ayer
que cambiamos de régimen, y a ver,
¿qué se ha hecho hasta aquí? Literatura...
Sólo se ocupan de la agricultura,
del trabajo del pueblo, de la escuela:
¿qué adelanta con eso Venezuela?

Y mientras tanto, en nuestra pobre tierra
no hay marina de guerra:
tres o cuatro barquitos
anticuados, marchitos
con lo que no es posible hacerle frente
a ninguna nación semipotente,
si quiere conquistarnos algún día,
como Italia a Etiopía.

Que se construyan tres acorazados
de cañones modernos bien dotados,
y se compren cruceros,
destroyers, submarinos, torpederos;
esto es lo indispensable y ahora mismo,
pues, si no, Venezuela va al abismo.

Opina el Profesor Luis Z. Osorio,
un filólogo muy inteligente
que ya que estamos libres de Gregorio.
es ahora el problema más urgente
hacer el esperanto obligatorio.

Para José Manuel Pérez Monjuí,
hombre muy estudioso que se quema
las pestañas pensando en lo de aquí,
uno es tan sólo el nacional problema:
fomentar el turismo al Caroní.

Y como, aunque el decirlo sea triste,
nada de esto se ha hecho,
ni parece que va a tomarse a pecho,
claro es que nos asiste
el perfecto derecho
de exclamar con el ánimo caído:
—“¡Este pobre país está perdido!”

Contra el contrabando

Ya que a diario se escriben galeradas
sobre la represión del contrabando,
hoy quiero yo también, burla burlando,
en el asunto echar mi cuarto a espadas.

El contrabando, aquí, como en España,
en el concepto público no entraña
la idea de delito:
al contrario, es un acto hasta bonito,
y siempre fueron los contrabandistas
héroes de zarzuelas y revistas
cuyas hazañas espectaculares
les dan las simpatías populares.

Primero y principal:
no arraiga en la conciencia nacional,
al menos todavía el postulado
de que robar al Fisco es un pecado,
y una gran mayoría ciudadana
tiene como “viveza”
defraudar a la aduana
y lo proclaman, alta la cabeza,

aunque no vayan a quedar maltrechos
por pagar los derechos.

Además, el que en sitios solitarios
de nuestro litoral contrabandea,
el riesgo corre de entablar pelea
contra los aduaneros funcionarios,
y esto le da un aspecto de heroísmo
que es, en verdad, muy poco justiciero,
puesto que el aduanero
va arriesgando lo mismo.

Y, por último, rara es la persona
que, al ofrecerle en venta un contrabando,
lo deje de comprar argumentando
que al Fisco y al comercio así lesiona.

Para pararle, pues,
a tan funesta práctica los pies,
hay que meterle al público en la testa
que quien le da un mordisco
de cualquier modo al Fisco,
deja de ser una persona honesta,
así sea pelele o “gran cacao”.

Pero tan arduo es esto en nuestro medio
que es mejor intentar el gran remedio:
comprar a Curaçao.

La quinta columna gaucha

Yo admiro a la República Argentina
y en especial el gaucho me fascina,
el gaucho de otros tiempos, desde luego,
el que forjó la patria a sangre y fuego,
luchando en primer rango;
pero el gaucho del tango
que en tonadillas cursis se lamenta
ese gaucho de pega me revienta.

Y es su peor defecto
que en serio nuestro público lo toma,
y su horrible dialecto
es la quinta columna que al idioma
le está haciendo perder su hispano aspecto.

Un maldito “recién”
nos meten, venga mal o venga bien,
y aunque resulta un ripio
siempre que no preceda al participio,
nos lo encajan ahora a troche y moche.
y se dice: “Llegué recién anoche”.

Ya no decimos “inmediatamente”
o “en el acto”, que es frase equivalente.
como se dice ahora es “de inmediato”,
un gauchismo barato.

Ahora se nos suelta
en lugar de “volverse”, “darse vuelta”;
“taco” en vez de “tacón”,
y “caño” por “cañón”.

El verbo “colocar” ya no se aplica:
no se coloca ya sino se “ubica”;
si alguien resulta en una empresa airoso
se le dice “exitoso”.

Disparates como éstos
hoy aquí tienen los mejores puestos:
¿no podrá la Academia
ponerle algún remedio a la epidemia
que es algo como el tifus, el tracoma
o la poliomiélitis del idioma?

Pulvis es

Amanecer con la cabeza como
una bola de plomo;
dolor en los riñones;
rojos
los soñolientos ojos
que aún contemplan fantásticas visiones;
ponerse los zapatos al revés
en los molidos pies;
buscar un cigarrillo en la gaveta
de la mesa de noche,
y hallar sólo un clavel, una careta
y una cuenta de coche.

Pensar en cosas que no tienen trama:
Hawai... Brandy... V. O....
La Principal... ¿Esta será mi casa?...
Martes... Miércoles... Jueves... ¡Qué sé yo!...
Tengo sed... Josefina está muy flaca...
Esta tos es del hígado... “Esa vaca”...

Salir y en la botica de la esquina
comprar una pastilla de aspirina

y, ya ingerida, cavilar un rato:
¿No habré tomado yo bicarbonato?

Hallar, al registrarse los bolsillos,
poco dinero y muchos papelillos;
un hueco
enorme en si chaleco;
dos chirlos en la cara,
y en la cartera, una tarjeta rara:
“H. Jones Buitrago,
Construcciones Artísticas. Chicago.”

No poder contestar a una pregunta
porque se halla sonámbula la testa,
y sentir el estómago de fiesta
y los nervios de punta:
todo esto con un nombre se bautiza:
¡Miércoles de Ceniza!

El poema del cocotero

Cocotero,
torre de Pisa vegetal
que desprecias la vertical
y aunque jorobado, altanero,
tienes rebeldías de acero
que no doblega el vendaval

No sé por qué se me figura,
palma cocal, que te retuerces para
hacer burla de la literatura
que a tu talle compara
la femenil cintura,
chocho lugar común que aún perdura.

Si a tu sombra pretende
cobijarse algún necio,
sonoro golpe recio
la cabeza le hiende:
proyectil que del cielo se desprende.

Mas no siempre tus balas
para los ahitos burgueses
encierran intenciones malas,

pues que son —salvo caso extraordinario—
poliédricos faroles japoneses
para ornato del balneario.

O verdes tinajas herméticas
en las cuales rebosa
el agua milagrosa
de virtudes sedantes y diuréticas,
que el veterano bebedor celebra,
pues le hará revivir, cuando confunda
en sabrosa coyunda
los amores del coco y la ginebra...

Y luego, de tu fruto ya maduro,
trocado en deliciosa granjería,
el industrial oscuro
saca el honrado pan de cada día.

Golosina que sin bambolla
a bombones exóticos les gana:
prieta, plebeya, apetitosa y sana,
como las hembras de la raza criolla.

Yo te saludo, cocotero,
gigante jorobado y altanero,
ornamental, burlón y filantrópico:
¡Alma del Trópico!

Pitorreos

Selección

1

Como siempre en la calle, en el cinema,
en los teatros, plazas y tranvías,
ando a caza de un tema
que a mis crónicas sirva, algunos días
suelo, pararme ante los pizarrones
para oír las graciosas opiniones
que de la guerra mis paisanos tienen.

Allí los estrategas callejeros
que por docenas cuenta nuestra tierra,
en términos precisos y ligeros
solucionan la guerra.

“Joffre debe avanzar por este lado,
—dice uno que es aliado—
esto lo puede ver hasta el más bobo;
yo no sé lo que espera,
pues si por lo que digo se siguiera
el fracaso alemán sería un robo.”

Y otro que es germanófilo. contesta:
“¡Qué va! ¿Quiere que hagamos una apuesta?”

Hasta hoy los alemanes son los amos,
porque tienen la táctica que usamos
los liberales el noventa y siete,
cuando Crespo: un tiritito y al machete.”

Y los que asisten a estos espectáculos,
gente indocta, inexperta,
les tienen por oráculos
y oyen su charla con la boca abierta.
Como habéis visto, el estratega criollo,
de erudición escaso, y de meollo,
piensa que son las guerras hoy en día
en todo Iguales a las que él hacía
cuando el país vivía en un embrollo,
y compara la toma de Namur
con la acción de El Palito o El Cambur.

Sin contar que no es raro
que sea su relato una patraña,
y que quien narra tal o cual campaña
jamás oyó un disparo.

Y con esto recuerdo
lo que hace muchos años ocurrió
a un general muy lerdo,
el cual, oyendo hablar de Waterloo,
quiso hacer un alarde de bravura
y dijo con frescura:

“Yo conozco eso como al agua el peje;
allí, junto a una mata de lechoza,
eché yo el plomo hereje
con Luciano Mendoza,
y pocos fueron los que se salvaron.
Por cierto en este punto me mataron
a mi asistente, el negro Juan Narciso,
un negrito más guapo que el carrizo.”

2

En Caracas hay algo que es más serio
que el propio cementerio;
una peste fantástica y sardónica
que le da quince y raya a la bubónica;
la única capaz seguramente,
de meter en cintura a nuestra gente:
es la plaga maldita
llamada vulgarmente la mabita.

Todos nuestros fracasos, nuestros malos
financieros, políticos, sociales;
todo lo que nos cause algún perjuicio
o venga a perturbar nuestro reposo,
lo achacamos sin fórmula de juicio,
a la influencia fatal de algún guiñoso.

Y ¡ay! del mísero ser a quien la gente
tilda de mabitoso;
el que un estigma tal lleva en la frente,
se encuentra más aislado que un leproso
e inspira más temor que un delincuente.

Para ser sospechoso de mabita
poco se necesita:

Vais, por ejemplo, con persona amiga,
a quien le gusta echar su jugarreta;
entráis dos o tres veces a La Hormiga,
y la fortuna os es tan enemiga
que no echa sino ceros la ruleta;
pues es seguro que desde ese día,
el amigo que tanto os distinguía,
y que es hombre de buenas condiciones,
incapaz de abrigar supersticiones,
ni ridículos miedos,
no buscará más vuestra compañía,
y, si os topara, se pondrá amarillo
y meterá una mano en el bolsillo
para haceros la “contra” con los dedos.

¿Es injusto, verdad? Mas lo peor
es que al cabo de algunas primaveras
ya la cosa varía de color
y tanto puede el público rumor,
que os volvéis sin saber por qué maneras
un guiñoso de veras.

Y no sólo enmabitan los sujetos;
hay un montón de objetos
inofensivos, que en un solo brinco
os transmiten la guiña más activa:
las sillas negras de La Equitativa,

las pesetas de a cinco,
los pantalones llenos de estampillas,
los paraguas escasos de varillas,
las novias bizcas, los espejos rotos,
y otros muchos corotos
fatales portadores de desdichas,
sin contar los de influencia tan nefasta
que solamente con nombrarlos basta,
por ejemplo: la bicha.

Y hechos que en apariencia,
no poseen ninguna trascendencia,
como son matar gatos,
ponerles mediasuela a los zapatos,
pegarle a viejas, y otros accidentes
que son cosas corrientes,
traen a todo el que los ejercita
siete años de mabita.

Por fortuna, yo estoy contra temblores,
y sé evitar la guiña y sus horrores;
pues como de estudiarla ya estoy harto,
sé bien cómo su acción se desvanece,
y cargo un traje verde que parece
hecho con la epidermis de un lagarto.

3

A la hora en que escribo,
vengo del Circo Metropolitano
de ver a un portentoso ciudadano
el que se entierra vivo.

El sujeto que a tal recurso apela
y a quien la sepultura da la vida
—paradoja muy rara y divertida—
es natural de aquí, de Venezuela.
Mas como este sujeto que se entierra
sabe bien lo difícil que resulta
ser profeta en su tierra,
su verdadera filiación oculta;
temiendo que, si saben sus paisanos
que él es cual los demás venezolanos,
le obsequien el desdén acostumbrado,
y en tal caso veríase obligado
a retirarse en rápido galop,
al señor López se ha britanizado:
se llama Míster Lopp.

Y verdaderamente es asombrosa
su aptitud, a fe mía:

¡meterse tan tranquilo en una fosa,
como si se metiera en el tranvía!
En Madrid hay un hombre,
y Papuss es su nombre,
que como gran fenómeno descuella
y hace que todo el que lo ve se asombre,
porque metido está en una botella
y durante algunas horas no resuella.

El trance, es cierto, debe ser amargo
y rudo; y sin embargo
es tontería junto
al oficio de Lopp: el de difunto.

Si aquí llega a venir Papuas, se amella
y lograrías sólo indiferencia
porque cualquiera, le hace competencia:
hay aquí quien se mete en la botella
y se está un mes con la mayor paciencia;
yo lo digo y es cierto a todas luces:
Caracas está llena de Papusses.

Si el fakir Míster Lopp se fuera a España
y se enterrara sin ningún ardid,
de fijo que abrirían en Madrid
una boca tamaña.

Yo te envidio, fakir maravilloso,
y no lo digo en zumba:
tú debes ser un sabio archifamoso,
pues sabes los misterios de ultratumba;
si yo supiera hacer lo que tú sabes
no habría para mí problemas graves,
no me fastidiarían tantas veces
y no me asediarían los ingleses,
porque ¿cuál cobrador, ni el menos pulcro,
le cobra a su deudor en el sepulcro?
¡Quisiera yo tener tu don extraño
y poderme enterrar siquiera un año!

4

Dos días por demás extraordinarios
hubo en esta semana
celebráronse un par de centenarios:
el de Pepino Sarna, el que desgrana
melodías más dulces que el almíbar,
en la plaza Bolívar,
el de la diaria flor y el clarinete,
que toca por lo menos como siete,
y el de la muerte del famoso hulano
Boves, el asturiano.

Ayer hizo cien años que en Urica
estiró la patica
el terrible lancero
que hizo aquí más estragos que un mortero.

Fue el hombre más feroz de aquella era;
cuando decían ¡Boves!
se estremecían hasta los adobes;
y con todo actualmente aquella fiera
con respecto a la gente
que hoy devasta el antiguo continente
sería una niñera.

¿Que Boves incendió cinco o seis ranchos?
Los incendios de ahora son más anchos.
¿Que cortaba a la gente las orejas
y mataba inocentes por esplín?

Ahora llega a una aldea un zeppelin,
mata cien niños y doscientas viejas
y no deja en las casas ni las tejas.
¡Las vueltas que da el mundo!
¡Quién pensaría que en la culta Europa,
en medio del progreso más rotundo,
nuestro criollo Alarico
iba a quedarse chico
junto al último número de tropa!

¿Quién habrá que se asombre
de Boves y sus bobas fechorías,
al ver las criminales tropelías
de...? (aquí el censor ha suprimido el nombre).

¿Cuándo el lancero que tan fiero fue
en su feroz y bárbara locura,
arrasó una ciudad como la de...?
(el nombre lo ha tachado la censura).

¡Pobre Boves! De fijo en los infiernos,
clasificado está en los mamarrachos:
es un toro sin cuernos
que ya ha quedado para los muchachos.

5

Si yo fuera presbítero y pudiera
decir en estos días un sermón,
haría un paralelo que dijera
lo que ha variado nuestra religión.

Cuando vivía el dulce Nazareno
el mundo estaba lleno
de personas creyentes y sencillas
que acudían del lago a las orillas
sin preocuparse nada por el traje,
a escuchar el simbólico lenguaje
del Divino Maestro; y muchas veces
del alimento hicieron caso omiso
y para que comieran fue preciso
multiplicar los panes y los peces.

Hoy nadie reza antes de haber comido,
por temor a un vahído;
la masculina tropa
se cala lo mejor del guardarropa,
y hay quien hace la santa caminata
por lucir el chaleco o la corbata.

Por su parte, se ponen las mujeres
de cincuenta alfileres;
y salen tan graciosas y hechiceras
y se componen tanto
que quien las ve salir en Jueves Santo
se figura que van a las carreras.

Antes, desesperado el Iscariote
de un árbol se colgó por el cogote,
y la bella extraviada de Magdala
dió a los pies de Jesús dulce regalo;
hoy no encuentran las plantas nazarenas
quien se digne por ellas molestarse;
hoy ningún Judas es capaz de ahorcarse
ni se arrepienten ya las Magdalenas.

Hasta el mismo ayudante que al Rabino
sus servicios prestó por el camino,
ya estaba alimentando pretensiones
y pedía a los Heles oraciones;
pero llegó hasta Roma el cuchicheo
y salió de la iglesia el Cirineo.

Antaño, los llagosos se acercaban
a Jesús, y sus pústulas sanaban;
los que hoy tienen la sangre corrompida
no se ponen de Dios bajo la égida,

ni ruegan a Jehová;
a los que sufren de fatal dolencia,
ya no los cura Dios, sino la ciencia:
se introducen el número, y ya está.

6

La atención de Caracas hoy en día
absorbe por entero
la nunca bien loada compañía
de María Guerrero.

Desde el señor ventrudo y opulento
que posee bolívares sin cuento,
hasta el pobre empleadillo
para quien todo gasto es un lamento
que surge de su escuálido bolsillo,
todos tienen su abono
y una casaca más o menos buena
y se gasta en el coche y en la cena,
como exige el buen tono.

Estamos, pues, en plena aristocracia,
por la gracia de Dios y por la gracia
de esta estupenda villa
donde sí es oro todo lo que brilla.

La ciudad se alborozaba
y ya una corte a parecer empieza;
y como nos deslumbra la nobleza

de Don Fernando Díaz de Mendoza
y de otros eminentes apellidos
que tiene en tomo suyo reunidos,
(pues esta es una Compañía en donde
hasta el portero del proscenio es conde)
se ofrece a mucha gente la ocasión
de mostrar un blasón;
y como la ocasión la pintan calva,
hoy cualquiera desciende de Pelayo,
o del Duque de Alba
y del propio lucero su tocayo.

Pero si ya no es bien que presumamos
ser más nobles que el Rey Alfonso Trece,
pues a mí me parece
que quien tenga linaje gordo, ¡vamos!,
mientras más se lo calla más le crece;
peor, mucho peor, es la manía
de hacerle versos a Doña María,
con cuatro consonantes siempre en aña:
“entraña”, “tierra extraña”, “Madre España”
y “la ribera que el Caribe baña”.

Y recordar la “frágil carabela”
en que vino Colón a Venezuela,
y este dicho español:
“En tus dominios no se pone el sol”.

Hay además la lluvia de entrevistas,
verdaderos obuses,
a los cuales, según más de un informe,
tiene la egregia actriz un miedo enorme.
¡Pero, por Dios, señores
apolónidas e entrevistadores!
os parecéis al chico que recita
ante el señor que viene de visita
y que, aburrido asaz, pero indulgente,
dice que el niño es muy inteligente
y hasta tolera en veces que repita.

Por respeto a Marquina,
alto señor de la poesía hispana
y a la artista divina
que hoy honra a la nación venezolana:
desde ahora hasta el fin
de la actual temporada,
mantened vuestra péñola colgada,
embolsad el violín.

Que ya podréis —rendido este tributo—
volver a vuestros hábitos metódicos:
haréis cien entrevistas por minuto
e inundaréis de versos los periódicos.

7

Se fue el Carnaval a escape,
llegó el miércoles corvillo;
el cuaresmal vientecillo
ya barrió el último papelillo.

Terminaron los placeres;
de nuevo el juicio se acerca:
trocó Pierrot sus enseres
por los que gastan los mercaderes.

Ya no canta a Colombina,
antes bien está pensando
que, si un inglés le conmina,
tendrá que empeñar la mandolina.

Y la ninfa pizpireta
—Amarilis, Filis, Cloris—
que hasta el martes fue coqueta,
hoy a nadie hace una morisqueta.

Y si por aquellas trazas
piensas, lector, noramala
que ya a la tórtola enlazas,
te llevarás buenas calabazas.

Que también Eros es loco
cuando en antruejo combate;
su fuego a ninguno abate;
sus dardos, ¡ay, son de chocolate!

Hoy la Iglesia nos revela
que, aunque Vanitas a ratos
nos hincha como una vela,
el hombre no es sino un pelagatos.

Pulvis es: no eres nada,
o más bien, eres un carro,
una caña mal jugada,
tu vida es una fanfarronada.

Cada quien su cuenta aclara;
y al sumar los alcoholes
que en el Carnaval tomara,
con asombro exclama: ¡caracoles!

En la católica nao
hay que embarcar el cacao,
que en Cuaresma a Dios se aplaca
orando y comiendo bacalao.

¡Hermanos míos! Bien veo
vuestro espíritu contrito;
orad, matad el deseo,
ved que la vida es un Pitorreo.

8

¡Malos, pésimos tiempos los actuales
para las testas reales!

casi no pasa un mes sin que le toque
a algún país de los que Europa abarca,
decirle que se largue a su monarca,
porque no quieren ya ni rey ni roque.

Tuvo principio en Portugal la danza:
igual que la langosta y otras plagas,
echaron a Manuel, pobre Braganza
que no se supo sujetar las bragas.

Luego, la chamuchina
tomó incremento en el celeste suelo,
y el propio Hijo del Cielo,
emperador de la remota China,
víctima fue de la plebeya sana,
y salió como corcho de champaña.

En Albania, después, duró el monarca
lo que duran las rosas, que no llegan
a la noche, y si al brinco no se embarca,
sus leales albaneses se lo pegan.

También fue el Hado en Serbia y Montenegro,
 para los reyes, negro:
 a los dos los teutones
 sacaron de sus reinos a empellones.

Pasan dos años más
 y se contagia de la real mabita
 el pobre Padrecito Nicolás,
 señor del vasto imperio moscovita;
 y para éste el temblor es terremoto:
 no sólo le quitaron el coroto,
 sino que acaso ensaye el Padrecito
 el peligroso “salto del tordito”.

Después del Zar de Rusia, a otro cochino
 su San Martín llególe: a Constantino,
 que se ha tenido que marchar de Grecia,
 donde nadie lo aprecia,
 porque es el descendiente de Pericles,
 como esas gomas que llamamos chicles
 (chiclets es lo correcto, pero aquí
 pronunciamos así),
 y que al cabo fatigan y atafagan
 pues se mastican pero no se tragan.

Lo dicho: hoy tiene jettatura extraña
 la monárquica grey,
 con decir que hasta el propio Rey de España

que es un rollo de rey,
generoso y valiente,
sencillo, liberal, inteligente
y amado hasta del último vasallo,
han querido, si el cable no nos miente,
sacarlo del caballo.

Eso sí, que como éste no es intonso
y tira las paradas más oscuras,
a los que vieron derrocar a Alfonso,
se les van a poner las papas duras,
porque él es un monarca con riñones,
o, en argot callejero:
“podrán quizá comerle los mamones,
pero dejándole antes el conchero”.

Para los reyes, pues, son de sofoco
los tiempos, y tal vez dentro de poco,
según están quitándoles de en medio,
no se consiga un rey para un remedio.

Dentro de mis principios esto encaja;
yo estoy por la República y sus leyes:
que no haya reyes sino en la baraja,
y en “el Cosmos”, Luis Reyes.

9

En Caracas, es cosa muy sabida
tenemos, desde un siglo o quizá dos,
costumbre establecida
de acomodarle un mote a todo Dios;
y a tal punto se estila,
que, si pasamos lista a nuestra gente,
se llamarán muy pocos, solamente
por su nombre de pila.

Entre los tales motes, por supuesto,
son los graciosos muchos,
por lo que es en esto
los caraqueños son bastante duchos.

Pero el caso es que, necios o salados,
siempre quedan clavados,
y quien un sobrenombre se concita,
lo lleva hasta que muera;
puede hacer lo que quiera,
pero el mote, ni a tiros se lo quita.

Hay quien se pone bravo
porque ve en el apodo menoscabo

para su seriedad;
pero rabiar es pura necesidad:
mientras más se caliente,
más le cala el apodo nuestra gente.

Y, esto explicado, “agora lo veredes”,
—para hablar a la usanza del Quijote—,
cómo una de las víctimas del mote
es este humilde servidor de ustedes.

De muchacho en la escuela
(y hasta ahora la causa no me cuela,
ni el motivo me explico:
quizá porque era fresco desde chico,
o acaso porque está en mi parentela
muy repetido el nombre de Jacobo)
apodábanme Jobo.

Pasaron, ¡ay!, los años de mi infancia,
y aunque ya no era niño, sino un hombre,
merced a mi culpable tolerancia
seguíaseme dando el sobrenombre.

Luego, ser escritor se me ocurrió;
Job Pim fue el que escogí para pseudónimo,
y no tengo de duda ni un jerónimo
que esto contribuyó
en mucha parte, cuando no del todo,
a que me remacharan el apodo.

Pero es lo original de esta cuestión
que diciéndome Jobo de chiquito,
ahora que soy un hombre, un manganzón
me hayan cambiado el Jobo por Jobito.

Y de tan anormal diminutivo
mis desgracias derivo:
cuatro años estudié para abogado,
y ya cerca del grado,
que me pintaba un porvenir bonito,
pues la jurisprudencia me cuadraba,
el curso abandoné: me horrorizaba
que me llamaran el Doctor Jobito.

Poco después de esto,
aspiré a candidato para un puesto
de no poca importancia,
con el cual, si obtenido yo lo hubiera,
de seguro estuviera
hoy en España, en Nueva York, en Francia;
pero el mote maldito
me reventó de plano
porque ¿quién le hace caso a un ciudadano
que se llame Jobito?

Yo tenía una novia
que si la llega a ver
la de Milo, revienta de hidrofobia:
¡señores, qué mujer!

era para mi vida un objetivo,
como para los rusos fue Cracovia;
y aunque su corazón no me era esquivo,
por culpa del terrible sobrenombre
rompió de nuestros lazos el circuito,
porque pensó: “¡Qué ha de casarse un hombre
a quien llaman Jobito!”
En fin, que soy un mártir de mi apodo,
pues por su culpa se me tuerce todo;
por tal razón y no por otra cosa,
exclamo en voz muy queda, cavernosa,
y más amarga que el amargo cedro:
¡Quién se llamara Pedro!

10

La Fiesta de la Raza
que el viernes se efectuó y que me parece
que un caluroso elogio se merece,
ha dado margen a que meta baza
en esto de la raza americana,
la gente charlatana.

Pues, por más que Caracas hoy en día
es una villa de categoría,
y sin ir más allá, lo prueba el hecho
de que vengan aquí de trecho en trecho,
de algún tiempo a esta parte,
las estrellas auténticas del arte;
con todo una obsesión propia de aldea,
para nuestro progreso, es una tapia:
que todo el mundo en el deber se crea
de hurgar a cada paso la prosapia.

Así, me ha refrescado
en la memoria el acto ya nombrado,
la obsesión nobiliaria de *El Agrónomo*,
una incipiente hojita
que en Cabudare; a mi entender se edita,

y cuyo director es un astrónomo
y el símil, no es impropio,
ni carece de lógica,
pues que vive asestando el telescopio
hacia la nebulosa genealógica.

Publicar quiere el noble caballero
a fin de que el linaje allá se aclare,
una lista de nombres, por entero,
y el suyo es el primero,
de todo el que por suerte resultare
que tiene sangre azul en Cabudare.

Y cada nombre a remover se atreve,
desde el último vástago hasta el tronco,
por ver si viene de Guillermo el Ronco,
de Pedro el Cruel o de Pepino el Breve.

Vaya una tontería,
aunque no deja de tener su gracia:
abolengos sacar a la luz pública,
en un rincón de esta feliz República,
cuando hasta en los imperios hoy en día
se quiere establecer la democracia,
y en la misma Inglaterra,
reino entre los más viejos de la tierra,
donde hay nobles sin máculas ni pecas,
hasta los hijos de los soberanos

se llamarán en tiempos no lejanos,
“Míster Windson”, a secas.

Ojalá en Cabudare no ocurriera
lo que aquí en otra era;
cierta vez dos señores se ocupaban
en distinguir las gentes que pasaban,
por el color, el pelo y la nariz:
si era blanco el sujeto que observaban,
marcaban con un grano de maíz,
y cuando algo cascorva era la nota,
con una caraota.

Y el resultado no hay quien no lo sepa
que invirtieron en eso todo un día,
y de la parte blanca, al fin no había
maíz para una arepa.

Graves

La bordadora

Al umbral de su aposento y en la misma mecedora
que ocupara tantas noches sin dormir, hora tras hora,
en espera
del muchacho calavera
despegado del hogar,
debe estar mi madre ahora
trabajando con sus manos, con sus manos de señora
que no saben trabajar;
con sus manos que eran lirios
y que más de cinco lustros de domésticos martirios
no lograron mancillar.

Estará bordando ahora los adornos de algún traje
guarnecido de albo encaje,
como aquellos que ella misma ostentó en su juventud:
hoy no cuadran a sus ropas los encajes ni la seda,
y otro lujo no le queda
que la clámide impoluta de su prístina virtud.
Bordan, y surcan su memoria los recuerdos de otra era
de placer y primavera,
cuando fueron sus encantos maravilla,
y en el grupo descollaba de las bellas de la villa.

Y después los malos tiempos, crueles horas de amargura,
la visión del padre enfermo, militar y sin ventura
que en campañas y prisiones
agotó sus pocos bienes de fortuna y sus pulmones...

Y el esposo que también, a libre aspira
y también es perseguido por sufrir esa mentira;
y hoy los frutos de su vientre y su pasión,
los tres hijos que con mimos maternos educara,
y que ahora son los ojos de su cara
como el padre y el esposo también gimen en prisión.

No hay espina de la ruta que sus carnes no taladre;
heredera de las penas de las tres generaciones,
sufre hija, esposa y madre
y en un mismo pecho sangran tres distintos corazones.

Borda en tela que es más blanca que las rosas del jardín,
y a medida que la aguja traza pétalos de flores,
va bordando la memoria su tejido de dolores,
y sus ojos empañados por el llanto miran cómo
de sombrío tinte plomo
la blancura deslumbrante de la tela de satín.

A hurtadillas seca el llanto, que pudiera ver su culta
mi hermanita
la mayor,
delicada señorita

que es su encanto
y una ayuda en su labor.

Que hasta ayer sólo aplicara la eficacia de su mano
blanca, breve, primorosa,
a cortar alguna rosa
o a dorar las tardes grises con la música del piano.

Ya conoce el nuevo oficio:
borda al lado de la madre largas horas, en perjuicio
de conciertos armoniosos que hoy fatigas son más bien
por el pan de sus hermanos ha ofrendado en sacrificio
las sonatas de Beethoven, los Nocturnos de Chopin.

Con afán borda mi madre y la lumbre vespertina
a compás que el sol declina,
baña el patio en un fantástico arrebol;
pero a ella, qué le importa, si lo bello no la alegra
si sus húmedas pupilas han de ver la tarde negra,
que en su alma dolorida ya se puso ha tiempo el sol...

Deja, madre tu bordado, que ya el sol apenas arde,
no fatigues tus pupilas que ya es tarde,
y te faltan muchos días de trabajo y de llorar;
pero no te desesperes,
y aunque sufras agonías, aunque sientas que te mueres
ten confianza, que la cumbre ya se empieza a vislumbrar;
y si has hecho tres viacrucis, triple cuesta de amargura,

cuando llegue el magno día será triple tu ventura,
triple el premio a tu valor,
porque, sangre de tu sangre noble y fuerte,
son tus hijos de una raza que no cesa ante la muerte,
que es más brava que el tormento, que es más dura que el dolor.

No fatigues tus pupilas, porque yo las necesito
más ahora que en los tiempos en que estaba pequeñito;
y esta noche, si el insomnio de tu almohada no se va,
yo sabré aliviar tu pena,
y a despecho de mi cárcel, y a pesar de mi cadena,
volaré junto a tu cama, para hacer tus cuitas mías,
y decirte canturreando, como antaño tú lo hacías:
“Duerme, duérmete, mamá”...

Brindis al Año Nuevo

Mozo que en esta noche de Año Nuevo
por la plaza pictórica circulas,
y la fuga del año te divierte,
sin ver que algo de ti también se fuga;
tú que auguras el año venidero
de placer y fortuna,
y cuando dan las doce campanadas
y el cañonazo clásico retumba,
(sientes un raro anhelo de expansiones,
de fraterna ternura,
y en medio de los seres de tu afecto
alzas la copa embriagadora, escucha:

Muy cerca de tu dicha, a pocos pasos.
en ese antro dantesco, La Rotunda,
allí en esa anacrónica Bastilla
donde el buitre feudal los tiempos burla,
hay hombres que se arrastran esta noche
entre un chocar de hierros que espeluzna;
segregados del mundo sin derecho,
sin sentencia ni culpa;
muertos para el bullicio de la vida,
vivos para el silencio de la tumba.

Hombres de cuyos ojos apagados,
en esa hora hará brotar la angustia

el manantial de lágrimas
que no logró arrancarles la tortura.

Que están pensando en un hogar en sombras,
y en una anciana de pupilas turbias
que alza las flacas manos suplicantes
hacia un Dios de piedad que no la escucha.

Mira un momento las humanas larvas
que desde sus covachas se saludan:

—¡Otro Año Nuevo, hermano!

—¡Dios nos saque con vida de esta tumba!

¡Que ni siquiera pueden abrazarse,
confundir su amargura,
ni decirse la mágica palabra,
ni mirar cómo rasga la penumbra
la generosa chispa Que se enciende
cuando dos pechos de varón se juntan!

Piensa en esas gargantas
que una mano fantástica estrangula
en esas manos donde sopla el hálito
que las almas arruga;
en esos hombres que esta noche lloran
en la torre feudal de una República,
en el trágico pozo
donde un sátrapa bárbaro sepulta
a los que haciendo un masculino gesto
dieron la espalda a la ralea eunuca...
Piensa un instante y luego,
bebe tu copa y tu festín reanuda.

Se está muriendo mi vecino

Se está muriendo mi vecino
desde aquí escucho su estertor,
será otra cruz en el camino
de este larguísimo dolor.

Un terrible mal le asesina;
úlceras tiene a discreción;
no le han dado una medicina
ni una vedija de algodón.

Quizá no llegue a la mañana
ni oiga la música marcial
a las cinco cuando la diana
sacuda el sueño del penal.

Y cuando la “ronda” se presente:
“¿Cómo amaneció por aquí?”,
obtendrá un silencio elocuente
que equivale a “No amanecí”.

Pasará después la requisa,
sabrán el jefe la novedad;
luego, sin darse mucha prisa,
procederá en conformidad.

Vendrá el cabo con el martillo,
golpeará muy fuerte y después
de la gruesa barra del grillo
desuncirá los yertos pies.

En la cobija sucia y vieja
lo coserán, luego entre dos
lo cargarán hasta la reja
y desde allí..., ¡sábelo Dios!

(Ni ha de ser muy arduo tampoco
trasportar el cuerpo hasta allá:
los muertos de aquí pesan poco
es cosa comprobada ya.)

Y se acabó hasta el mes que viene,
que otro saldrá de modo igual,
veremos qué nombre contiene
la próxima rifa mensual.

El corazón se me amilana,
me invade súbito terror;
es muy probable que mañana
oigan los otros mi estertor...

Y tengo treinta años apenas,
¡cómo no he de desesperar
si en la vida hay cosas tan buenas,
tanto que ver, tanto que amar!

No, que la muerte no te aflija,
bello es también morir así;
para nosotros la cobija
es de brocado carmesí...

¿Qué más da morir en lo oscuro
o perecer a plena luz?
La muerte nuestra, de seguro
siempre ha de ser muerte de cruz.

Y si el martirio nos reclama
digno a la empresa será el fin:
Don Quijote murió en su cama
porque ya no era paladín.

Y me resigno a mi destino
sin cobardía y sin dolor...
Se está muriendo mi vecino,
ya no se escucha su estertor...

Hierro dulce

Amo los pesados grillos
que me dieron por tormento:
son recios como mi aliento,
como mis versos, sencillos.

Bendito el yugo que es
castigo de un gesto bello:
antes que sufrirlo al cuello
quiero llevarlo en los pies.

Y bendita la crueldad
que me da, a más del encierro
por cada libra de hierro
un quintal de dignidad.

Que hoy en nuestro patrio lar
cadenas y grillos son
el máspreciado blasón
que puede un libre ostentar.

Por estos hierros, mi historia
cobra relieve imprevisto:
son como la cruz de Cristo,
suplicio y ejecutoria.

Y si su acción permanente
callos formó en mis tobillos,
tengo, gracias a mis grillos,
limpia de callos la frente.

Mis grillos son mi tesoro,
pues realizan a mi vista
la ilusión del alquimista:
el hierro trocado en oro.

Y con amarlos me vengo
del mal que se me procura:
¡me los dieron por tortura
y yo por gloria los tengo!

Pasa un avión

Los que están en el patio “desincomunicados”
—pobres gentes que llevan ocho años de prisión—
corren —sí esto es posible con los pies entrabados
por un grueso grillete— para ver el avión.

Sobre un nutrido estrépito de hierros y de gritos
cruza el ave fantástica con rauda majestad,
y los presos aplauden, sin saber, pobrecitos,
que aquello es un sarcasmo contra la libertad.

Los incomunicados, que no vemos el cielo
hace veintiocho meses, oímos el motor:
en todos los espíritus hay un ansia da vuelo
y en todos los tobillos un peso abrumador.

Después, los comentarios más o menos sapientes;
Guynemer y Vedrines salen a relucir;
se desatan las lenguas, se iluminan las frentes,
hasta que la campana nos ordena dormir.

Y suena. el triste preso sobre su tabla dura
con un biplano mágico, y un piadoso aviador
que lo lleva muy lejos, a un país de ventura
donde no haya tiranos, ni grillos, ni dolor...

A Luis Rafael Pimentel

Capitán:
será por algo
que hoy tu destino ascendente,
perla de preclaro oriente,
guarda en tu paño de hidalgo.

Margarita, sin el odio
que ayer chamuscó el fusil,
te recibe señorial,
como su primer custodio.

¡Margarita! ¡Margarita!,
signo radiante en tus luchas;
te parecerás que escuchas
el nombre de tu viejita.

La viejita bordadora
que, preso tú y en quebranto,
orlabá en perlas de llanto
los nácares de la aurora.

La que entre rudas maldades
resistió, firme y estoica

y, como el peñón, heroica
se peinó con tempestades.

Y si luego sonreía
un albor en tanta furia,
coqueteaba su penuria
con randas de encajería.

La que entre mil acechanzas
mantuvo la fe segura,
sin deshojar prematura
la flor de las esperanzas.

El fulgor de esa corona
bien entrambas se comparte,
pues la Isla es Nueva Esparta
y espartana la matrona.

En la tierra guaiquerí
no hallarás punto de cuita:
tú vas hacia Margarita.
y Margarita va en ti.

Epitafio

A ti, filósofo sincero,
que estás en el período tercero
de la tuberculosis pulmonar,
a ti, humorista de talento
que te vas a morir sin un lamento,
como vivir supiste sin llorar.
yo que he sabido comprenderte,
un epitafio a tu cercana muerte
—en vida aún— te quiero dedicar.

Doctor en sonrisas y vicios,
siempre a horcajadas sobre los prejuicios
te vi serenamente cabalgar;
risueña fue tu teología,
y sin duda el Benigno sonreía
con tu exégesis simple y singular;
en tu festivo satanismo
creíste ser el Diablo mismo,
demonio disfrazado de juglar.

De tu faunesca faz rapada,
tu ronca voz, tu irónica mirada,
sólo un recuerdo tabernario hay ya:

con paradojas y utopías,
el “amargo” en champaña convertías
renovando el prodigio de Caná.

Morirás pronto, lo presiento,
sin que parezca un acontecimiento:
alguna croniquilla, alguna flor...
¿Quién sabe de la golondrina
a la que el cable excéntrico extermina
cuando su trino acaso era el mejor?

Antes que se apague tu vista
publico hermano, grave y humorista,
este epitafio; sé tu mismo juez,
pues quiero que sepas en vida,
que habrá cuando tu alma se despida
otro juglar que llorará tal vez.

Enemigo de la primavera

Desde que el primer bardo, en la primera lira
halló la fuente armónica en que el numen se inspira
o bien, dicho en cristiano, desde el remoto día
en que un sujeto anónimo inventó la poesía,
uno de sus motivos imprescindibles era
la bienvenida unánime para la primavera.

Primavera es la época propicia a los amores,
la fiesta de la luz, la estación de las flores;
y después de la gélida rudeza, los humanos
se sentían más buenos, más nobles, más hermanos.

Pero desde que Adolfo rige al pueblo teutónico
y está empeñado en ser un ersatz napoleónico,
como se necesita para avivar la guerra
que la buena estación reine sobre la tierra,
porque las densas nieblas, los hielos y nevadas
oponen mil obstáculos a las huestes armadas,
más que con regocijo, con pánico se espera
en el mundo el florido tiempo de primavera.

El invierno, que siempre fue imagen de tristeza,
por ser como la muerte de la naturaleza,

hoy es grato a los hombres, que quisiéranlo eterno,
pues con la primavera también llega al infierno.

Al pacífico globo Adolfo en sangre empapa,
las ciudades arrasa, cambia a su gusto el mapa,
peí o entre sus pecados quizá el mayor sería
haberle dado un golpe mortal a la poesía,
puesto que en todo el mundo, desde que Adolfo impera
han llegado los hombres a odiar la primavera.

El árbol

La gente está en la “vespertina”
y yo en la plaza, huyendo del calor;
de cuando en cuando una bocina
de automóvil sacude mi sopor.

Se ha posado una golondrina
sobre la testa del Libertador:
¿buscará, acaso, alguna espina
Entre los lauros de Nuestro Señor?

A poco, toda una bandada
revolotea alborotada
alrededor del magno Campeón;

y mientras la tarde fenece,
en la media luz me parece
que es un samán inmenso Don Simón.

Miserere por las mentidas primaveras

De la cana que no se atreve
a confesar su albo color
y con tinta afrenta la nieve,
ten misericordia, Señor.

De la tez que el tiempo devasta
donde abrió surcos el dolor
que no logra encubrir la pasta,
ten misericordia, Señor.

De la boca ya despoblada
que se angustia en el comedor
y tiene la risa vedada
ten misericordia, Señor.

Del corpiño que aún hace ofertas,
lamentable nido de amor
que encierra dos palomas muertas
ten misericordia, Señor.

De la voz llena y argentina
que ayer dio lauros al tenor
y no sabe que hoy desafina,
ten misericordia, Señor.

De los músculos ya seniles
que en matinal, fugaz vigor,
aún fundan quimeras viriles,
ten misericordia, Señor.

De la virtud que no ha pecado
porque no vuelve el seductor
en otro tiempo desdeñado,
ten misericordia, Señor.

De lo que se aterra a la linde
del trillado camino en flor,
del pasado que no se rinde,
ten misericordia, Señor.

Pagliacci

Anónimo muchachito
a quien celo maternal
exprimiendo el ruin jornal
endosa un disfraz bonito
los días de carnaval;

excitan mi compasión
tu vestido de payaso
y tu gorro de cartón,
donde un ensueño de raso
tiene el humilde algodón.

El domingo en la mañana
al certamen infantil
la mamá te lleva ufana;
pero tu disfraz no gana
ni un elogio, el más pueril.

Mira los otros bebés:
un Napoleón, un bandido,
un trovador, un Marqués...
Tú, con tu pobre vestido,
¡qué ridículo te ves!

Con los ojos te prometes
los más hermosos juguetes
 que se regalan allí:
chillarás cuando interpretes
que no han de ser para ti.

Quizá, por callar tu pena,
te dé una señora buena
 un perolito de a real:
ya tu ambición está llena,
 ¡ya gozaste el carnaval!

Ríe, que tu risa explica,
como en la vieja canción,
que esconde a la observación
 una tragedia muy chica
 tu payaso de algodón.

Argumentos de opera

La tosca

Mario Cavaradosi es un pintor de fama
y Floria, alias La Tosca, gran cantatriz, lo ama.
En una iglesia Mario pinta una Magdalena
que es, según el libreto, una obra muy buena:
yo, que estoy viendo a Tosca desde que era muchacho,
aseguro que el cuadro no es más que un mamarracho.
Dichosos los amantes viven, mas quiere el hado
que se fugue Angelotti, prisionero de Estado,
y Mario, que es su amigo, lo esconde en la capilla
y le da un cesto lleno de pan con mantequilla.
Llega Scarpa buscándolo y en el alma de Tosca
la maldita serpiente de los celos enrosca;
ella le cree y sale en busca del muy perro,
y por la vaca Scarpia se pone en el becerro.
Prenden al pobre Mario, lo llevan al palacio
de Scarpia, lo interrogan y él se muestra reacio;
lo torturan a ver si canta, y un tenor
que ha cantado por gusto todo el acto anterior,
dice ahora que no, que está mal de garganta,
y por más que le aprietan las clavijas, no canta;
pero la amante Floria, casi perdido el juicio,
revela el escondite por dar fin al suplicio.

Encuentran a Angelotti y en el momento justo
de prenderlo, se mata por no darles el gusto.
Manda Scarpia al pintor preso entre dos vampiros
y ordena que a la aurora le peguen cuatro tiros.
La Tosca le suplica con lágrimas ardientes
y él responde: “Lo salvo si en ser mía consientes”.
Ella dice que bueno, y él, que á engañarla aspira,
ordena fusilarlo “de mentira, mentira”,
pero le pica el ojo al esbirro bribón,
para hacerla entender que es “por todo el cañón”;
mas cuando pide a Floria que cumpla su promesa,
Tosca lo ensarta con un cuchillo de mesa.
Corre al castillo; Mario del mundo sé despide
cantando mucho —ahora que nadie se lo pide—
le cuenta que su muerte será simple comedia,
(pobrecita, no sabe de la misa la media);
el pelotón dispara; cae el pintor al punto,
Tosca va a levantarlo y lo encuentra difunto.
Desesperada, llora, Be desmelena, chilla,
se tira de la torre y se hace una tortilla.
Mueren, pues, Angelotti, Mario, Scarpia y La Tosca,
y si el drama siguiera no quedaba una mosca.

Gioconda

Esto pasa en los tiempos de un gran Dux veneciano
que es marido de Laura, bella mezzo-soprano.
También Gioconda es una muchacha muy bonita,
pero como es la hija de una pobre ciegucecita,
Enzo, de quien la niña se encuentra enamorada,
la desprecia por Laura, joya mejor montada.
El tal Enzo es un príncipe, si no recuerdo mal,
pero anda disfrazado aunque no es Carnaval.
Mas, ¡ay!, lo espía un tercio llamado Bernabé,
que es más malo que un parásito en un pie.
El Dux descubre el lío que Enzo con Laura tiene
y a su cónyuge manda que al punto se envenene.
Lo sabe la Gioconda, pone a sus celos dique,
y a objeto de evitar que Laura se intoxique,
le da un brebaje que la hace pasar por muerta;
se traga el Dux la píldora, abre a todos la puerta,
y al anunciar que ha muerto su idolatrada esposa,
pone con tal motivo una fiesta suntuosa.
En tanto bailan ellos, la supuesta difunta
se fuga del palacio y con Enzo se junta.
Van a casa de Gioconda y por partida doble
gimotean, diciéndole que es muy buena y muy noble,
pero después se marchan tranquilos y felices,
y ella se queda con un palmo de narices,
por lo cual la Gioconda, ¡qué tonta!, se suicida:
¿quedarán todavía Giocondas en la vida?

Rigoletto

Contrahecho, ridículo, maluco e indiscreto
es el bufón del duque de Mantua, Rigoletto,
Miedo cervical le tienen todos los cortesanos
por sus chismes malévolos, por sus chistes villanos.
El duque, un calavera de la marca tenorio,
rapta todas las vírgenes que hay en su territorio,
y una tarde que va de paseo se fija
en Gilda, linda niña que del bufón es hija;
la enamora diciéndole que es un simple estudiante,
y la rapta, valiéndose del bufón, ignorante
de que la que él empuja a ser una perdida
es su Gilda, lo único que quiere en esta vida.
Llora y suplica luego, descubierto el pastel,
pero los que él burlaba, ahora se burlan de él;
y se consigue entonces un bandido, una fiera
que le despache al duque de una lagartijera.
Mas ya veréis que el golpe lo hiere de retruque,
pues Gilda, que se encuentra loquita por su duque,
va donde el asesino de varón disfrazada,
y éste que la confunde, le da una puñalada.
En un saco el cadáver da al bufón; entretanto
dentro de la casucha el duque entona un canto...
Rigoletto abre el saco y halla una horrible cosa:
¡es el fruto del vientre de su señora esposa!
Lo compadece el público, pero yo ¡sia zoquete!
¿No fue toda su vida maligno y alcahuete?

Lucia de Lammermour

Hace tiempo en Escocia, un país muy tranquilo
que es hoy cuna del whisky y las medias de hilo,
vivía un tal Edgardo, mozo sentimental
y muy noble —en la ópera esto es cosa esencial.

En castillo cercano al de este Lord vivía,
muy bella, muy romántica y muy noble, Lucía.
Al verse comprendieron que eran almas amigas
mas las familias de ambos no hacían buenas migas,
y por este motivo, o porque cierto hermano
de Lucía, hombre bravo, práctico e inhumano,
buscaba un rico para marido de Lucía,
y Edgardo, aunque era Lord, tan sólo poseía
un castillo arruinado y un flux negro, raído,
lo cierto es que el Idilio florecía escondido.

Y una vez que el mancebo se ausentó del lugar,
a la fuerza Lucía se tuvo que casar
con un ricacho, a quien nombrar no es necesario
porque figura poco y es sólo un comprimario.

Mas le dan el pitazo del matrimonio al Lord
y llega con más bulla que un automóvil Ford;
reducen los aceros, pero en vez de pelear
todos los concurrentes se ponen a cantar.

Cae el telón; se ignora si al fin hubo combate;
sale Lucía pálida y loca de remate,
cosa que se adivina, pues la joven incauta
quiere, cantando, hacerle competencia a la flauta.

Lloran los circunstantes, se muere la muchacha;
y Edgardo, que aún la adora, se hunde hasta la cacha
su puñal, pero el tiempo todavía la alcanza
para cantar ¡dos veces! una tierna romana...

Nota. —Scott, el autor de esta narración,
nada tiene que ver con el de la Emulsión

Marina

Es Marina una Joven casi desamparada,
puesto que de sus padres se sabe poco o nada;
tiene un hermano, Jorge, pero que no es su, hermano,
pues ya verán ustedes que al fin le da su mano
y el código rechaza como la sociedad
nupcias en ese grado de consanguinidad;
pero Jorge protege a la dulce Marina
y además está hecho por ella gelatina.

Emprende el mozo un viaje con su contraamaestre,
viejo siempre borracho de enero a San Silvestre;
lo engañó una Ruperta, no sé cuándo ni adónde,
y odia al hermoso sexo, el cual le corresponde.
Marina, por su parte, se desmaya de amor
por su hermanito Jorge: ¡claro, si es el tenor!

Pero hay un tal Pascual, taimado carpintero,
que le busca las vueltas... Al fin llega el viajero
y saluda cantando las costas de Levante;
se presenta Marina y le piden que cante,
y como cantandito no se entiende la gente
y el amor no se expresa metafóricamente,
el uno, despechado dice que tiene novia,

y la pobre Marina a quien la pena agobia,
se entrega al carpintero que acecha todo el año
lo mismo que un caimán en la boca de un caño.
Llora Jorge y el viejo Roque, amigo de orgías,
lo induce a emborracharse: ¡las malas compañías!

Pero en la borrachera se le sale al marino
decirla que la quiere: ¡y luego hablan del vino!
Y así las cosas, llégale a la niña una carta
de su papá: la lee y de besarla se harta,
acción digna de encomio, pero que indigna mucho
a Pascual, que es un Otelo con serrucho,
y sin ver si los besos eran buenos o malos
dice que con la pérfida no se casa ni a palos.
Marina vuelve a Jorge; Roque sigue trancado;
todos se alegran y... colorín colorado.

Traviata

No es que yo quiera hablar mal de mujer alguna,
pero todos sabemos que Violeta era una...
una de esas que tienen por símbolo a la zorra,
y que cambian de amante como cambiar de gorra.

Alfredo es un simpático y fino caballero,
elegante, buen mozo y con algún dinero.
Sólo que es más romántico que una guitarra grande,
y al topar a Violeta su corazón se expande;
le dice en fa mayor que la ama con locura,
y se casa con ella sin el civil ni el cura.

En pintoresca villa, perdida la chaveta
Alfredo desarrolla su amor a la Violeta;
pero el padre del mozo, un vejete aguafiestas
hace irrupción y echando sermones y protestas
obliga a la señora a romper con su amante.

Y a éste, como es su hijo, lo arrea por delante;
pues bien, la que antes fuera mujer de vida airada,
tenía una romántica adentro, enmogatada,
y aquel amor perdido tanto la mortifica,
que se echa “al estricote” y en seis meses se etica.

Entonces el papá con grandes lagrimones
confiesa que la tísica tenía condiciones...
a costa de una vida salva su orgullo el viejo:
¡padres intolerantes, mírense en ese espejo!

I Pagliacci

Canio es un payasito de muy buena garganta;
adora a Colombina, y canta..., canta..., canta
Como todo payaso cree en las Colombinas
que se van por verano, como las golondrinas.
Pero hay otro payaso, horrible y malo, Tonio,
que siente por la cómica un amor, del demonio.
Tonio es malo, malazo y por tanto a la cómica
le hace un efecto igual al que hace la nuez vómica.
Arlequín, que la busca y sabe que es barata,
se la gana con una sentida serenata;
Tonio enreda el asunto con singular destreza,
y Canio, que se siente “malo de la cabeza”,
se consigue un cuchillo, se echa en la cara harina,
canta el Ariosto y luego se pega a Colombina.

Butterfly

Butterfly significa en inglés: Mariposa,
ya veis lo que es saber inglés: ¡una gran cosa!
pero nipona es esta que entre manos tenemos,
chiquita, ojos de almendra, kimono, crisantemos,
sólo que siendo el público en japonés profano,
esta japonesita se expresa en italiano.

Un día en la remota tierra del sol naciente
ancla un buque de guerra y en el buque un teniente.
Pinkerton es un yanqui colorado y robusto,
tipo que las niponas miran con mucho gusto;
Butterfly se enamora del apuesto marino
y al instante se casan por el método chino,
pues en aquel país delicioso y fantástico
no se usa el matrimonio civil ni el eclesiástico:
¿Te gusta una muchacha? Te la llevas y listo;
¿Te fastidias? Te marchas y ojitos que te han visto...

De la unión nipo-yanqui nace un lindo chiquillo,
lindo, sí, aunque veteadado de rojo y amarillo.

Acaso aun no estaba hartado de hogar el yanqui,
pero el hombre de mar es como el saltimbanqui,

ya que a los dos un ansia de viajar los acosa,
y Pinkerton se embarca sin llevarse a su esposa.

Ella espera confiada todo el acto segundo,
dando oídos al cónsul, que es otro vagamundo,
y al final cantan todos una canción que es
con la boca cerrada: ¿estará en japonés!

Al cabo de algún tiempo reaparece el teniente,
pero esta vez casado, de lo más seriamente.
Como no sabe nada se encanta Butterfly
y va hacia él llamándole marido; pero, ¡ay!,
la legítima esposa le responde burlona:
¿Conque este es tu marido? ¡Vaya, no seas... nipona!

La burlada consorte pone en el cielo el grito
(también las japonesas tienen corazoncito),
echa mano a un cuchillo, besa con honda pena
al fruto de su vientre, y se abre éste en escena.

Si esto ocurre donde haya roja sangre bravía
el perforado vientre del seductor sería;
en el Japón, en cambio, nada arriesga el muy pillo:
¡y aún hay quienes nos hablan del Peligro Amarillo!

Manon

Prima de un tal Lescaut, canalla redomado,
Manon sale una pécora, como era lo indicado.
Casquivana y romántica, Mimí injerta en Traviata
con una diferencia: le gusta más la plata.
Y como de costumbre tropieza en su camino
con Des Grieux, caballero... de industria, libertino,
que tiene arranques místicos y mucha habilidad,
pues manejando naipes es una novedad.
En París instalados viven como Dios quiere,
a veces aleluya y a veces miserere:
pero el primo Lescaut, que es un gran alcahuete,
consigue un tercio rico y en la casa lo mete;
se deslumbra Manon y por todo atropella
dejando al caballero que hace trampas por ella
y que, desesperado, deja su antiguo oficio
y para ser presbítero, ingresa en San Sulpicio.
Manon se cansa pronto del hombre de dinero
e, informada por el papá del caballero,
lo busca en San Sulpicio, le habla con tierno afán,
y el amante, bajado, ahorca el balandrán.
Huyen, en un hotel dan un escandalón:
llega la benemérita y carga con Manon.

Van a llevarla al Havre y el ex cura la espera
emboscado y con armas junto a la carretera,
pero Manon se muere, no se sabe por qué
(es cosa que en la ópera con frecuencia se ve)
y él, que en amor y juego tan desgraciado ha sido,
lanza un grito del alma: —¡Qué Manon he perdido!

Urbanas

El tranvía de la Pastora

¿Quieres, lector, hacerme un buen favor,
que acaso un poco te aprovecharía?
Entonces, acompáñame, lector,
a dar un paseíto en el tranvía.

Por ejemplo, a las seis, que es buena hora
para todo paseo,
nos subimos al carro en La Pastora
y al subirnos empieza el pitorreo.

El colector nos cobra, doy un fuerte
y el hombre nos advierte
que no “tiene sencillo”,
pero se “atiesta” el fuerte en el bolsillo
y aquí comienza Cristo a padecer
porque el hombre se marcha muy resuelto,
resuelto al parecer
a no acordarse nunca de mi vuelto.

Llegamos a la esquina de Amadores,
donde se montan dos o tres señores,
de los tres, uno enfermo
despidiendo pestíferos olores,

y otro un voluminoso paquidermo
más estorboso que una escarlatina.

Vamos a la otra esquina;
grita ¡pare! una obesa cocinera
con la clásica cesta del mercado,
y después que ya al carro se ha montado
y apabulla a una linda pasajera,
pregunta al colector de esta manera:
¿Este tranvía va pa San José?

Y cuando de su error
logra sacarla al cabo el colector,
la gruesa fregatriz se pone en pie,
baja, saca la cesta,
que a bacalao apesta,
y sigue el carro tras una demora
de casi un cuarto de hora.

Al llegar a la esquina del Guanábano
se baja en el desvío el motorista
para comprar un rábano
o ver unos “quinticos” en la lista
cuando no tiene su media-gallina
con una sirvientica de la esquina.

Sigue, por fin, el carro: en Jesuitas
bajan dos señoritas

que de los pasajeros no se acuerdan
 ya tres amigas dan la despedida:
 “Adiós, pues, niñitas... No se pierdan...”
 ¡Media hora perdida!

Después de Jesuitas a La Torre,
 aunque es muy corto espacio,
 el carro lo recorre
 sumamente despacio;
 a todas estas, del dichoso fuerte
 no se sabe la suerte,
 y como algunas veces hay olvido
 del pasajero, o bien del colector,
 “el vuelto” nos resulta a lo mejor
 “Recuerdos tristes del placer perdido”.

Quiere, al fin, que lleguemos nuestra suerte
 a la estación, y allí es donde se advierte
 que el viaje comenzado en La Pastora
 nos salió por un fuerte
 y hemos gastado al menos una hora
 Mas si el paseo ha resultado caro,
 lector, has visto claro
 que, aunque pudiera parecer derroche,
 para ir de la La Torre a La Pastora
 es mejor, más barato y sin demora
 hacer el viaje en coche.

Elegía a Noches Buenas

Las Nochebuenas de tiempos idos
dulces veladas en el hogar
cuando entre charlas sin condimento
se festejaba la Navidad.

Criollas hayacas, arroz con pollo,
clásico pavo monumental,
dulce vernáculo de lechosas
como la goma de masticar.

Altos los cuellos, las faldas bajas,
por sobre todo la honestidad;
cuatro botellas de vino tinto
y sobresaltos de las mamás.

Hoy las muchachas en nochebuena,
no obstante el crudo frío pascual,
brazos y pecho llevan al aire,
y de las piernas, ¡para qué hablar!

Los dulces criollos son hoy bombones,
en vez de pavo se sirve homard;
¡qué vino tinto!, ¡corra el champaña!
¿Hayacas? ¡Cuándo! Qué poco smart.

Las damas fuman, los hombres liban;
se habla en el tono más radical;
mozos y mozas se incrustan, mientras
sus ululatos alza el jazz-band.

¡Jesús, el Niño, los Reyes Magos,
los aguinaldos, San Nicolás?
Ya ni las tías más romanudas
oyen al gallo sacramental...

Cien matrimonios antaño había
y pocos se hacen en pascuas ya;
¿se habrá observado que está diciembre
bajo la égida “capricornial”?

¡Oh, fiestecitas de Nochebuena,
hayacas criollas, pavo triunfal!
¡Cómo estáis lejos de nuestro tiempo!
¡Cómo progresa nuestra ciudad!

La inmutable hayaca

Quien haya estado del país ausente
durante un lapso suficientemente
largo,
al volver se hace cargo
de que muy poco queda, casi nada,
de lo que él conocía
y no tiene el aspecto que tenía
la ciudad de Don Diego de Losada.

En general las cosas son mejores
que en años anteriores,
y el que regresa al punto así lo estima:
pero en algún respecto
el cambio resultó más bien defecto,
como nos ha ocurrido con el clima.

Yo he topado con más de un elemento
a quien, allá, en España, le decía
que nuestra capital era un portento
por el clima: ni cálida ni fría.
Y la fiera mirada no me asombra
que me lanzaba cuando

iba, ¡en noviembre!, el infeliz sudando
con treinta y cuatro grados a la sombra...

Lo único que igual queda en Caracas
a lo que siempre fue, son las hayacas.

Ya pueden inventar extraordinarias maquinarias
los industriales norteamericanos,
para hacerlas mejor que con las manos;
puede que a luz los alemanes saquen
un método científico y profundo
que pudiera llamarse “blitzhayaken”,
para hacer mil hayacas por. segundo;
pero seguro estoy de que en Caracas
no se les venderán ni dos docenas,
pues hayacas así serán muy buenas
pero no son hayacas...

La blitzkrieg del Guaire

El Guaire, al fin, el calumniado Guaire
que era irrisión de grandes y de chicos,
pues su caudal negruzco
apenas era un hilo,
y a juzgar por su olor, no sólo estaba
muerto, sino podrido,
con el primer chubasco de importancia
irguióse redivivo,
y de seguro vitaminizado,
pues anegó cultivos,
y quedó por su culpa a la intemperie
más de un “bajopuentista” improvisado.

Lo cual por lo demás no es una hazaña
muy digna de su histórico prestigio;
antaño derribó puentes de hierro
y socavó robustos edificios
y hoy ha tumbado sólo endebles ranchos
que ya se sabe cómo están contruidos:
greda, lata, cartón y caña amarga,
paltolevita viejo y garbancillo.

Mas sea como fuere,
el caso es que no ha muerto el viejo río:
el león despertó, temblad, traidores,
(los que estarán temblando son los chinos,
que dirán que entre el Guaire y el Gobierno
no los quieren dejar vivir tranquilos),
y. ya a los reporteros socarrones
no servirá de befa y de ludibrio.

¡Oh! si quisiera el cielo
devolverle otra vez su poderío,
cuántos problemas que hoy nos atormentan
quedarían resueltos en un brinco,
y tendríamos baño y luz eléctrica
de modo permanente y efectivo,
y del tifus acaso nos libráramos,
y del “bajopuentismo”!

Pero, ¡ay!, no nos hagamos ilusiones;
el pobre Guaire está de muerte herido,
y todo es aceite alcanforado,
“alegrones de tísico”.

Pequeña elegía al Guaire

Pobre Guaire decrepito, anciano lamentable...,
te miro e inmediatamente me pongo triste,
viendo que ya no hay nada que de tus glorias hable,
porque no eres siquiera sombra de lo que fuiste.

Era tu linfa antaño límpida, rumorosa,
espejo de luceros en las noches oscuras:
hoy por tu cauce arrastras un agua cenagosa
en donde se atropellan mal olientes basuras.

Nunca medrar pudieron en tu remanso glauco
esas raigambres pérfidas que escapan a la vista,
y que en el lecho turbio de tu colega Anauco
eran a veces tumba del incauto bañista.

Aún refieren veraces caballeros caducos,
cómo en remotas épocas, en ya olvidados días,
tu corriente cortaban oscilantes cayucos,
afiladas piraguas y burdas almadías.

Hoy no surcan tus aguas sino irrisorios barcos
de papel. ¡Pobre Guaire, ya no hay sangre en tus venas!
eres un hilo escuálido, una serie de charcos
que atraviesan los chicos sin remangarse apenas.

De tus hazañas épicas, ya se olvidó el estilo:
¡Oh tus tiempos heroicos, de soberbias crecientes
en los que desbordado, con ínfulas de Nilo,
inundabas terrenos y derrocabas puentes!

En tanto que tu villa por la senda adelanta
que le dará renombre de bella entre las bellas,
y más que nunca altivo, a los cielos levanta,
como un califa, el Ávila, su turbante de estrellas.

Sólo tú, pobre río, esmirriado y decrépito,
lloras sin que tus lágrimas engruesen tu corriente,
y reptas, ignorando, sin el menor estrépito,
como si no quisieras que te viese la gente.

“Sic transit gloria mundi...” De ti no hay quien se ocupe
(cuando mucho, algún vago que desde el puente escupe
sobre el menguado hilillo que arrastras todavía);
hoy la gente se burla de tus glorias lejanas:
solamente yo tengo piedad para tus canas,
y ya ves, no está exenta mi piedad de ironía.

Tipos que desaparecen

En tiempo de seguro no alcanzado
por la actual juventud capitalina,
este tipo tenía su “oficina”
en los alrededores del mercado.

Siempre cubierto con muy poca tela
sus músculos de atleta,
jamás usó camisa ni chaqueta:
pantalón y franela,
tal era su indumento
y el chaleco obligado complemento,
con el fin de guardar en sus bolsillos
fósforos, dinero y cigarrillos.

Así sencillo, fuerte y jornalero,
era el parihuelero,
el tipo indispensable en la mudanza,
pues si era un morrocoy por su tardanza,
en cambio, los más frágiles corotos
jamás llegaban rotos.

Hoy es un tipo desaparecido:
el motor lo ha barrido,

y a él corno a ninguno
el progreso lo puso en pleno ayuno.

En efecto, el que en ya remoto día
tranvías de caballo conducía,
aprendió a motorista,
lo que en su línea está: salta a la vista.

De igual modo, el auriga, a quien desplaza
el coche de motor,
por su conocimiento de la plaza,
sin esfuerzo mayor
puede hacerse chofer, y si lo azuza
la crisis dirigir una lechuza.

Pero el parihuelero. es un peatón,
y para él no hay posible evolución.
Y no sólo le quita la clientela
y la arepa el camión
si no le grita algún chofer guasón:
“¡Quítese, amigo, el de la parihuela!”

Pobre parihuelero... Yo no pierdo
tu silueta sencilla y vigorosa,
y aunque ya para tantos es borrosa,
yo, al mirar un chaleco, te recuerdo.

La sisa culinaria

Tiene la caraqueña cocinera,
y de seguro la de todas partes,
una especial manera
que puede figurar entre las artes,
para mermar el diario,
o sisar, como reza el diccionario.

Schopenhauer, que en cosas de cocina
tenía una intuición casi divina;
Dante Gabriel Rossetti,
que fue quien inventó los spaguetti,
y otras autoridades
de todas las edades,
prueban sin que les falle una premisa
que la más tonta cocinera sisa

No existe cocinera en el planeta
—y por testigos a las damas pongo—
que no sise aunque sea una peseta
en el arroz, la carne o el mondongo.
Por lo que a veces pasa
que en un kilo de carne
puede perder el ama de la casa
más que los alemanes en el Marne.

Si con lógica sana se razona,
es, pues, como pedir peras al olmo
anhelar que no sise una fregona;
 pero, sin duda, el colmo
lo alcanzó una paisana cocinera
que en esto de sisar es una fiera.

Ayer a esta pantera de cocina
la dueña del hogar le había dado
para que le comprara en el mercado
 tres libras de cecina;
 y a la hora de la cuenta
la astuta fregatriz sólo presenta
 al ama de la casa
 una libra, y escasa.

En airado arrebató
y ardiendo en furor hasta las fibras,
dijo la dama: ¡Aquí faltan dos libras!
y por pasar la pícara el mal rato
echó toda la culpa sobre el gato.

Entonces la señora
que es asaz previsora
y le sobra sustancia en el testuz
colocó en la balanza al micifuz,
con lo cual descubrióse la comedia
porque el gato pesaba ¡libra... y media!

Respetables matronas:
no esperéis que se priven las fregonas
de sisar en la carne o las menestras;
dad a Dios gracias una vez y ciento
si no sisan las vuestras
como la cocinera de este cuento.

El cochero

Entre los muchos tipos con que cuenta
esta sabrosa villa, uno presenta
rasgos tan singulares
que, en mi opinión, por mucho qué se diga
que cuecen habas hasta los polares,
el auriga más raro es nuestro auriga.
Primero y ante todo,
aunque la mayoría
son partidarios de empinar el codo,
tienen tan buena “cría”
y son tan excelentes conductores,
que aquí contados son los accidentes
de coche, que debieran ser frecuentes,
pues si hay algún artículo
que en Caracas abunde, es el vehículo.
Otro rasgo apuntemos, el segundo:
le fía a Cristo sin saberle el nombre.
Tengo el convencimiento más profundo
de que es sin duda nuestro auriga el hombre
que más fía en el mundo.
Luego son sumamente conocidos
y hasta “vales corridos”

de toda su clientela;
no hay quien no les conozca sus apodos,
cosa que tienen todos,
pues en la capital de Venezuela,
patria del sobrenombre chocarrero,
cochero sin apodo no es cochero.
Conejo, Tres de Mayo, Taparita,
Rábano, El Mocho, Sapo,
Concha de Piña, Vaso de Guarapo,
y muchos más que dejaréis que omita.
Y hay la clase modesta, “la lechuza”,
nombre con que llamamos cierto coche
que, por su edad, las calles sólo cruza,
envuelto entre las sombras de la noche.

Visiones del tráfico

En postura hierática sentado,
con los muslos formando ángulo recto
las piernas, el altivo busto erecto,
y cada brazo al frente proyectado.
¿Quién es el ser de tan adusto aspecto?
¿Papirio que va en carro hacia el Senado
Romano? ¿Un Faraón momificado?
¿Memnón quizá? ¿Osiris insurrecto?
Mas ni Papirio, ni los faraones,
ni los dioses usaban pantalones...
¿Quién es, pues, este que el asombro excita?
Para el carro y se acaba la “galleta”:
es un señor que viaja en camioneta
y le tocó sentarse en la tablita.

Epístola a misia Quírica Pimiento

Mi querida parienta: el negro Roque
me entregó con su carta y sus saludos
cuatro quesos de cincho, un alfondoque
y un saco de aguacates macanudos
(Esto de macanudo no lo espante,
que aquí ahora es usual y hasta elegante.)
Gracias y vamos a lo consultado.

Dice usted que está bien y que el negocio
ya lo tiene otra vez enderezado,
porque ya ha desquitado
lo que le parrandé su antiguo socio;
y esa es la causa de que usted pretenda
venderle a míster Hemington la hacienda
y venirse a Caracas en seguida
a darse la gran vida.

¡Ay parienta, parienta, no la venda!
¿Quién le dio ese consejo, misia Quírica?
yo sé que usted no es lírica,
y así, nadie me quita
que en esto anda metido Quiriquito...
¿Usted sabe, parienta,

lo que ahora en Caracas representa
vivir como familia acomodada?

Pues casi nada:

las cosas valen hoy más que en Europa;
cuesta un ojo la ropa;
una semidecente cocinera
no gana ya seis pesos, sino treinta;
y para conseguir una sirvienta
preciso es que Dios quiera,
y la que dura, un mes
mucho tiempo se queda,
pues hoy son señoritas, gastan seda
y hasta saben francés.

Y luego el automóvil, y una cosa
que aquí llaman el “Dancing”, muy ruinoso,
y los deportes y los tés danzantes:
mil cosas pues que no se usaban antes.

Ya se acabó la bonachona inercia
de ayer: los ricos de antes son pobretes;
hoy gustaría usted cien mil cachetes
y no figuraría como terciá.

Usted cree casar a Quiriquita
porque es rica, simpática y bonita,
con un mozo muy fino y muy decente...
No se haga misia Quírica, ilusiones:
aquí abunda actualmente

un tipo nuevo, los cucarachones,
capaces de ordeñar hasta una estaca;
y si alguno a la chica le engatusa,
“del jojoto no queda ni la tusa”,
como suele decirse en Carayaca.

En cuanto a Quiriquito usted pretende
emplearlo en un banco; bueno fuera,
mas le expondré lo que ocurrir pudiera:
suelta la lanza en un trimestre, aprende
a vivir bien, de acuerdo con su rango;
bebe, juega, “es un tigre para el tango”
y se hace parroquiano de la “Luna”;
pero como ni sueldo ni fortuna
le cubren ese gasto exagerado,
se encuentra un día limpio y empeñado...

Ese día, parienta, Quiriquito
se come “un queso frito”.
No vaya a figurarse, misia Quírica,
que esta carta es satírica,
de ser yo otro le aconsejaría
venirse, y algo se me pegaría;
mas como mi lealtad me lo reclama,
sepa que si procede de otro modo,
en dos años se come usted La Guama.
¡con concha y todo!

Sal de Pim

Urgencia de una reforma social

Parece el mote de un editorial,
pero no hay tal:
cato de la reforma
que me permito yo llamar “social”
atañe sólo a la moderna norma,
al nuevo modo de publicación
que debiera regir la información
que llamamos aquí “de sociedad”
por unanimidad.

Harto sabido es que las tales notas
son demasiado idiotas,
de una literatura muy barata;
espejo y flor de la cursilería,
una florida lata
para decir alguna tontería.

Así para decirnos que mañana
se va a casar Fulano con Fulana,
tras sacar a relucir “el dios vendado”,
la blanca frente de la prometida
de azahares prendida,
“Himeneo”, el “sendero iluminado”,
y que la niña de Don Pepe Arriola
fue quien alzó la cola,

nos dan media galera de estulticia
para informar tan sólo una noticia.

Y ¡ay! del pobre cronista
que al escribir una social revista
de matrimonios, bailes o recibos,
no acumule melifluos adjetivos,
o se le olvide alguien en la lista.

Dejar debiera el periodismo diario
un sistema tan necio y rutinario:
hacer “notas sociales” y no artículos
atestados de epítetos ridículos.

Hoy las “Notas Sociales”
son informes precisos
breves y circunspectos, como avisos,
con denominaciones generales:
“Recibos”: hoy habrá tales o cuales.

“Santos”: los que se hubieren celebrado.
“Viajeros”: los que salen o han llegado.
“Mejorías”: está mucho mejor
la señora de tal o cual doctor...

Pero, ¡ay!, esta manía ya es endémica,
seguiremos lo mismo;
¿a que no se reforma el periodismo
y me cuesta este escrito otra polémica?

Enfermedades lógicas

Que a los admiradores de Dicenta
les dé disentería,
es una cosa lógica, a fe mía;
de igual modo, si a un Coll se le presenta
una colitis, no me extrañaría.

Que de fiebre amarilla muera un chino
no es ningún desatino,
ni resulta inarmónica
en una cronista, una dolencia crónica.

No habrá de parecerme extraordinario
si un día le da el cólera y revienta
un mi amigo bilioso, atrabiliario
que hasta bebiendo fresco se calienta.

¿Que padece de callos Cayetano?
Pues nada más humano.
¿Que a Sixto una cistitis lo ha tumbado?

Nada más adecuado.
¿Y de qué otra manera más normal
dejar puede un obispo la existencia
sino por causa de una insuficiencia
mitral?

Paréceme también claro y sencillo
que quien se llame Pío
padezca de moquillo;
y diré que el idiota de mi tío
ha tenido una muerte natural
el día que fallezca de un vacío
cerebral.

Pero que yo, que desde que era niño
—hace algún tiempo ya— con nadie riño,
que no le armo una bronca al mas pazguato,
ni tengo bronca voz, sino al revés,
¿ilógico no es
que una bronquitis tenga a cada rato?

Un santo negro

En Roma —como he dicho ya en más de una ocasión—
sopla actualmente un viento de canonización:
se canonizan beatos cada dos o tres meses,
italianos, polacos, yugoeslavos, franceses.
Con decir que aunque Hitler “se ha hecho poner la vista”
porque, quiere implantar una iglesia nazista,
el Papa, sin tomar en cuenta sus desmanes
hizo recientemente dos santos alemanes...

Pero hasta hoy, que yo sepa, jamás el Vaticano
consagró ningún santo hispanoamericano,
salvo la milagrosa Santa Rosa de Lima,
y eso porque gozaba de universal estima.

Mas ahora un informe de la Associated Press
afirma que muy pronto, quizá el próximo mes,
otro santo limeño tendrá consagración,
y lo que es más, un santo negro como el carbón:
Martin de Porres llámase el nuevo candidato
hasta hoy venerado, sólo como beato.

Este Martín Porres, fue de mozo barbero,
pero nunca a los clientes les cobraba dinero:

de ser yo el Papa, sólo por eso lo consagro,
aunque no hubiera hecho ningún otro milagro.

Tijeras y navajas repudió una mañana,
para entrar en la Santa Orden Dominicana;
y el milagro segundo fue lograr que en un plato
almorzara un ratón con un perro y un gato,
pero sus superiores frailes de sesos magros
dijeron, envidiosos: “Negro no hace milagros”,
y con ese pretexto, desde ese mismo día
hacer sus milagritos ya Martín no podía.

Sin embargo, una tarde cuando iba a su redil
vio que tejas abajo venía un albañil,
y Martín, invocando el nombre de Jesús,
le gritó al hombre “¡para!”, tal como a un autobús.

Se quedó el albañil suspendido en el viento,
y el santo fue a pedir permiso a su convento
para hacer el milagro; y tras breve consulta
se lo otorgaron..., pero poniéndole una multa.

Murió un tres de noviembre, se fue al cielo derecho
y será por el Papa muy pronto santo hecho:
alegraos, pues, negros de mi tierra, por cuanto
ya no importa ser negro para llegar a santo.

El gesto del Papa

Si yo no fuera como soy, católico,
aunque poco apostólico,
y romano aún menos, por supuesto,
aseguro que hoy mismo pidiera mi bautismo
porque estoy subyugado con el gesto
que ha hecho el jefe del catolicismo.

El Vicario de Cristo
—que también es casero, por lo visto—
ha dictado, según nos dice el cable,
una resolución asaz loable
y digna en todo del Primer Cristiano:
rebajarles la renta
a todos los inmuebles con que cuenta
en la Ciudad Papal, el Vaticano.

A nadie, desde luego, se le escapa
que otros han hecho lo que hiciera el Papa,
mas no lo hicieron por humanidad,
sino por causa de necesidad,
y casi todos a regañadientes,
sin contar los que aún están renuentes,

y prefieren perder el inquilino
antes que rebajarles ni un comino.

En cambio el Santo Padre, que pudiera
subir los alquileres si quisiera.
y sin que reclamar fuera posible,
puesto que es infalible,
hace a sus inquilinos un descuento
de doce o más por ciento.

A no ser católico, ahora mismo
—repito— pediría mi bautismo;
pero algo más en mi opinión podría
hacer el Santo Padre todavía,
y de los pobres defender los fueros,
excomulgando a todos los caseros,
hombres como mujeres,
que no quieren bajar los alquileres.

Y si esto hace el Pontífice cristiano,
juro hacerme apostólico... y romano.

Un poolista original

Mi amigo, Juan Crisóstomo Paúl,
el domingo pasado me decía:
“Yo juego al Pool, pero es la tontería
mayor que puedo hacer, jugar al Pool.

Como base no juego papeletas,
porque creo preciso un mar de suerte
para que un tipo acierte
seis carreras completas;
juego cuadros, pero éstos son más caros,
y siempre se me caen los más claros,
aunque sean de puro favoritos;
y lo claro es que quedo “largo a largo”
y no puedo pegarme mis “palitos”,
o tengo que pegármelos de amargo”.

Pero si esto es perdiendo,
si gano, el mal sería más tremendo,
capaz de producirme la hidrofobia.

¿Que cómo puede ser?
Pues ya usted lo va a ver:
yo juego siempre a medias con mi novia.
y si ganamos por casualidad,

a ella le tocaría la mitad;
y aquí comenzarían mis reveses,
pues creerían todos mis “ingleses”
que he ganado la totalidad,
y por más que mi parte grande fuera,
sería una quimera
pensar que acallaría
con ella a la británica jauría,
que hoy está a mi insolvencia resignada
porque le consta que no tengo nada.

Créalo usted, me volvería loco;
y por si fuere poco,
otro temor me agobia:
de seguro que el padre de mi novia,
que hace quince años mi casorio aguarda,
me diría: “Paúl,
puesto que se ha ganado usted al Pool,
ya es tiempo de casarse con Bernarda.”

Yo jugaría “capilleramente”,
apartando a Bernarda, mas la gente
en saber estas cosas poco tarda,
y si llago a ganar, al día siguiente
lo saben los “ingleses”... y Bernarda.

Por todo esto, mi amigo, a Dios le ruego
que no me toque el Pool, aunque lo juego”.

Dirán ustedes: “¿Y por qué Paúl,
ya que no le conviene, juega al Pool?”

¡Ay! porque practicamos muchos ritos
que la mente a explicárselos no llega:
tampoco le convienen los “palitos”,
pero a pesar de todo, se los pega.

Literatura zamurai

Que fallece un señor jovial o serio
joven o viejo, inteligente o bruto:
no falta un orador de cementerio
para rendirle póstumo tributo,
a quien firme una “página sentida”
aunque en toda la vida
no haya hablado al extinto ni un minuto.

Alguna vez, es cierto,
verdadero dolor la pluma mueve;
mas sobra, en cambio, gente que se atreve
a valerse del muerto,
para darse el gustazo extraordinario
de “salir” en un diario.

Y vaya usted a ver con qué frescura
nos hartan de vulgar literatura
y de frases tan cursis, tan ajadas,
que, en vez de llanto, logran carcajadas.

¿Quiere verse el modelo?
“Cuando trillaba apenas el camino
de la existencia, arrebató el destino
su vida, y le hizo remontar al cielo.”

Otro: “La Parca impía
segó su vida en flor
y echóle al fondo de la tumba fría
al antro del Dolor.” Los hay griegos también, con lindos tropos
ideas elevadas como un monte:
las tijeras de Atropos,
la Estigia, la piragua de Caronte...

Macabro es en verdad,
que a causa de esa estúpida manía,
de cada dos, una necrología
produzca hilaridad;
y escritores inéditos, oscuros,
sobre los muertos, como los zamuros,
sacian su anhelo de notoriedad.

Pronto será la muerte un pitorreo;
ridículos los duelos más profundos;
y tendrán que exclamar los moribundos:
“¡Ya ni en la paz de los sepulcros creo!”

Motivos orientales

Selím Benzónaitol, aquel turquito
que salió tan distinto a su papa,
pretende ser poeta y vanguardista,
pero, ¡qué va!

Poeta podrá ser, mas de vanguardia
no lo será jamás,
puesto que el de vanguardia va adelante
y el turco, atrás...

* * *

El viejo Abu Sador, sirio usurario,
pero con sus ribetes de tenorio,
vive maritalmente con Rosario;
mas es su amor por ella tan espurio,
que la tiene metida el vejistorio
en un triste tugurio.

Eso sí, le promete un hemisferio:
casa, automóvil, joyas..., ¡el delirio!
Mas cuando ella lo estrecha: “Háblame en serio”
se hace el que no comprende y le habla en sirio.

Humorismo rojo

Pepe Stalin, el rojo
zar bolchevique
que maneja las Rusias a su antojo,
merece, con razón, que se le aplique
el calificativo de humorista:
salta a la vista.

Ocupa tres minúsculos Estados
que están desde hace tiempo agarrotados
por el coloso ruso,
y justifica tan odioso abuso
diciendo que esas mínimas naciones
tenían alevosas intenciones,
pues se les ha encontrado un plan muy serio
para invadir al gigantesco imperio
donde se halla ubicado
el paraíso del proletariado.

A mí se me parece este argumento
al de un gracioso cuento:
—Quiso un borracho un día,
comerse un buen sancocho de gallina,
más, como no tenía

con qué pagarle el ave a su vecina,
cazarla pretendió de una pedrada;
y al ama del volátil que, indignada,
le armó una wagneriana “sampablera”,
le respondió con seriedad sin par:
—Señora, ¿qué quería usted que hiciera?
¿Me iba a dejar picar?

Pepe Stalin, el rojo
zar bolchevique
apedrea gallinas a su antojo,
pues puede haber alguna que le pique.

A un amigo rico que se juzga infeliz

Dichoso, tú, señor, que no has sabido
desde recién nacido
la tortura que a tantos causa risa
del cuello que no ajusta en la camisa.
Feliz tú, que naciste y morirás
sin padecer jamás
el suplicio menguado
de llevar el zapato remendado.
Tú, que entre gente “bien” puedes bañarte
sin abrigar ridículos temores
por las burlas que puedan acarrear
tus mal zurcidas ropas interiores.
Que no has probado en un lluvioso día,
el deprimente acíbar
.de encontrar cuatro amigas en tranvía
y en tu bolsillo un huérfano bolívar.
Que no te das a todos los demonios
cuando te invitan a los matrimonios,
ni te humilla o te agobia
la llegada del santo de tu novia.
Que hasta la fecha ignoras
cómo son crueles las oscuras horas

del pobre dependiente
a quien suelen “cortarle la corriente”.
Dale gracias a Dios que te ha librado
del diario tormentillo inconfesado,
de la absurda agonía
que el orgullo le esconde a la ironía;
porque, a pesar del Dante,
no hay un dolor mayor que el humillante.

Fábulas

El zorro predicador

Un zorro viejo ya medio tullido,
pero bastante instruido,
viendo que no podía
ya cazar ni un volátil inexperto,
se marchó cierto día
a predicar moral en el desierto.

Ya hemos dicho que el zorro no era tonto,
y como hablaba contra los leones
y los tigres llamándolos ladrones,
asesinos, etcétera, muy pronto
aquel conferencista tan ameno,
en mitad del desierto tuvo un lleno.

Gacelas y cabritos,
carneros y venados
y otros animalitos
tan indefensos como los nombrados,
ardían de entusiasmo con tal llama
que a poco el zorro conquistó la fama.

Un león que reinaba en el desierto
—muy piadoso por cierto—
quiso escuchar al gran predicador
y lo mandó a buscar.

Nunca estuvo mejor:
¡qué manera de hablar!
Tronó contra las fieras,
leones, tigres, osos y panteras
que se manchan las manos
con sangre de animales inocentes...
Oyendo este sermón, los cortesanos
daban de asombro muestras elocuentes,
pero a chistar ninguno se atrevía
porque el rey aplaudía.
Al terminar su plática el patriarca,
le dijo así el monarca:
—Usted me ha emocionado
y la verdad desnuda me ha mostrado;
por fin sé lo que es bueno y lo que es malo,
y he de hacerle un regalo
en premio a su virtud y a sus doctrinas:
¿qué obsequio le parece conveniente?
Y el zorro contestó tranquilamente:
—Regáleme, señor, unas gallinas...

El jardinero generoso

Un jardinero en su jardín tenía
un hermoso manzano
pero ya tan anciano
que ni una sola fruta producía.
Empuñó, pues, el hacha cierto día
y contra el árbol dio el primer hachazo;
mas detuvo su brazo
una voz del manzano que decía:
—¿Vas a matarme, hermano,
sólo porque estoy viejo
y ningún beneficio ya te dejo?
Tu ingrato proceder es inhumano.
(el manzano, a juzgar por su elocuencia,
es todavía el árbol de la ciencia).
Dijo el hombre: —Resígnate, manzano,
que la necesidad es nuestra dueña:
yo necesito leña.
Oyó entonces la voz de un ruiseñor
que le dijo: —Perdónalo, señor,
en gracia, por lo menos a mi canto
que a tu buena mujer le gusta tanto.
Soltó la carcajada el jardinero

y dio un segundo hachazo vigoroso
contra el árbol, abriendo un agujero
del que salió un enjambre rumoroso
de abejas que gritaron: —¡No seas bruto,
si el manzano en verdad ya no da fruto,
a nosotros nos sirve de taller
y al par de habitación:
concédele perdón
y tendrás cera y miel para vender.
—¡Ay, que me habéis tocado el corazón!
—respondió el jardinero, socarrón—.
Este árbol mucho tiempo me ha nutrido
y además aquí anida un ruiseñor
que mi mujer con gusto siempre ha oído;
lo he pensado mejor:
perdonado el manzano debe ser
y lo perdono con el alma entera;
no vayáis a creer
que lo hago por la miel y por la cera...

Cuento que parece fábula

Se acercaba la fiesta de su Raza
y varios animales
de estos americanos andurriales
quisieron meter baza
y contribuir al brillo de la fiesta
poniendo a toda orquesta
un soberbio sarao
en los alrededores de Chacao.
Allí estaba invitado
todo lo más granado
de la fauna social, bien entendido
que las fieras se habían omitido
por ser rudas y amigas de pendencia.
Y comenzó a llegar la concurrencia:
el Toro con la Vaca,
la familia Venado,
un zamuro, doctor, muy bien trajeado
con su flux de casaca;
la viuda doña Marta Cibelina
con una piel muy fina;
la hija mayor de un pavo real muy rico,
ostentando un espléndido abanico;

el Perro, muy contento de traer
a su perra mujer;
un gran recibo, en fin, que no se ve
desde los buenos tiempos de Noé.
Pero no se veían en los salones
ni ratas ni ratones,
que estaban en la barra de la fiesta
y al invitarlos: “Pasen adelante,
pues que la fiesta de la Raza es ésta”,
dijo un ratón tunante:
“¡Cómo no! La familia está dispuesta,
pero amarren los gatos de, la orquesta...”

La avispa y la abeja

La avispa, una mañana,
 llamó a la abeja “hermana”,
 y la abeja, enfadada, dijo: —Amiga,
 yo quiero que me diga
 ¿de dónde saca usted tal parentesco?
 —Caramba, tanta vanidad me crispa
 —replicóle la avispa—.

¿No ve que a usted en todo me parezco?
 Alas, corpiño, talle
 son lo mismo en las dos, y hasta un detalle
 demuestra nuestra idéntica extracción:
 exacto es mi aguijón a su aguijón.

—Cierto —dijo la abeja—
 a su aguijón el mío se asemeja,
 pero en el uso está la diferencia:
 la de usted es un arma de insolencia;
 de defensa es la mía,
 y mientras yo trabajo con paciencia,
 usted a todo el mundo desafía:
 ¿Somos hermanas? Dígalo en conciencia...

El loro pervertido

El loro de mi cuento
fue criado en un convento.
(Se ignora por qué causa estos volátiles
mordaces y versátiles,
que son unas esponjas
en recoger impúdicos vocablos,
agradan a las monjas:
obra, seguramente, de los diablos.)

Nuestro loro sabía
decir con voz gangosa Ave María,
coreaba trisagios y rosarios,
y hasta en veces el pico le metía
al piadoso latín de los breviarios.
Profesas y novicias y educandas
lo cargaban en andas;
era la joya del convento... Pero
quizá porque a la calle se escapaba
cuando la gente en la capilla estaba,
o por culpa del rudo jardinero
que no era propiamente un estilista,
sobre todo en ausencia de las monjas,
de palabras el loro hizo una lista

más ácidas y gruesas que toronjas.

Y claro está que al escucharle un terno
se aterraron las monjas, al Eterno
elevaron sus preces y sus brazos,
y el avechucho, aborto del infierno,
fue ultimado a escobazos.

Mas, libre el claustro del maligno huésped,
una cosa ocurrió de las más gordas
las niñas, por lo visto, no eran sordas,
y una vez que jugaban sobre el césped
las sorprendió una hermana vigilante
usando a su sabor, punto por punto,
el léxico picante
que le oían al pájaro difunto.

El pudor virginal es un tesoro
que está a merced de un loro.

La urraca y la golondrina

Escondía en un hueco cierta urraca
 un pedazo de alpaca,
 tela en alguna parte escamoteada,
 pues todo el mundo sabe
 que la urraca es un ave
 a la rapiña asaz aficionada.

La vio una golondrina, e indignada
 así la interpeló: —¿No te da pena
 hacerte de una cosa que es ajena?

Tu acción vituperable
 a las aves deshonra, miserable.

Respondióle la urraca: —¿Y tú quién eres,
 que de tan agrio modo me zahieres?

—Yo soy la legendaria golondrina,
 tantas veces bendita y alabada,
 la que besó la frente ensangrentada
 del Redentor, y le arrancó una espina.

Y la urraca ladrona
 le replicó, burlona:

—Hija, no sé por qué se me figura
 que eso es literatura;

jamás entre los pájaros se ha visto
 desinterés tan puro:

tú aquella espina le arrancaste a Cristo
 para colgar tu nido, de seguro...

Los dos caballos

Junto a un caballo de carrera
otro de coche así gemía:
—¡Que pésima suerte la mía!
Tiene este todo lo que quiera,
pienso fresco, ración de avena,
y descansar puede a su antojo,
mientras que a mí se me envenena
con sucias ramas de malojo...
¿Quién es más útil, sin embargo?
Yo debo tirar de mi coche
y se me ordena un trote largo
en el día como en la noche.
Si estoy en ayunas, ¿qué importa,
ni que se doblen mis rodillas?
Si un rato mi paso se acorta
lo pagan mis flacas costillas.
Con él, en cambio, ¡qué maneras!
Lo tratan como a una señora,
y trabaja, cuando hay carreras,
los domingos un cuarto de hora...
Pensó el pur sang: —Esto es conmigo
y dijo con acento inglés:

—Si mi oficio tan fácil es,
por qué no corre usted, amigo?
La moraleja está a la vista:
por la educación, por la raza,
unos sirven para la pista
y otros para el coche de plaza.

El novillo y el toro

Campeaba en un potrero
un novillo altanero
que hasta a su misma sombra le embestía;
y un toro, su maestro, le decía:
—Escucha este consejo
que es de un toro jugado, ducho y viejo:
elogios mil de tu bravura escucho
y es notorio que nada te intimida;
pero si quieres prolongar tu vida
no te señales mucho,
que la excesiva fama perjudica.
Lo dice Salomón y está en lo cierto:
“Más vale perro vivo que león muerto.”
Medita, pues, y este proverbio aplica:
yo de ser un cobarde mucho disto,
pero lo que es al hombre no le embisto.
Mas el novillo echólo en saco roto,
y una vez que un torero
a apartar un encierro fue al potrero
armó tal alboroto
y con tan fiero arrojo
embistió al trapo rojo,

que, a pesar de no haber edad cumplido
para toro de lidia, fue escogido.

De allí a poco en el circo fue toreado,
y cuando de embestir se hubo cansado,

rodó el bravo novillo

con tres cuartas de acero en el morrillo.

En cambio su sesudo compañero

vive, y está gordazo en el potrero.

El búho, el gato y el ganso

En perfecta armonía
cierto búho vivía
con un gato muy manso
y un ganso.

Pero su domicilio era una escuela
y oyendo lo que a diario se decía
llegaron a tener sabiduría
como esta fabulilla lo revela.

En una discusión,
el gato, categórico y rotundo,
decía: —Egipto es la mayor nación
que se ha visto en el mundo.
—Vaya, tus conclusiones no son buenas
—el búho respondía—;
a fe mía

que no ha habido otro pueblo como Atenas.

Y el ganso: —Pura broma:
nada en el mundo ha sido igual a Roma.

Entonces un ratón
de este modo terció en la discusión:
—El gato habla de Egipto entusiasmado
porque allí el gato era animal sagrado;

no hay dos villas tan buenas
en opinión del búho, como Atenas,
porque allí era adorado;
y como el ganso era divino en Roma,
la defensa de Roma el ganso toma:
en ésta como en muchas discusiones,
dirige el interés las opiniones.

Desquite de la cigarra

De Lafontaine acá,
el concepto moral variado ha
por mucho que se hable
de que nuestra moral es inmutable.

¿No recuerdas la fábula, lector,
en que aquel escritor
la aventura nos narra
que ocurrió entre la hormiga y la cigarra?

La cigarra en apuros,
llegó a pedirle en préstamo a la hormiga,
que era su vieja amiga,
una miseria, algunos cuatro duros
en especie, es decir, en provisiones,
le dice: —¿Tú qué hiciste en el estío?
La cigarra responde: —Yo, señora,
cantaba en el follaje, junto al río...
—¿Conque cantabas, eh? Pues baila ahora
y no me vengas a pedir lo mío.

Pues, señor, la cigarra,
en vez de dar al diablo su guitarra

y ponerse a guardar como su amiga,
ha seguido el consejo de la hormiga
y le ha despachurado de ironía,
puesto que hoy en día,
con cantar y bailar a todo evento,
no tan sólo asegúrase el sustento
sin mayores fatigas,
sino que tiene ahora provisiones
como para prestar a las hormigas
sin interés, ni burlas, ni sermones.
De lo cual se deduce claramente
que la moral actual es diferente,
pues aunque habrá quien lo contrario diga,
en la era presente
ser cigarra es mejor que ser hormiga.

El jabalí y los ruseñores

Un individuo rico, tonto y vano
—cualidades que suelen ir de mano—
creía el pobrecito
tener gusto exquisito
para todas las artes.

(Los ricos son lo mismo en todas partes.)

A su mesa sentaba cada día
un enjambre de músicos, pintores,
poetas, escultores,
gente que mucho hablaba y más comía;
y aunque nadie ignoraba cuántos puntos
calzaba en cosas de arte el personaje
rendíanle homenaje
y le nombraban juez en sus asuntos.

Un día que paseaba un caballero
por su gran parque, con el jardinero
—hombre prudente y bueno—
contempló un jabalí
que escarbaba el terreno,
pues los colmillos afilaba así.

En torno al animal
revoloteaban muchos ruseñores

dando al viento su canto celestial;
y el jabalí escuchaba a los cantores
con aire doctoral,
y daba con la testa
signos de aprobación o de protesta.
—¿Qué es esto? —dijo el rico—,
en verdad no me explico
cómo es que los Carusos del bosque
tienen de juez a un animal salvaje.
—Ah, señor caballero
—respondió el jardinero—,
ved cómo el jabalí con sus colmillos
saca una multitud de gusanillos
que se comen los pájaros al punto:
¿estáis ahora al tanto del asunto?

El erizo y los conejos

De su tierra, por una picardía,
tuvo el erizo que marcharse un día;
y al cabo, ya muy lejos,
dio en una madriguera de conejos
que, con gran cortesía,
oyeron el relato que les hizo
—bastante reformado, desde luego—.
Terminado que fue, dijo el erizo:
—Señores, yo les ruego
que vivir me permitan con ustedes
y me harán la mayor de las mercedes.
—Con mucho gusto, respondió el decano,
aquí se le tendrá como un hermano.
Entre nosotros reina el comunismo;
el derecho de todos es el mismo;
no hay ni tuyo ni mío.
ni se forma jamás pleito ni lío.
Cuando salimos a buscar la vida
o a jugar en la yerba, por cautela
cada quien es por turno centinela
que a sus hermanos cuida,
y si ve un cazador con escopeta

nos hace una señal ya convenida
y tocamos soleta.

Si le conviene así, sin ceremonia
ya se puede contar en la colonia.

El huésped dijo: Amén,
y hasta la noche todo anduvo bien;
pero después de la comida hizo
un movimiento rápido el erizo
e hirió con sus espinas a un conejo,
y cuando se volvió a pedir perdón,
con otro repitió la operación:
cada vez que el erizo se volvía,
dañaba a alguno de la cofradía.

—Yo, señores, lo siento
—dijo, viendo crecer el descontento—,
pero estoy hecho así, no es culpa mía.
—En ese caso —respondió el decano—,
ya puedes ir a trasquilarte, hermano.

La coqueta y la abeja

Joven, blonda y linda
y coqueta además era Clorinda.
Peinábase al espejo una mañana
con esmero, guedeja por guedeja,
cuando por la ventana
zumbando entró una abeja.
Con aspavientos cómicos la bella
le gritó a su doncella:
—¡Ven corriendo, Juanita,
y también llama al criado
para que maten este monstruo alado
que los nervios me irrita!
Pero la abeja loca
—o acaso inteligente
esquivando la gente
se fue a posar en la rosada boca.
Clorinda se desmaya y el sirviente
logra asir al insecto
y ya le va a causar un desperfecto,
cuando la abeja dice así: —Señora,
perdóneme mi error,
pues creí que esta boca era una rosa...

Al escucharla, en sí volvió la hermosa
y a su sirviente dijo:
—Perdonémosla, hijo,
ya que se excusa en forma tan sincera.
Además, la picada fue ligera...

El ermitaño, la guaca y el gavián

Uno de esos beatíficos cristianos
que, como a la materia no se avienen,
renuncian a los bienes que no tienen
para vivir de los de sus hermanos,
un ermitaño, en fin, por un camino
oraba y mendigaba, cuando vino
a molestar su oído
una grande alharaca:
eran los gritos de una joven guaca
abandonada en el paterno nido.
De una rosada nube
descendió —no un querube,
aunque éstos en las nubes siempre están—
sino un gavián
que en el pico traía el alimento
para el pájaro huérfano y hambriento.
—¡Oh, Señor providente!
—exclama el ermitaño emocionado—.
Para que no perezca un inocente,
débil y abandonado,
hacer altruista sabes
a la menos piadosa de las aves.
Con la tal lección, desde el actual momento

pongo, ¡oh Dios!, en tus manos mi destino
y esperaré que venga mi sustento
del cielo, como al pájaro le vino.
Se tendió panza arriba en el camino,
con la mente serena,
admirando la cósmica armonía;
pero llegó la noche y no la cena.
—Mañana —murmuró, —será otro día;
durmamos por ahora
sin cuidado ninguno.
Pero llegó la aurora
y por ninguna parte el desayuno.
Pasó ese día sin probar bocado,
y ya estaba escamado,
cuando oyó al gavián que le decía
a su tierna pupila de esta suerte:
—Ya estás bastante fuerte,
y puedes por ti misma, amiga mía,
volar y mantenerte;
por tanto ya de Dios cumplí el encargo:
arreglátelas tú, que yo me largo,
dijo y alzó su vuelo.
Nuestro ermitaño se paró del suelo,
empuñó su cayado,
movió el paso ligero
y en el primer poblado
se metió a mandadero.

Don Quijote, pastor

Una vez Don Quijote,
que en la caballería
tan sólo conseguía
una pedrada aquí, y allá un azote,
quiso vivir mejor
y se metió a pastor.

(Los pastores de antaño, ya es sabido,

llevaban una vida deliciosa):

lindo era su vestido,

su lenguaje, florido,

ora en verso, ora en prosa

y toda su labor no era otra cosa

sino tocar la flauta en *la* menor

y enamorar a una pastora hermosa:

¡vaya un oficio manso el de pastor!

El buen hidalgo, pues, cambió de traje,

compró un par de carneros

que pagó —¡alguna vez!— con sus dineros,

y escogiendo un artístico paraje,

un cántico entonó a la primavera,

por más que la estación de invierno era.

Hasta allí todo bien; mas pasó a poco

una gorda lechera
y, claro, nuestro loco
a sus plantas cayó diciendo: —¡Oh, Filis,
abandona un instante a tus ovejas,
o, por Dios, que sin ánima me dejas!
Mas la lechera era mujer de bilis
y de rudas orejas:
la cántara de leche levantó,
y en los sesos le dio...
De esta nueva aventura
otro apodo sacó:
Pastor de la Tristísima figura;
e hizo pensar a la manchega gente
que, a menudo, sanar de una locura
es cambiarla por otra, simplemente.

Apólogo

(Al intelectual Pérez, que quiere irse a Buenos Aires.)

¿De modo, amigo Pérez, que el proyecto
tienes de trasladarte a la Argentina
buscando mayor campo a tu intelecto,
y saber quieres lo que de ello opina
tu amigo predilecto?

Pues bien, para decirte
de indirecta manera
lo que a derechas nunca me atreviera,
un apólogo voy a referirte
en que vislumbres mi opinión sincera.

En el corral de solariega casa
sentaron dos cocuyos sus reales,
y, aunque de luz escasa,
eran allí minúsculos fanales
capaces de ponerse en evidencia
si la luna brillaba... por su ausencia.

Mas la ambición no es patrimonio tuyo,
según de lo que sigue se deduce,
y un buen día el cocuyo

más grande de los dos, al otro induce
a dejar el corral, donde no luce
su precioso fulgor como debiera,
y a intentar, en la sala, hacer carrera
pues “el medio los tiene apabullados”,
(mi cocuyo soltaba frases de esas)
y ambos “están llamados
a mayores empresas”.

En efecto, coláronse en la sala
una noche que acaso era de gala,
pues además del esmerado adorno
la sala estaba iluminada a giorno.

La luz de los cocuyos, por supuesto,
no se pudo poner de manifiesto;
antes bien, ocurrió que unas muchachas
que se fijaron en los dos insectos,
como sólo veían sus defectos,
los creyeron inmundas cucarachas
y armaron un escándalo; al momento
acudieron los criados;
los cocuyos murieron aplastados
y su fin es también el de mi cuento.

Si te parece que es el caso tuyo,
la lección que te doy no será mala:
¡qué difícil es, Pérez, que un cocuyo
alumbre en una sala!

Elogio del marrano

Como el de Asís, al lobo daba el nombre de hermano,
yo de modo fraterno te saludo, ¡oh marrano!
¡Oh tú que representas entre todas las bestias,
colmo de mansedumbre, espejo de modestias,
para ti un nombre lírico mi fantasía inventa:
“Violeta de la Fauna”, que de perlas te sienta.

Porque en chiqueros vives, juzga la gente necia
que eres hediondo, zángano, servil... Y te desprecia
y al desdén te resignas, quizá porque interpretas
que alcanzarán la gloria mañana tus chuletas.

El mundo cuando observa que andan ciertos señores
con la cabeza baja, los llama “Pensadores”;
pero de ti asegura que tu cerviz se aplasta
porque tienes vergüenza de tu cochina casta.

Búrlante porque saben que siendo grande y fuerte,
no hay miedo de que un día clames venganza y muerte:
¡tuvieras los colmillos de tu feroz hermano,
y adquirirías títulos para el respeto humano!
Al puerco, mofa y sátira; temor, al jabalí:
¿qué quieres, cerdo hermano?... Los hombres son así...

Y tú sigues conforme con la humana injusticia,
que hasta cuando te matan diz que te “beneficia”,
y en negros lodazales, hozas tu eterno esplin,
esperando que llegue tu fatal San Martín.

Pero para los cerdos también un Dios existe,
y yo te elogio, hermano, sufrido, sabio y triste;
porque si bien podrías ser agresivo y terco,
prefieres tu calvario de pacífico puerco;

porque te sacrificas para darnos chuletas,
cosa que nunca hicieron los más santos ascetas;
y, en fin, porque vestidos de tussor y tisú
hay señores muchísimo más cochinos que tú.

El balance de Eva

I

Mi humilde opinión sobre Moisés

Si yo me arriesgase a decir que Moisés fue un farsante, no faltaría quien me lapidara en pleno siglo XX. Y, sin embargo, hace más de seis que lo dijo llanamente cierto Federico de Suabia y Emperador de Alemania, y la gente lo tomó a donaire, en aquella era de achicharramiento para los heréticos. Y es que encumbrados caballeros, así en la Edad Media como en la que corre, siempre fueron muy dueños de interpretar los sagrados textos a su imperial antojo. A mí, simple ciudadano de una República democrática, me lapidarían, ya que no me achicharraran como a Arnaldo de Brescia o Giordano Bruno.

Ni tengo para qué exponerme a la pedrea, puesto que no comparto la opinión de aquel César. No creo que Moisés fue un impostor. Antes lo considero digno de admiración. Y no por haber pasado en seco el Mar Bermejo, ni por sus escenas de prestidigitación y pirotecnia; ni aun por haber sido el “hombre de confianza”, el manager de Jehová. Lo admiro por su ingenua teoría cosmogónica, que todavía tiene partidarios en la época del análisis y del libre examen.

Entre el autor del Pentateuco y el del Origen de las Especies, yo le concedo más mérito al primero. Moisés inventó; Darwin dedujo.

Pero el *condottiero* hebreo cometió un error garrafal, imperdonable—cuando no sea una infamia— al echarle a Eva la culpa de las desgracias de la humanidad. La experiencia de todo el período histórico nos demuestra que, como escribía un grave inglés, “los hombres han hecho siempre mayores travesuras que las mujeres”.

Quienquiera que medite unos minutos acerca de la fábula edénica comprenderá claramente: 1.º, que si la serpiente se hubiese dirigido a Adán, el éxito hubiese sido el mismo; 2.º, que a haber desechado Eva las insinuaciones ofidianas, poco habría tardado su marido en forzarla a ingerir la fruta de marras, y 3.º, que en el caso improbable de que ambos rechazaran la tentación, ahora seríamos sus descendientes unos infelices, con Paraíso y todo, ya que no conoceríamos el más divino de los goces humanos: el amor. El verdadero amor es una radiosa consecuencia de esa falta que tanto se le ha censurado a Eva, puesto que de sobra sabemos que, antes del pecado, las relaciones de la primera pareja eran, harto platónicas.

Todo esto es innegable. Pero la mayoría de los hombres no meditan, aunque ninguno lo crea así. Se atienen al criterio general. El más grave error de la psicología individualista es admitir que el hombre piensa. Lo que en él piensa es el medio. Esto ha dicho, más o menos, Gumplowicz. Y yo os lo cuento.

Hombres conozco, y todos conmigo, que se ríen de la Biblia y se dicen librepensadores; y, no obstante, siguen creyendo que “la mujer es la perdición del hombre”, lugar común que a las claras revela la factura mosaica.

Cuando estos sesudos sujetos leyeren mi librito exclamarán con una risita de superioridad: “¡Qué candidez la de este mozalbete que pretende conocer “ese enigma que se llama la mujer!” ¡Ya se encargarán ellas mismas de desengañarlo!”

¿Y bien, señores míos, cuando sucediese como decís y me engañasen dos o tres mujeres, probaría eso que las hembras son peores que los varones? ¿Quién habrá que no haya sido engañado por los hombres en escala mucho mayor? Nuestro gran poeta Arvelo Larriva lo sintetizó en un magnífico soneto:

“Tras el Cristo sólo marchaban doce:
por uno fue negado, por otro fue vendido
y los demás huyeron del huerto sorprendido.”

Y esto es lo que no admite la casi totalidad de las gentes a través de cuyos indolentes cerebros sigue hablando Moisés.

Hay más: las mismas mujeres, las perjudicadas, creen a pie juntillas que son ellas las únicas responsables de las desgracias del mundo... ¡pobrecitas!

Yo escribo estas cuartillas con el único propósito de echar por tierra esa falsedad. La combatiré en todos los terrenos: histórico, científico, filosófico, literario. Y tengo la convicción de que la destruiré. Sino que Moisés era lo que se llama un hombre serio, mientras que yo tengo fama de lo contrario. Y a él darán mayor crédito. De todos modos, siempre tendrá mi intento mucho de caballeresco. Moisés, en cambio, era un ingrato y un mal caballero. Lo uno, porque antes de culpar a la mujer debió considerar que mujer, ¡y faraona!, fue quien le salvó la vida y le dio buena crianza; lo otro, porque difamó, no sólo de una sino de todas las mujeres, que todavía sufren las consecuencias de su villana calumnia.

Esto rehabilita a Darwin en el paralelo antes presentado. El naturalista inglés era todo un gentleman.

Tales son, pues, los cargos que hago al venerable Moisés. Que él me perdone, si no es que reflexionando mejor en el seno de Abraham (que tiempo y tranquilidad no le habrán faltado) ha comprendido ya su yerro.

Todo, por supuesto, en el caso de que Moisés haya existido.

II

Que comienza como el anterior

Si yo le dijese llanamente a cualquiera que su madre, su abuela, o siquiera su esposa, es una pájara embustera, curiosa, voluble, lasciva, deslenguada y otras lindezas más, tengo por seguro que esto me ocasionaría cuando menos un desarreglo dental. Sin embargo, este mismo individuo acepta pacíficamente que “la mujer” está dotada de tales cualidades características.

¡Qué estupidez!

Cuando digo que los perros ladran o que las urracas son ladronas, claro es que me refiero a lo que hacen siempre todas las urracas y todos los perros, por más que bien pudiera haber algún can afónico o una urraca intachable. Pero en tratándose de mujeres, la cuestión varía, y mucho. Todos de acuerdo en proclamar que la madre de Fulano, la de Zutano y la de todo el mundo son unas santas. Lo cual no empecé para que el lugar común bíblico siga a la orden del día. Creo que cualquier mono bien educado raciocinaría con más lógica.

Por esto, y aunque lo juzgo prolijo, voy a examinar uno por uno los estigmas que, según el general y obtuso criterio, son inherentes a la naturaleza femenina.

Desde luego, si descartamos con la ciencia moderna la pueril hipótesis de las creaciones especiales, es evidente que entre el hombre y la mujer no hubo en un principio más diferencia que la del sexo. Y aun ésta no lo es propiamente, sino dos aspectos de una misma cosa. El hombre primitivo, el de las primeras bandas que aparecen sobre la tierra

en el período terciario quizá en el cuaternario, no ha alcanzado un grado de evolución superior al de la mujer. Esto nadie lo discute entre los científicos, a cuyo lado me pongo, ya que nadie se ha dignado ponerme.

Pero como la telaraña mosaica sigue oscureciendo los ojos de la mayoría, demos por aceptado el cuentecito bíblico a fin de batir al contrario en sus propias trincheras.

En primer lugar, ¿es la mujer más lujuriosa que el hombre?

La Biblia nos cuenta que Jehová formó a Eva de una costilla de Adán, mientras que a éste lo hizo de barro. Así, pues, para asentar que por su origen, la hembra es lasciva, preciso es suponer que la costilla adánica contaba la lujuria entre sus componentes. O, como suele decirse, que Adán tenía ese vicio en los huesos. Y de sobra, como para darle a su señora...

Ya quisiera yo ver cómo rebatirían este argumentillo los señores exégetas, casuistas y demás gente ociosa y lenguaraz.

Lo expuesto en cuanto a la primera pareja; pero saliéndonos del Paraíso, fácil es comprobar que la culpa de todos los pecados de lujuria que se han cometido de entonces a esta parte es imputable a los hombres, con honrosas excepciones.

Para significar decentemente que estos pecados decimos que tal mujer “ha caído”. Prueba táctica de que el hombre la ha empujado. Y si convenimos —como es cierto— en que “la mujer es débil”, no es más villanía achacarle la culpabilidad de su caída?

Cierto es que los hombres —los hombres de veras— no ejercen la lujuria profesional, como esas infelices a quienes la Fatalidad —nombre que encubre muchas veces la brutalidad de los hombres— obliga a traficar con su pobre carne maldita; pero es que para ellas están cerrados casi todos los campos de la actividad en los que pudieran vivir de honesta manera.

Si en ciertos momentos críticos de su vida la mujer no encontrase interceptándole el camino, al hombre fuerte, al competidor mejor dotado, la prostitución no sería más que un espantajo.

Pero hasta hoy y no va en este medio incalificable, sino aun en los centros ultracivilizados en París, en Londres, la mujer que quiera como dice un novelista inglés contemporáneo “marchar con los pies limpios a través de las calles de la experiencia, se halla en terrible inferioridad respecto al hombre”. Es expoliada, sobrecargada de trabajo, aplastada bajo la competencia masculina. Todo esto lo expresa la palabra inglesa que indica, en la mayoría de los casos, las relaciones entre patronos industriales y mujeres por ellos empleadas: el *Sweat-System*, que puede traducirse “Sistema para sacar el jugo”.

En lo tocante a lujuria, Adán le ha dado siempre quince y raya a Eva. Veamos otra Imputación: la curiosidad.

Dime, lector inteligente y culto: ¿Crees tú que la curiosidad sea cosa vituperable?

Apuesto a que me respondes en esta sustancia:

—No, señor, por el contrario, la curiosidad es la madre de la ciencia y del progreso. Sin ella probablemente estaríamos todavía en el hacha de obsidiana.

—¡Bravo! Eso es tener valentía de pensamiento, triunfo sobre la rutina, etc.

—Sí..., pero... se trata de la curiosidad masculina...

En efecto—reza el lugar común—, la curiosidad de la mujer es el peor de los males. Y dale con que por la curiosidad de Eva se perdió el Edén, porque los hombres, holgazanes de suyo, añoran todavía aquel jardinazo donde no se conocía el trabajo.

Así raciocinamos: lo que es una virtud en Adán, resulta un delito en Eva. ¡Viva la equidad! Los griegos, despreocupados y observadores, jamás

creyeron que la curiosidad fuese un defecto. Impulsada por ella abre Pandora la caja que contenía todos los males. Luego la curiosidad que no estaba adentro—como diz que apuntó cierto príncipe precoz—no era un mal en aquel entonces. Y cuenta que la Pandora era toda una mujer.

—Pero hemos dicho que la curiosidad bien entendida, la curiosidad científica es mas bien digna de encomio.

—Y qué, ¿no fue científica la de Eva? ¡Ya lo creo, puesto que se trataba de investigar la Ciencia del Bien y del Mal. ¡Una bagatela!

Si en vez de Eva hubiese sido Nietzsche la compañera de Adán—y usted perdone, Don Federico—diríamos todos que su curiosidad había sido santa, y loable. Todos, menos Adán.

Vengamos ahora a la época actual, y admitido que la curiosidad sea un defecto, preguntemos: ¿Dónde se prueba que la mujer es por término medio más curiosa que el hombre?

Como no sea en los folletines o en la cháchara de predicadores ultramontanos.

El niño varón suele romper sus juguetes para ver lo que tienen adentro”. No hay muchachita capaz de abrirle el vientre a su muñeca para averiguar si tiene tripas.

Se cuenta de un inglés que seguía de pueblo en pueblo a un circo trashumante para hallarse presente el problemático día que una de las fieras le diese el finiquito al domador. ¿Cuál es la mujer capaz de tanto?

Ahí está, por último, Cervantes, que en *El curioso impertinente* enseña cómo el hombre se labra su propio infortunio a fuerza de averiguaciones y atisbos insensatos e inútiles.

Y nada digo de Santo Tomás que si no tocaba... narices.

Ni de los hombres que se van al polo. Ni de los que están años y más años averiguando cómo viven las orugas.

Si la curiosidad es vicio, no es la mujer quien la posee en grado superlativo; y si fuere virtud, ¿por qué la censuramos en la mujer?

Pasemos a la mentira. En la bíblica leyenda, ni Adán ni Eva mintieron, que yo sepa. Esta se limita a referir a aquél, sin comentarios, lo que dice la serpiente. Y todavía, en descargo del arrastrado animal, se puede afirmar que no mentía tampoco cuando le dijo a la mujer que “sus ojos se abrirían y serían como dioses”. A diario nos cantan lo mismo los poetas eróticos, sin que nadie les diga que mienten.

Para mí tengo, Dios me perdone, que el autor de la primera mentira fue el honorable Jehová cuando engañó al matrimonio diciéndole que la manzana era mala de comer. ¡Buena y muy buena, sí, Señor, que ya lo tenemos comprobadísimo!

Lo que sí parece claro es que Adán mintiera en seguida para explicarle al Señor su Dios que había sido brutalmente seducido por su compañera, quien le obligara a comer. ¡Guasón! Por fortuna Jehová no se andaba con chiquitas, y con castigarlo como lo hizo demostró que no creía jota de lo que le contaba aquel fornido individuo que se decía violado por su consorte.

Y de aquí un símbolo con el que no contó Moisés: la patraña de Adán es la primera carga que el varón impone sobre los débiles hombros femeninos en señal de una servidumbre que se perpetuará a través de las edades; que hará de la mujer un ser fisiológicamente mal preparado para rivalizar con el hombre; que le estorbara el acceso a los pianos intelectuales, para hacinaría en el claustro homicida o relegaría al caserón melancólico y aburrido, cuando no al oprobio de la casa de lenocinio.

Pero, aparte la prioridad de invención de la menina, fuerza es convenir en que son las mujeres quienes mienten mas a menudo. Sólo que la mentira femenil no suele ocasionar grandes daños, antes viene a ser una gracia mas, detalle seductor de su psicología encantadora.

Las grandes mentiras siempre salieron de las bocas barbudas. Es asunto de hojear la Historia, sobre todo en lo que a tratados y convenios atañe, para quedar plenamente convencido. San Pedro era lo que se llama un buen hombre —¿verdad que lo era?—. Y con todo, mintió. Y no una, sino tres veces. Y si no es que el gallo canta a la tercera, quien sabe los embustes que habría ensartado aquel santo varón.

“La mujer es pérfida como la ola...” ¡Bah! Metáforas. ¿Qué nos engañan? Sí, a veces. ¿Pero es que nosotros no hacemos lo mismo y con mayor frecuencia?

¡Ya lo creo! Pero una cosa son los hombres y otra las mujeres. Perogrullo lo sostiene. Don Juan es un simpático personaje. Magdalena, una mala mujer. ¡Bien anda el mundo!

En cuanto a volubilidad, la verdad es que andamos de quién?, quién. Tan veleta es Juan como Juana, sino que a la veleta macho la ensalzamos, en tanto que se vilipendia a las veletas hembras.

La *donna e movile*, canta el príncipe seductor. Y el público se traga la especie, como de costumbre, sin masticarla. Y sin recordar que ese mismo caballero no tiene otro oficio que el de andar a caza de las tales *donnas*. Verdad es que las veleidades femeninas fueron siempre origen de serias calamidades. Pero si no hubiese establecido la brutalidad viril que lo que es elegante para su sexo haya de ser criminal para el otro, nunca el adulterio hubiera ensangrentado el planeta. Suerte es que nos vayamos civilizando. La Civilización es enemiga de Otelo y lo matará con un puñal más temible que el que asesinó a Desdémona: el ridículo.

Ya son muchos los que se avergüenzan de proceder en casos tales como aquel negrazo bárbaro. Y así ganará el mundo, tanto en sangre ahorrada como en población multiplicada. Y seremos más felices.

Aunque bien pudiera ser que de nuevo el terror malthusiano conmoviese a la humanidad.

Pero, ¡cal!, ancha es Castilla, que decían nuestros abuelos.

III

La inferioridad mental de la mujer

A despecho de su seriedad indiscutible, Schopenhauer hacía chistes. Mas sucede que cuando un hombre es alemán y filósofo, y está dotado por añadidura de luengas barbas venerables, hasta sus chascarrillos imponen respeto. Porque ¿cuál otro dictado merece su definición: “La mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas”?

Pitorreos del señor Schopenhauer. Como guasa era también aquello de que mientras más conocía a los hombres, más le gustaban los perros.

Si no habría que pensar que el ilustre autor de tantos librotes tenía un criterio semejante al de cierta señora que proclamaba que “los hombres y las mujeres son la gente peor del mundo”.

No creo, pues, que Schopenhauer quisiera hacer otra cosa que un gracioso juego de palabras con su definición de la mujer, pero si no obedeció en esto a esa irresistible necesidad del chiste, que aun a los teutones suele arrastrar, peor para él. Aquí estoy yo para atacarle, que no me curo de dogmas ni de reputaciones filosóficas, ni menos me asustan sus desmesuradas barbas, así le diesen tres vueltas a su mesa de trabajo, como es fama que le acaeció *post-mortem* al Emperador Barbarroja.

Convengo en que la inferioridad natural de la mujer haya sido manifiesta hasta hace unos dos siglos. Hasta entonces las cumbres del pensamiento sólo ostentan nombres masculinos. Pero ¿por qué? Porque a la mujer se le ha prohibido pensar, ejercitar su facultad intelectual, como no fuera en pegar botones y rezar avemarías.

La mujer intelectual es un producto novísimo. Ayer no más se creía generalmente que la mujer era incapaz de escalar los altos peldaños de la Ciencia y del Arte.

Esto es lo que hace que todavía hoy, cuando se nos informa que Mme. Foulaine ha escrito una buena novela, o que Miss Zootane ha sido recibida en la Academia de Medicina de Pensilvania, sacamos un palmo de lengua como si oyéramos relatar las proezas del mono Cónsul.

No hay que hacerse ilusiones, caballeros. Si la mujer es lo que es todavía, ello se debe a la vergonzosa esclavitud a que ha vivido reducida. Esclavitud material las más veces; intelectual siempre.

La Libertad, la santa, la imprescindible Libertad, no reza con ella.

¿Sabéis de alguien que haya proclamado nunca los Derechos de la Mujer?

Cierto que en algunas partes, especialmente en Norte América, goza ya de prerrogativas de ser pensante. Pero aún le falta mucho que conquistar, y, sobre todo, mucho que pensar para alcanzar el nivel hombre.

Empero el día llegará. Eva comprende que mejor le está quebrantar su cadena secular que la cabeza oblicua de la serpiente. Y ya conocéis el adagio francés: *Ce que femme veut...*” Acaso antes que la esperada y temida reacción del cuarto estado, sobrevenga la emancipación del sexo esclavo.

Y yo vaticino que cuando a la mujer le sea dado pensar tanto y tan bien como al hombre, cuando se aproveche esa mitad que hoy se pierde de potencia intelectual, el conocido “Carro del Progreso “ marchará con una rapidez, por lo menos, doble.

IV

Carlomagno con faldas

Conocido de todos es el rencor despreciativo que destila el Antiguo Testamento contra la mujer; pero si en los mismos días que corren civilizados, como nos decimos, todavía no la hemos rehabilitado, ¿qué milagro era que pensara peor la horda israelita, gente bárbara y mal nacida?

Sólo cuando el anacronte bíblico, Salomón —que por algo era sabio— alza su armonioso canto por sobre el guirigay de imprecaciones y lloriqueos judaicos, aparece en la Biblia el primer homenaje sincero al sexo bello y noble, y todos los lirios del Cedrón caen a las plantas de la Esposa.

¡Y eso que era negra!

Aunque no venga a cuento, haremos una observación, y es que la cuestión de superioridad de la raza blanca era ya cosa aceptada por los negros en los remotísimos días de Salomón. Canta la Amada: “Negra soy, pero hermosa”. Ese pero es aplastante para la “gente de color”...

No aparece el amor, ni por tanto la verdadera dignificación de la mujer, en los primeros tiempos del teatro griego. Es resorte ignorado de Esquilo y de Sófocles y, aun este último no lo experimentó jamás, puesto que en una interviú que le hicieron acerca de tan delicada materia respondió: *A domino agresti ac furioso profugi*.

El amor sólo entra en escena con Eurípides. Pero de esto no se deduce que los griegos tuviesen de la mujer el mismo concepto que los israelitas: ¡Aquéllos sí eran unas personas decentes!

Lleguemos al Evangelio. El paladín de los oprimidos es también, y por eso mismo, el campeón de la mujer. Jesús es el verdadero fundador

de la caballería andante; y aunque nada mejor hubiera hecho, merecería bien de la patria humana.

Sobre la cabeza de María de Magdala, de la Adúltera y de la Samaritana, fluye incansable, el óleo bienhechor de la piedad nazarena. Jesús desautoriza a Moisés. Eva triunfa bajo las blancas tocas de María: Mater Dolorosa.

Por desgracia he aquí a la Iglesia que, mal que le pese, sigue siendo mosaica, y como tal, antifeminista. Y la mujer vuelve a ser la hembra impura, el pecado vivo, el infierno ambulante. Y no le permite leer, ni escribir, ni pensar, ni moverse como todo el mundo, ni mucho menos gozar de la vida como la otra mitad de la especie.

Los más caracterizados entre los Padres de la Iglesia se destacan en invectivas contra la hembra. Agustín la odia; Jerónimo y Antonio le echan la culpa, de sus revolcones, el uno, de sus insomnios, el otro; Bossuet le recuerda que no es sino un hueso supernumerario”.

Toda la responsabilidad de los pecados de la carne recae sobre ella. También los borrachos suelen maldecir de la botella, como si el licor pasara a sus cuerpos, no por efecto de su voluntad, sino por una suerte de endósmosis misteriosa e ineludible. La mujer le debe a la Iglesia su inferioridad de todos los tiempos. Bien lo sabe ella; y, sin embargo, es su más fuerte baluarte desde que se desacreditó entre los hombres el famoso pateo de Carlomagno. Y más aún. que tanto el carlovingio como sus sucesores derivaban ventajas, y no escasas, del convenio. Era un asunto de toma y daca.

Eva. en tanto sostiene a la Iglesia con absoluto desinterés y la ama con esa abnegación que es fundamento de la psiquis femenina y que bastaría a destruir todas las imperfecciones que le atribuye esa misma Iglesia, objeto de sus desvelos y sacrificios.

V

La mujer-judas

Hagamos otra incursión al Paraíso. Ya dijimos cómo Adán, que era todo un sinvergüenza, traicionó a Eva cuando Jehová inquirió la causa de su repentino pudor.

—La mujer me engañó —gimoteó el muy zángano, creyendo desarmar a Jehová; como los chicos de primeras letras ante la paleta del dómine.

Así fue la primera traición que presencié el mundo; Y toda su historia posterior nos autoriza a creer que si Adán hubiese sido el tentador, jamás le hubiese delatado su consorte.

Todos los traidores de importancia han sido varones. La mujer-Judas no ha existido nunca.

Bien habrá acontecido que por culpa de algunos labios femeniles trascendiera lo que secreto debió quedar; pero en tales casos podrá decirse que hubo indiscreción, ligereza de lengua o lo que se quiera, salvo traición.

Porque en este delito, como en todos, es a la intención a la que debemos mirar. Es traidor el que falta a la fe jurada, cediendo a un innoble deseo de lucro, miedo o venganza. Y todavía, cuando no obedezca a una villana ambición, la deslealtad puede perder su carácter asqueroso.

Y es el caso de que la mujer suele ser, por naturaleza, insobornable. La codicia no es su flaco. Acaso ame el dinero, pero no por el dinero mismo. Eva no hará dos jornadas en el camino de Cipango. Harpagona no resistiría a la atracción de las vitrinas de Paquín.

Sí que habrá alguna vieja que rellene de morocotas su gato; o alguna Celestina sin entrañas que extorsione a sus desvencijadas pupilas; pero hasta esos mismos raros ejemplares de la codicia femenina están siempre dispuestos a soltar el vellocino a poco que se les rasque la cuerda sentimental.

De aquí que las mujeres no son traidoras sino en amor, y eso nunca tan a menudo como los hombres.

Una dama que haya engañado a cinco caballeros puede ser considerada como un caso patológico. Pobre Don Juan, en cambio, el que sólo cuenta cinco seducciones en su hoja de servicios.

Sin contar con que la esposa fiel no es un ave oriental, despecho del teatro francés; al paso que no ha nacido todavía el marido que no se la pegue a su costilla.

Podemos, pues, afirmar en tesis general que la mujer no es traidora, ni pérfida, ni cosa que lo parezca.

No lo dice la historia, pero yo tengo para mí que la traición del conde Julián, si la hubo, debió de ser causa de una endiablada trapatiesta conyugal. Como creo que también si Judas hubiese sido hembra, Jesús hubiera tenido que entregarse voluntariamente.

La mujer-Judas habríase enamorado del Maestro de las palabras de esperanza y amor. Ni el sueño la hubiera rendido en Getsemaní, ni apostrofado el gallo a las puertas del Pretorio.

Todo el que, aparte asuntos amorosos, apele a la lealtad de una mujer, puede descansar en confianza. Convengamos en que no siempre puede esperarse otro tanto de los hombres, aun de los que se llaman enfáticamente “hombres de honor”.

Desde aquí oigo las carcajadas que soltarán los “hombres prácticos” cuando supieren que cierto sujeto asegura muy en serio que la política y

la diplomacia, ganarán considerablemente el día que las mujeres metan baza en tales negocios.

Sí señores. Reíos cuanto queráis de la inexperiencia y del candor de ese ginólatra bobarrón.

Soy yo quien lo dice.

Y detrás de mi está el tiempo, que ha reventado muchas ironías...

VI

Nueva luz sobre dos incendios

En la historia antigua la fábula, la exageración, la parcialidad entran por mucho. Con lo que habrá ganado, de seguro, la poesía, pero a expensas de la verdad histórica. Ni es de extrañar que así sucediera en tan remotos tiempos, puesto que de lo mismo adolecen muchos relatos que no distan de nosotros cuatro siglos. Basta para convencerse de ello leer las narraciones de la Conquista de América. Escribe, por ejemplo, Fray Pedro Simón, que por estos andurriales había indígenas gigantescos con descomunales orejas, que les llegaban a los pies, y debajo de las cuales cabían holgadamente cuatro o cinco hombres. Así se escribía la historia.

Además, el estudio de las causas determinantes de los sucesos y de los móviles que guiaron a los hombres en sus actos trascendentales, es cosa modernísima.

No sería cuerdo, pues, creer sin restricciones lo que nos cuentan Herodoto, Jenofonte o Suetonio. Y menos Homero, de quien ni siquiera se sabe que existiese.

Por esto dudo mucho yo que Nerón fuese el monstruo que los narradores cristianos nos pintan. Esto sin creer que haya sido un buen sujeto, ya que Marco Aurelio le vitupera; pero apostarí a que le han calumniado en muchos de los pavorizantes delitos que se le atribuyen. Y sobre todo, en lo relativo al incendio de Roma.

Porque, una de dos: o no tuvo parte en el incendio, o lo ordenó con algún importante fin político. Y necio será quien creyere que Enobarbo —que era un gallina, según sabemos—, iba a arrostrar las iras de Roma

y otras peligrosas consecuencias por darse el estúpido gusto de cantar en el incendio.

Nerón distaba mucho de ser un ganso, diga lo que quiera Petronio, que lo zahirió después de haber perdido su valimiento y después de largos años de lisonja perpetua. Testimonio sospechoso. A más de que, así fuese mal poeta, no hay constancia de que fuera mal político. Que malo y aun pésimo tenía que serlo para ordenar aquella barbaridad sin que mediasen graves consideraciones muy otras de las que se alegan.

—Convenido —dirá quien me haya seguido hasta aquí—; ¿pero qué tiene que ver todo esto con *El balance de Eva*?

Pues sí que tiene. Como que es un argumento de primera para demostrar que Helena, la consabida Helena, no tuvo mayor culpa en la guerra de Troya. Pretexto y nada más.

Hartos estamos de oír que por Helena ardió Troya”; pero este incendio, como el anterior, debemos recibirlo a beneficio de inventario.

El criterio histórico y sociológico moderno estima que las guerras, aun las más románticas en apariencia, siempre fueron originadas por motivos mucho más prosaicos.

Ni las mismas cruzadas, turbiones de idealismo a simple vista, escapan a la ley general. El papado las encendió, porque necesitaba reanimar con la llama del fanatismo su poderío, debilitado por los emperadores.

Vieja costumbre la de empuñar las armas en nombre de los más sagrados principios. Vibre la lira épica. Inflame el acento pindárico los corazones entusiastas. Atruene el huracán de literatura heroica y altisonante.

Entre tanto, en sus gabinetes burgueses ajenos al torbellino emocional, con la gelidez característica de la sabiduría, ciertos señores eruditos de apergaminado corazón estarán escudriñando papelotes y haciendo números para demostrarnos, cuando llegue el reposo, que todo el

epinicio era pura bambolla, y el motivo de la matanza mucho más político o económico que sentimental.

Es lo que sucede siempre. Detrás de Rouget de Lisie está Hipólito Taine.

Sobra de razones tenemos, por tanto, para pensar que la guerra de Troya obedeciera a las mismas causas que ocasionan las actuales. Por su poderío militar o mercantil Ilión le pesaba a Grecia como Cartago a Roma. “No cabían las dos en el mundo”, como decían los folletistas.

Así las cosas, llega el hijo de Príamo, un Yokanahan del donjuanismo, se enamora de la mujer de Menelao, que así sería ligera de cascos, y cargando con ella suministra el pretexto de ruptura.

Yo llamo a esto “el incidente de Paris”, como decimos hoy “el incidente de Sarajevo”. Y no me maravillaría si algún arqueólogo desenterrase un día la prueba irrecusable de que el propio Menelao, u otro de los Atridas más intrigantes, preparó la trampilla del rapto. No hay que olvidar que por allá andaba Ulises, el inventor del caballo trufado...

De todos modos, ya que no conozcamos con exactitud la causa determinante del conflicto greco-troyano, sí debemos abstenernos de creer la pueril patraña de que varios soberanos, de seguro rivales, se lanzaron a una terrible guerra sólo por castigar el agravio inferido a uno de ellos en sus fueros conyugales.

La responsabilidad de Helena ante el verdadero criterio histórico es completamente baladí. Y frente al empirismo poético de los que dicen que “por Helena ardió Troya”, se alza inexorable el raciocinio moderno para proclamar este grave fallo.

La guerra de Troya no fue una cuestión de faldas.

VII

Nueva historia de Dalila

En mi empeño de rehabilitar víctimas históricas, he reconstituido la auténtica historia de Dalila, la valerosa sansonicida, sin apartarme para nada de lo que sobre esto relata el libro de los Jueces. Diferimos sólo en las conclusiones.

Desde sus verdes años Sansón revélase como un destructor rabioso. Le da un abrazo a un león y lo revienta.

Poco después, y por un quítame allá esas pajas, reúne trescientas zorras, cola con cola, y entre cada dos un artificio pirotécnico, y las lanza en medio de los sembrados filisteos, con lo que se quedaron los pobres sin un maíz que asar.

Otro día, y por vía de pasatiempo, se echa al hombro las puertas de la ciudad de Gaza, y deja a los vecinos en la calle...

Y en cuanto a matar filisteos con una quijada de burro, arma de su predilección, ya podemos reírnos de la fantástica turpinita. Caían como moscas.

El coloso israelita es una imitación adulterada del Hércules griego, sólo que sucedió en esto como en el cuento del Príncipe Narigudo. Para que los chicos del reino se asemejasen a este Príncipe, modelo de virtudes, las mamás les estiraban las narices. Con lo que sacaban el defecto y no las cualidades.

Sansón tiene la fuerza de Alcides y nada más.

Este la pone al servicio de la justicia y se hace el campeón del derecho. El nazarita no obra sino impulsado por su interés personal. En resumen, Sansón era un bandido formidable.

Y de entre los filisteos, pavorizados por las fechorías del monstruo, surge una mujer heroica que se ofrece a libertar a su pueblo.

Es una débil muchacha que no teme los arrebatos de aquel hipopótamo, ni siente náuseas cuando le acarician las manazas jayanescas que exterminan a sus hermanos.

Engañada tres veces por el forzado, otras tantas vuelve a la carga, hasta que obtiene el secreto que salvará al pueblo filisteo.

¿Hizo algo más noble Judith cuando despachó a Holofernes? No, sino que Holofernes oprimía a esos buenos israelitas en tanto que Sansón asesinaba y devastaba en el nombre del Dios de Abraham.

Imagino yo la apoteosis que le organizarían a Dalila sus coterráneos el día que le dejó al gigantón la cabeza como rodilla de beata.

Loor y gloria a Dalila, la abnegada, la heroica, la elegida de... (aquí el nombre del dios en boga para aquellos días).»

—¡Dalila es más fuerte que el fuerte entre los fuertes!

—¡Sansón mató diez mil; Dalila acabó con Sansón!

Y si los filisteos gustaban de reunir asambleas, es indudable que ese día los representantes del pueblo declararon que la ciudadana Dalila había merecido bien de la Patria. Los judíos, en cambio, nos la presentan como una pécora alevosa a quien los príncipes filisteos pagaron para que los librase de aquel santo varón, cuyo único defecto era el de pegar duro.

Que David destruya a Goliath y todo estará muy bien y para mayor gloria de Dios, por más que el gigantesco filisteo ninguna barrabasada hubiera hecho de las que inmortalizaron a su colega Sansón.

Por fortuna, la gente reflexiva se dará ahora cuenta de cómo ocurrieron las cosas.

Y Dalila tendrá un altar en todos los corazones nobles, puesto que ella, la mujer abnegada y valerosa que desarma al coloso sanguinario y

destructor, es el símbolo perfecto del Amor que triunfa sobre la Fuerza Bruta.

Véase lo que vale analizar en frío. Donde se nos quiso servir una imagen odiosa de la mujer, hallamos un argumento de los más poderosos en su favor.

La verdadera historia de Dalila es un ditirambo a Eva.

En el nombre de la Civilización y del derecho del menos fuerte, yo te bendigo, Dalila, destructora de gigantes, desfacedora de entuertos, Nuestra Señora de las Sacras Tijeras...

VIII

La moral del embudo

Que la Moral la hicieron los varones es cosa que no deja lugar a dudas. La prueba .es que se atribuyeron la consabida parte del león, muy especialmente en lo que toca a la moral conyugal.

Pero también es seguro que entre los fundadores de la moral no había ningún yanqui. Uncle Sam, que es el más. civilizado de los mortales, entiende el honor a su manera. Cada cónyuge con su honor propio y el que faltará no deshonra al otro. Y nada de tragedias. Adiós. Adiós.

Y los yanquis son más felices que los demás humanos. Esto lo sabe todo el mundo. Lo que no obsta para que los demás sigamos con nuestra honra pendiente de la carne femenina, a la que, por ser más débil, se le exigen las mayores pruebas de fortaleza.

¿Es esta la moral cristiana? Mentira: es la moral leonina.

Y necia, además, que a la postre son los hombres quienes se juegan la vida en las tragedias de este jaez.

Vamos al Evangelio y yo os referiré de una manera especial el sabido episodio de la mujer adúltera.

Una clara mañana galilea. El Maestro habla de amor, de piedad, de sacrificio. Súbita irrupción de fariseos que arrastran a una mujer desgredada y llorosa.

—¡Adúltera! ¡Adúltera!... Castígala... —aúlla la turba enfurecida.

Jesús alza los ojos mansos, la mira, escribe algo sobre la arena.

El odio farisaico no se da por vencido.

—¿Qué castigo le daremos, Señor? La ley ordena apedrearla...

Levántanse de nuevo los serenos ojos, y la boca de la dulce justicia responde:

“Aquel de vosotros que se hallare sin pecado, que arroje la primera piedra.”

Y tornó a escribir sobre la arena. Todos se marcharon, uno a uno, confusos, despechados.

Y cuando sólo quedó la pecadora estupefacta, el Humanísimo fue a ella y le dijo:

—¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

—Ninguno, Señor...

—Ni yo te condeno. Vete y no peques más.

Esto hizo Jesús. Y no la castigó con palabra infamante, El, que lapidara a los fariseos con el mote de “sepulcros blancos”; ni esgrimió contra ella el látigo con que fustigara a los mercachifles irrespetuosos.

Y lo que nadie, ni sus mismos discípulos se atrevieron a publicar, lo que el Hijo del Hombre escribió sobre la arena, yo tampoco lo sé: pero por mi ánima que debió de ser algún anatema formidable contra la bárbara justicia de los hombres implacables; algo más tremendo que el epíteto a los fariseos y el latigazo a los mercaderes: un precepto nuevo y sapiente que era menester ocultar y destruir, so pena de que viniese a tierra todo el edificio de mentiras y despotismo que la estulticia gregaria denomina “justicia humana”.

Ya veis lo que pensaba Jesús sobre el adulterio hace unos dos mil años.

Y Jesús no era yanqui...

Pero era hombre. Aún más: era El Hombre.

Ecce Homo, que dijo Pilatos, sin saber todo lo que se decía.

IX

Tres etapas

En su notable libro *L'Evolution de la Morale*, el sabio Letourneau establece que a la influencia de la mujer le debe la humanidad el haber abominado de la antropofagia, característica de la moral salvaje.

En la mayoría de los pueblos antropófagos les está vedada la carne humana a las hembras, con lo que se produce en su cerebro una sensación de repulsión por el canibalismo. Grabándose cada vez mejor esa sensación, merced a la facultad de impregnación de las células nerviosas, determina una tendencia contraria a la antropofagia, y por último esta tendencia se transmite a las generaciones posteriores.

Digo, ¡y no es poco lo que le debe la civilización a la mujer! No hubiera sido su influencia benéfica, y andaríamos por ahí comiéndonos unos a otros. Y no metafórica, sino literalmente.

Y va una...

La Edad Media es un huracán de hierro que hace temblar a Europa durante seis o siete siglos. Nunca fue el hombre más cruel para el hombre. Recién despierto del amoroso sueño mecánico, empuña el hacha y se monta a horcajadas sobre la cruz.

Hombrachones de ojos felinos y barbas aspérrimas, semicubiertos con terríficas pieles, aparecen por dondequiera, destruyéndolo todo bajo los cascos de sus corceles. La barbarie se entroniza. Desencadénense las pasiones. El ideal huye del mundo.

Ya no hay paz sobre la tierra. A quien no mata, lo matan.

Menester era un milagro, otra leyenda de amor, otro sueño de esperanza que depurase las costumbres y restañase los torrentes de sangre que manaban las inmensas úlceras del planeta.

Y era que los hombres necesitaban un ideal, esa potestad romántica que en ciertos momentos históricos empuja al mundo como una pluma y le hace dar un salto enorme en su camino hacia lo Mejor. Nació la Caballería, institución la más noble que haya visto el orbe.

Amor avasalla los corazones rudos y se corona emperador universal. A los pies de la rubia condesa o de la castellana bruna, el barón truculento, el burgrave homérico, el obispo batallador, deponen arrobados su titánica fuerza.

Eva es entonces el pensamiento, la luz que penetra a través de las tinieblas mentales de aquellas cabezotas heroicas.

El lobo se hace león. El salteador de ayer ampara hoy al menesteroso. El precio de la vida es una sonrisa o una lágrima. Y surgen los líricos del acero. El mismo soplo misterioso y enérgico empuja a Don Quijote y a Parsifal, a Amadis y a Godofredo.

A la sombra del ideal prospera la razón, atropellada por las huestes bárbaras. Ya los hombres, mejor que destruirse, piensan. La humanidad ha dado un salto hacia adelante. Eva, la débil, lo ha hecho mejor que Atlante.

Y van dos.

A fines del siglo xv, en España, por lo menos, la gente no tiene más que una preocupación: destruir infieles. Los Reyes Católicos imponen la religión de amor “a cuenta de guapos”, como decimos por aquí. A los moros se les alancea y a los herejes se les achicharra. El Santo Oficio es la gran pesadilla. Ha erigido la tortura en sistema. Encadena, mutila, descoyunta, descuartiza. ¡Vaya un oficio santo!

Es un regreso a la barbarie, un “salto atrás”. Letourneau opina que la tortura es lo que caracteriza la etapa que él llama de la Moral Bárbara.

Dios se asoma un día al periscopio celestial, y se espanta de lo que están haciendo sus ministros. Un momento piensa pedirles su dimisión; pero reflexiona que los sustitutos lo harán peor y que una crisis ministerial nunca ha remediado nada.

Resuelve entonces enrumbar por otro derrotero las ideas y actividades humanas. Y sopla una quimera en el cerebro de Cristóbal Colón.

Anda que te andarás, Cristóforo va a todas partes y toca a todas las puertas. Nadie le hace caso. Lo llaman neurasténico.

—¡Con que esas tenemos! ¡Nuevo camino de las Indias! ¡No es poco fresco el italianito!... ¿Y la Biblia? ¿Es que no vale nada la Biblia?

Malo... Ya apareció aquello. ¡Ojo al Santo Oficio!... Colón huele a quemado...

—¿Qué dice el Rey Don Fernando?

—Que bueno. Que lo estudiaremos. Que se pase por aquí el mes entrante. Que se le avisará...

Y si a Don Fernando se hubiese atendido el navegante, aquí estaríamos a la fecha los americanos sin descubrir. ¡Qué vergüenza!

Pero para algo hay mujeres en el mundo. Isabel de Castilla valía más que todos los varones de su reino. Era un carácter y un corazón. Empresa soñada, pronto realizada.

Recuérdese si no el voto que hizo de no mudarse de camisa mientras no cayese Granada. Y con el calorcito que suele hacer en aquellas tierras. ¡Uf!

Pues más decidido empeño tomó en sacar adelante a Colón y su fantástica empresa. Hasta empeñar sus reales joyas fue —según dicen— con lo que hubo el genovés los dineros para su aventura.

Así es que se le debió a tina mujer el hallazgo de un mundo nuevo que, por más que algunos lo conceptúen estúpido, aporta su poquito de armonía al sonado “Concierto de la Civilización”.

El descubrimiento de América es obra de Eva. ¡Una tontería!

—Casualidad —se objetará—. Si Isabel se hubiera negado, otro hubiera ayudado a Colón.

—Sí, señores —respondo—. Pero, ¿quién nos dice que no hubiera sido otra mujer?

Resumamos: abominación de la antropofagia, ennoblecimiento del alma bárbara, descubrimiento de medio mundo.

Esto, sin ahondar mucho, es lo que la Civilización le debe a Eva. Por su influencia ha dado el globo tres botes gigantescos. ¡Y lo que falta! Que por lo que ha realizado sin tener la suficiente preparación, ya se puede imaginar lo que llevará a cabo cuando haya conquistado su libertad de acción y desarrollado su intelecto.

Dirán luego que soy apasionado. Bien, que lo digan. Siempre será mejor apasionarse por las mujeres. Y más decoroso.

X

Balance y liquidación

Bien quisiera seguir hablando de mujeres que son orgullo de la historia: Judith, Esther, la magna Safo, la madre de los Gracos, “la mujer de César” —que viene a ser algo así como “el héroe desconocido”—, la condesa Matilde, Juana de Arco, Margarita de Anjou y muchas otras, en lo antiguo; y la Stäel, la Sevigné, la Roland, la baronesa de Suttner, Madame Curie, Carmen Sylva, la Pardo Bazán, Rosalía de Castro, Selma Lagerlöff, María Barkicheff, Margarita Nelken y mil más en los dos últimos siglos.

Pero ni espacio tengo, ni hay para qué. Con haber destruido la leyenda maligna que sobre la mujer ha venido gravitando de los tiempos bíblicos acá, creo que haré reflexionar a los hombres sensatos que me leyeren.

Y verán que en el balance de méritos y culpabilidades, a Eva se le han hecho trampas.

Con afirmación tan categórica doy por terminada mi tarea. Ríase el que quiera, yo aguardo con vehemencia la reacción femenina como lo único que puede salvar al peor dirigido de los mundos.

Porque, en desacuerdo con el sabihondo de Schopenhauer, mientras más conozco a los hombres, más me gustan las mujeres.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-225-8

Depósito legal

DC2023001920

Caracas, Venezuela, diciembre de 2023

La presente edición de
ANTOLOGÍA
fue realizada
en Caracas
durante el mes
de diciembre de 2023,
ciclo bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Antología Es difícil no leer estas páginas y entender que el humor es algo muy serio, tan serio que puede costar la vida. Al adentrarse en estos versos (poemas, fábulas y teatro) es posible ver esos eslabones que oprimen tanto la cotidianidad como la libertad del autor. Por cotidiano entendemos la sucesiva realidad de una ciudad con sus pequeñas mitologías, señalamientos de situaciones risibles y con rasgos personales que permiten describir sin nombrar al sujeto. Allí es donde el humor se resuelve en ingenio y vivacidad digna de ser admirada. Por libertad se entiende el precio que se debe pagar en el contexto de la dictadura más larga que ha tenido Venezuela, a principios del siglo XX, donde la palabra pasaba por el ojo del censor antes de llegar a lector. Francisco Pimentel despliega una cartografía de sucesos, personajes, situaciones trágicas y costumbres nacionales que hasta el lector más distraído podría pensar en una antropología del humor. Esta *Antología* confirma lo anterior y, al mismo tiempo, invita a descubrir una estética amorosa al asumir la libertad desde un estoicismo casi heroico, en este caso, ante la pena y el dolor.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



ISBN: 978-980-440-225-8

